



EL FINAL DE LA HISTORIA

LYDIA DAVIS

Lectulandia

El final de la historia es la primera novela de Lydia Davis, celebrada autora de tantos relatos breves que pasarán a la historia como los mejores de toda una generación de escritores norteamericanos. La narradora de esta obra, una traductora y académica de mediana edad, está intentando escribir una novela sobre su historia de amor con un hombre doce años más joven que ella al que amó hasta el punto de la obsesión y al que perdió poco después. A través de elipsis magistrales y un gran dominio del tiempo del relato y del juego de la memoria, la narradora de esta historia nos conducirá por los pormenores de su doloroso idilio, convertido, por fin, en la conmovedora novela que tienes en tus manos.

Lectulandia

Lydia Davis

El final de la historia

ePub r1.0

Bookanero 23.09.16

Título original: *The End of the Story*

Lydia Davis, 1995

Traducción: Justo Navarro

Editor digital: Bookanero

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La última vez que lo vi, sin saber que sería la última, yo estaba sentada en la terraza con una amiga y él cruzó la verja, sudando, con la cara y el pecho colorados, y el pelo húmedo, y se paró a hablar con nosotras, muy amable. Se acuclillaba en el suelo de cemento rojo, o se apoyaba en el filo de un banco de madera.

Era junio y hacía calor. Había sacado sus cosas de mi garaje para cargarlas en una furgoneta. Pensé que se las llevaba a otro garaje. Recuerdo lo colorado que estaba, pero tengo que imaginarme sus botas, sus muslos anchos y blancos cuando se ponía en cuclillas o se sentaba, y la posible expresión de su cara, franca, amistosa, mientras hablaba con aquellas mujeres que nada le pedían. Sé que yo era consciente de la pinta que teníamos mi amiga y yo, en nuestras tumbonas, con los pies en alto, y que, al lado de mi amiga, yo parecería incluso mayor de lo que era, aunque quizá esto a él le gustara. Entró en la casa a beber agua, volvió y me dijo que había acabado y que seguía su camino.

Un año más tarde, cuando pensaba que se habría olvidado por completo de mí, me mandó un poema en francés, copiado a mano, de su puño y letra. No venía ninguna carta con el poema, aunque iba dirigido a mí, a mi nombre, tal como se encabeza una carta, y al final aparecía su nombre, como se termina una carta. Al principio, cuando vi su letra en el sobre, creí que me devolvía el dinero que me debía, más de trescientos dólares. No se me olvidaba el dinero porque las cosas habían cambiado y me hacía falta. Aunque mandara el poema a mi nombre, no estaba segura de qué quería decirme con ese poema, ni qué quería que pensara que quería decirme, ni con qué intención me lo mandaba. Había puesto en el remite su dirección, pero, aun sabiendo que quizá esperaba una respuesta, no sabía qué contestarle. No se me pasó por la cabeza mandarle otro poema, ni sabía qué tipo de carta podía servir de respuesta a ese poema. Al cabo de unas semanas, se me ocurrió una manera de contestarle, contándole lo que pensé cuando recibí su envío, lo que creí que me mandaba y cómo descubrí que era otra cosa, cómo lo leí y lo que pensé que quizá quería decirme mandándome un poema sobre la ausencia, la muerte y el reencuentro. Todo eso lo escribí como si fuera un relato, una historia, algo que me parecía tan impersonal como su poema. Añadí una nota en la que decía que me había resultado difícil escribir el relato. Mandé mi respuesta a las señas que aparecían en el remite, pero no volví a recibir noticias suyas. Copié la nueva dirección en mi agenda y borré la antigua, que el tiempo había invalidado. Ninguna dirección le duraba mucho y en mi agenda, donde aparece su nombre, el papel está gastado a fuerza de borrar.

Pasó otro año. Estaba de vacaciones en el desierto con un amigo, no lejos de la ciudad donde él había vivido, y decidí buscarlo en su última dirección. Me había sentido rara e incómoda durante el viaje, porque el hombre con el que iba me parecía

un extraño. La primera noche bebí demasiado, perdí el sentido de la distancia en el paisaje iluminado por la luna, y, borracha, me empeñaba en atravesar las cavidades blancas de las peñas, que me parecían blandas como almohadas, mientras él intentaba sujetarme. La segunda noche me quedé en la cama, en el motel, bebiendo Coca-Cola sin apenas dirigirle la palabra. La mañana siguiente la pasé a lomos de un caballo viejo, el último de una larga fila de caballos, cabalgando entre colinas, subiendo para volver a bajar, mientras él, harto de mí, iba de roca en roca en el coche alquilado.

En cuanto salimos del desierto, nuestra relación se volvió más agradable. Mi amigo conducía y yo le leía en voz alta un libro sobre Cristóbal Colón, aunque, según nos acercábamos a la ciudad, más preocupada me sentía. Dejaba de leer y miraba por la ventanilla, pero solo percibía fragmentos aislados de lo que veía mientras nos acercábamos al mar: un barranco de eucaliptos que descendía hasta el agua; un cormorán negro posado sobre un monolito de piedra caliza blanca, a la que la erosión había dado forma de reloj de arena; un embarcadero con una montaña rusa; la cúpula de una casa que, junto a una palmera, dominaba la ciudad; un puente sobre la ferrovía que corría ante nosotros y a nuestra espalda. Cuando tomamos la dirección norte, hacia la ciudad, nos acercamos a los raíles del tren, que, a veces a la vista, desaparecían cuando se adentraban en el interior y nuestra carretera seguía acantilado arriba, a orillas del mar.

Al día siguiente, por la tarde, salí sola y compré un plano. Me senté a consultarlo en una tapia, que noté fría, aunque el sol calentaba. Un desconocido me dijo que la calle que yo buscaba estaba demasiado lejos para ir a pie, pero fui a pie. Cada vez que llegaba al final de una cuesta, miraba el mar y veía puentes y veleros. Cada vez que bajaba a otra hondonada, volvían a rodearme las casas blancas.

No había previsto que, andando, la ciudad llegara a parecerme tan grande, ni que mis piernas se cansaran tanto. No había previsto que, al cabo de un rato, me deslumbrara el sol que daba en las fachadas blancas de las casas, que caía a plomo hora tras hora sobre las fachadas cada vez más blancas, y luego menos blancas con el paso de las horas, cuando ya los ojos empezaban a dolerme. Cogí un autobús, pero me apeé pronto y seguí andando. Aunque todo el día había lucido el sol, al final de la tarde hacía fresco a la sombra. Pasé por delante de varios hoteles. No sabía exactamente dónde estaba, aunque más tarde, cuando salí de aquel barrio, entendí el recorrido que había hecho.

Por fin, después de seguir unas veces el camino correcto y otras el equivocado, llegué a su calle. Era la hora punta de la tarde. Hombres y mujeres en ropa de trabajo me adelantaban o se cruzaban conmigo. El tráfico era lento. El sol, poniéndose, dejaba sobre las casas una luz amarilla oscura. Yo estaba asombrada. No me había imaginado que esta parte de la ciudad pudiera ser así. Ni siquiera me había creído que existiera esa dirección. Pero allí estaba el edificio de tres plantas, pintado de azul claro, un poco destartado. Lo observé desde la acera opuesta, subida a un escalón en el que, escrito con azulejos, se leía el nombre de una farmacia, aunque la puerta que

tenía a mi espalda pertenecía a un bar.

Hacía más de un año que había copiado en mi agenda esa dirección, y con precisión me había imaginado, como si la hubiera soñado, una calle de casas amarillas de dos plantas, con gente que entraba y salía, bajando y subiendo los peldaños del portal, e incluso me había imaginado a mí misma ante la casa, en un coche aparcado en diagonal en la acera opuesta, vigilando la entrada y las ventanas. Lo había visto salir de la casa pensando en sus cosas, con la cabeza gacha, pisando con fuerza los escalones. O, más despacio, bajando los escalones, con su mujer, como ya lo había visto dos veces sin que él supiera que lo observaba, una vez desde lejos, parados en la acera junto a un cine, y, otra vez que estaba lloviendo, a través de la ventana de su apartamento.

No estaba segura de si le dirigiría la palabra, porque cuando me imaginaba la situación veía tal rabia en su cara que me descomponía. Sorpresa, rabia y pavor, porque me tenía miedo. La cara era inexpresiva, impasible, con los párpados caídos y la cabeza echada un poco hacia atrás. ¿Qué iba a hacerle yo ahora? Retrocedería un paso como si así pudiera mantenerse fuera de mi alcance.

Aunque vi que el edificio existía, no creí que existiera su apartamento. Y si su apartamento existía, no creí que pudiera encontrarme su nombre escrito junto al timbre. Entonces crucé la calle y entré en el edificio en el que él había vivido, recientemente quizá, con toda seguridad hacía menos de un año, y leí los apellidos ARD y PRUETT en una cartulina blanca, al lado del timbre de su apartamento, el número 6.

Más tarde caí en la cuenta de que esa extraña pareja de sexo indeterminado, ARD y PRUETT, serían quienes habían descubierto todo lo que dejó: los trozos de cinta adhesiva pegada a las cosas, los clips y las chinchetas entre los listones del suelo de madera, los agarradores y los botes de especias o las tapaderas de las cacerolas detrás de la cocina, el polvo y las migajas en los rincones de cada cajón, las esponjas acartonadas y sucias debajo de la bañera y del fregadero que alguna vez usó con su energía habitual para limpiar cualquier tipo de superficie o recipiente, la ropa colgada y olvidada en lo más oscuro del armario, trozos de madera astillada, agujeros de clavos en la pared y, alrededor o cerca, manchas y arañazos que parecerían fruto del azar por el simple hecho de que Ard y Pruett no podían saber a qué propósito obedecían. Me sentí inesperadamente unida a esas dos personas, aunque no me conocieran y aunque jamás las hubiera visto, porque también ellas habían convivido con él en una especie de intimidad. Pero, claro, cabía la posibilidad de que fueran otros los inquilinos que encontraron lo que él dejó, y de que Ard y Pruett hubieran encontrado las huellas de otra persona.

Decidida a dar con él, y puesto que ya estaba allí, llamé al timbre. Si fracasaba esta vez, abandonaría. Llamé, y llamé de nuevo, y volví a llamar. Esperé en la calle lo suficiente para aceptar que había llegado, por fin, al final de un viaje necesario.

Había emprendido a pie el camino a un lugar que estaba demasiado lejos. No paré

cuando se hizo muy tarde y estaba al límite de mis fuerzas. Recuperé parte de mis fuerzas cuando me acerqué adonde él había vivido. Seguí adelante, dejé atrás su casa, hacia Chinatown y el barrio de las prostitutas, los almacenes de la bahía, y el mar, pensando, intentando aprenderme la ciudad de memoria, y, aunque él ya no viviera en esa casa, y mi cansancio fuera tanto, y tuviera que seguir andando, y siempre me quedaran más cuestas que subir, haber estado allí me calmaba, no me sentía así desde que él me abandonó, como si, aunque él no estuviera, lo hubiese reencontrado.

Quizá lo que hacía posible que recuperara la calma, y que le pusiera fin a aquella historia, era el hecho de que él no estuviera allí. Porque si él hubiera estado allí, todo habría continuado. Yo habría reaccionado de alguna forma, aunque solo fuera yéndome lejos, a seguir dándole vueltas al asunto. Ahora podía dejar de buscarlo.

Pero el momento en que supe que abandonaba, cuando me di cuenta de que mi búsqueda había terminado, llegó un poco más tarde, mientras descansaba en una librería de aquella ciudad, con el sabor en la boca de un té malo y amargo que me dio un desconocido.

Había entrado a descansar en aquel viejo edificio con suelos de madera que crujían, una escalera estrecha que conducía a la planta baja, luz mortecina en el sótano, y más salubridad y claridad en la planta principal. Recorrí la librería, bajé y subí las escaleras, estante por estante. Me senté a ojear un libro, pero estaba tan cansada y tenía tanta sed que no podía leer.

Me acerqué al mostrador, no lejos de la puerta. Un hombre triste, con una chaqueta de punto, ordenaba libros, apilándolos. Le pregunté si había agua, si podía darme un vaso de agua, aunque yo sabía que lo más seguro es que no hubiera agua en una librería. Me dijo que no había agua, pero que podía ir a un bar que había cerca. Lo dejé sin contestarle y subí unos cuantos peldaños, a la sala desde la que se veía la calle. Volví a sentarme a descansar mientras la gente se movía en silencio a mi alrededor.

No había querido ser grosera con el hombre: simplemente no pude abrir la boca y hablar. Hubiera necesitado toda mi energía para expulsar el aire de los pulmones y producir algún sonido, y me habría dolido, o me habría exigido algo de lo que no podía desprenderme en ese momento.

Abrí un libro y miré una página sin leerla, luego hojeé otro libro de principio a fin sin entender lo que veía. Pensé que el hombre del mostrador me tomaría probablemente por una vagabunda, porque la ciudad estaba llena de vagabundos, en especial de esos que disfrutaban sentándose en una librería a la hora en que oscurece y la tarde se enfría, y se atreven a pedir un vaso de agua, e incluso a ser groseros si no se les da. Y, puesto que, cuando lo dejé sin contestarle, su expresión de sorpresa y acaso de preocupación me hacía pensar que me confundía con una vagabunda, de pronto sentí que quizá yo fuera lo que me consideraba aquel hombre. Otras veces me había sentido sin nombre ni cara, recorriendo de noche las calles, o bajo la lluvia, cuando nadie sabía por dónde andaba yo, y ahora, sin esperármelo, esa impresión

había sido confirmada por el hombre del mostrador. Mientras me miraba, salí volando de quien yo creía ser, y me volví neutra, incolora, insensible: una u otra opción eran equivalentes, quien yo pensaba ser, la mujer cansada que pedía agua, y lo que aquel hombre me consideraba, y cabía la posibilidad de que ninguna de las dos coincidiera con la verdad que nos habría unido, así que él y yo, mirándonos a través del mostrador, estábamos más separados de lo que parece normal entre dos desconocidos, aislados como en un banco de niebla, silenciados los pasos y las voces que teníamos cerca, bañados por una mínima fuente de claridad, un momento antes de que yo, en mi nuevo personaje de vagabunda, demasiado cansada y desorientada para hablar, me apartara sin contestar y entrara en la otra sala.

Pero, mientras yo pensaba estas cosas, el hombre se acercó a donde yo me sentaba, junto a una estantería. Se inclinó y, muy amable, me preguntó si quería una taza de té, y cuando me la trajo le di las gracias y me la bebí. Estaba caliente y era fuerte, pero tan amargo que me dejó la boca seca.

Este parecía ser el final de la historia, y también fue por un momento el final de la novela: la taza de té amargo tenía algo de definitivo. Luego, aunque seguía siendo el final de la historia, lo puse al principio de la novela, como si necesitara contar primero el final antes de contar el resto. Hubiera sido más sencillo empezar por el principio, pero el principio significaba poco sin lo que venía a continuación, y poco significaba lo que venía a continuación sin el final. Quizá me negaba a elegir un punto desde donde comenzar, o quería contar al mismo tiempo toda la historia y todas sus partes. Como dice Vincent, lo que quiero supera muchas veces lo posible.

Si alguien me pregunta de qué trata la novela, le diré que de perder a un hombre, porque no sé qué decir. Pero es verdad que durante mucho tiempo no supe dónde se encontraba, aunque lo supe y lo dejé de saber, lo volví a saber y volví a perderlo. Vivió en las afueras de una pequeña ciudad a unos cientos de kilómetros de aquí. Trabajó para su padre, que es físico. Ahora podría estar dando clases de inglés para extranjeros, o enseñándoles a redactar a hombres de negocios, o dirigiendo un hotel. Podría estar en otra ciudad, o en ninguna ciudad, aunque una ciudad me parece más probable que un pueblo. Podría seguir casado. Me han dicho que ha tenido una hija con su mujer y que le han puesto el nombre de una ciudad europea.

Cuando me mudé a este pueblo hace cinco años, dejé de imaginarme que se presentaría de pronto porque me parecía inverosímil. No resultaba tan inverosímil en otros sitios donde viví. Por lo menos en tres ciudades y dos pueblos seguí esperándolo: si paseaba por la calle, imaginaba que venía a mi encuentro. Si iba a un museo, estaba segura de que me esperaba en la próxima sala. Pero no lo vi nunca. Podría haber estado allí, en la misma calle o incluso en la misma habitación, mirándome, a unos metros de distancia. Quizá se había esfumado antes de que me diera cuenta.

Sabía que seguía vivo en alguna parte, y pasé varios años en una ciudad que él seguramente visitaría, aunque mi barrio era una zona sucia y decrepita, portuaria. Pero mis esperanzas de verlo crecían cuando más me acercaba al centro de la ciudad. Me sorprendía a mí misma caminando detrás de una figura que me resultaba familiar, ancha, musculosa, no mucho más alta que yo, con el pelo liso y rubio. Entonces volvía la cabeza y la cara no se parecía a la suya; ni la frente, ni la nariz, ni las mejillas, todo feo de pronto por la única razón de que había sido suyo y ya no lo era. O desde lejos venía hacia mí un hombre que tenía su mismo porte, tenso, arrogante. O, cerca, en un vagón de metro atestado, veía los mismos ojos azul pálido, la piel rosada y pecosa, o unos pómulos prominentes. Una vez los rasgos eran los mismos, pero exagerados, como si la cabeza fuera una máscara de goma: pelo del mismo color, pero más fino, ojos tan claros que eran casi blancos, frente y pómulos tan abombados que resultaban grotescos, carne descolgada de los huesos, labios apretados como en un arrebatado de ira, el cuerpo ancho hasta lo absurdo. Otra vez, la versión de su cara era tan indefinida, tan tersa y franca, que vi cómo, con el tiempo, acabaría convirtiéndose en la cara que yo había querido tanto.

Vi su ropa en mucha gente: de tela buena pero basta, a menudo raída o gastada, siempre limpia. Había llegado a creer, aunque sabía que era absurdo, que si un número suficiente de individuos vestían la misma ropa en el mismo sitio, él aparecería atraído por una especie de magnetismo. O imaginaba que un día vería a un hombre exactamente con la misma ropa que él, una chaqueta de cuadros roja de leñador, o una camisa de franela celeste, y pantalones blancos de pintor, o unos vaqueros con vuelta, y ese hombre tendría el pelo entre dorado y rojizo y peinado a un lado sobre la frente amplia, ojos azules, pómulos prominentes, labios duros, un cuerpo ancho y fuerte, un porte a la vez tímido y arrogante, y el parecido sería completo, hasta el último detalle, el toque de rosa en el blanco de los ojos, o las pecas en los labios, o la mella en la paleta, como si hubieran reunido todos sus componentes y solo faltara la palabra adecuada para convertir a ese hombre en él.

Recuerdo que fue una tarde soleada de octubre, en la última planta de un edificio público muy alto, pero no el motivo de la recepción. Rodeada de gente, en una especie de atrio circular u octogonal, inundado de sol, con grandes puertas, lo conocí gracias a Mitchell, que me dijo su nombre. Olvidé su nombre inmediatamente, como casi siempre que me presentan a alguien. Él ya sabía quién era yo, así que no olvidó mi nombre. Mitchell se fue y nos dejó solos. Allí nos quedamos, entre mujeres que se movían despacio y dubitativas de un salón a otro, solas y en pareja, de la sombra a la luz del sol. Me dijo que me había imaginado más vieja. Me sorprendió que se hubiera imaginado algo. Me sorprendieron otras cosas: su franqueza, la manera en que iba vestido, como de excursionista, y, sobre todo, el simple hecho de que existiera, de que charlara conmigo, cuando nadie me había hablado de él hasta entonces. Y, una vez

que salí de allí, dejé de pensar en él, quizá por lo joven que era.

Más tarde, ese mismo día, fui a un café siniestro de la carretera de la costa que va al norte, donde él y unos cuantos amigos, y otra gente a la que yo no conocía, habían ido a ver no sé qué espectáculo que incluía cantos tribales primitivos. Cuando llegué, el local ya estaba a oscuras, iluminado solo por los focos del escenario. La única silla vacía que vi en la mesa grande fue la que había a su lado, pero del respaldo colgaba una prenda de vestir y quizá un bolso. Cuando se dio cuenta de que yo miraba dudando la silla vacía, se levantó y quitó las cosas, dejándolas en la otra punta de la mesa. En cuanto empezó el espectáculo, a media luz, otra mujer se acercó a la silla y con irritación buscó otro asiento. No sé quién era esa mujer.

Ocupaba un extremo de la mesa, a la que dominaba en toda su longitud, de espaldas a la puerta por la que entré, y yo me sentaba a su izquierda, frente a un pequeño escenario donde actuaban dos hombres, uno bailando y cantando, otro tocando el contrabajo. Yo tenía enfrente a Ellie. No la conocía mucho entonces. Él se pasó pegado a ella toda la función, tan ruidosa y tan próxima en el local lleno de gente que, hasta que acabara, nadie podría hablar con nadie a no ser que le hablara directamente al oído.

En aquel tiempo me gustaba beber. Necesitaba una copa si me sentaba a charlar con alguien. Si estaba en un local público en el que no se servía alcohol, me sentía incómoda, no disfrutaba el momento, de la misma manera en que, si alguien me invitaba una noche a su casa, me gustaba que me ofreciera una copa al llegar.

En el intermedio, les pregunté a Ellie y a él si en aquel café se servía alcohol, y me dijeron que no. Les pregunté dónde podía ir a comprar algo de beber. Me dijeron que había cerca una tienda de comestibles donde podía comprar cerveza, y él se ofreció a acompañarme, y se levantó inmediatamente de la silla.

Fuera, recorrimos juntos el camino de tierra batida, al borde de la carretera, pisando hojas secas y semillas de eucalipto.

No me acuerdo de qué hablamos, pero en aquellos días casi nunca recordaba lo que había hablado con gente a la que acababa de conocer porque tenía demasiadas cosas en la cabeza. Me preocupaba si llevaba mal el pelo o la ropa, pero también si mantenía el cuello en la postura correcta, ya estuviera andando o parada, y dónde ponía los pies. Y si no estaba andando, sino intentando comer y beber mientras hablaba, me preocupaba cómo tragar y beber para no ahogarme, y a veces me ahogaba. Todo esto me absorbía tanto que, aunque recordaba una frase durante el tiempo necesario para responder, no la retenía lo suficiente como para recordarla más tarde.

A la hora a la que salimos, las siete y media o las ocho, casi no se veía en la carretera. O, más exactamente, el lado de la carretera por el que caminábamos estaba iluminado por farolas y focos, cerca del café y de los almacenes, y el lado opuesto quedaba a oscuras, a la sombra de los eucaliptos, que lo protegían de la luz eléctrica. Un par de señales de tráfico colgaban entre los árboles, y más allá de los árboles se

extendían los raíles del tren, también a oscuras, y, pasada la doble vía del tren, un riachuelo, ni siquiera visible, sino indicado por los hierbajos que lo bordeaban, y luego otra carretera, más pequeña y sin mucho tráfico, pero bien iluminada, a los pies de una ladera pelada. En dirección contraria, detrás del café y de los almacenes, a menos de medio kilómetro y al fondo de una colina o un acantilado, estaba el océano, tan grande y oscuro que, aunque no podía verlo, su oscuridad se cernía sobre la carretera, combatida por las luces eléctricas.

No estoy segura de si caminábamos sobre tierra o sobre asfalto, ni de por dónde pasamos, ni de cómo se movía él a mi lado, torpe o con gracia, rápido o lento, cerca o a unos pasos de distancia. Creo que se inclinaba sobre mí, ansioso de hablar y de oír lo que yo decía, algo que resultaba difícil, porque yo hablaba muy bajo. No estoy segura de qué marca de cerveza compramos, ni de si él pagó mi cerveza además de la suya, pero sí de que hubo un lío con el dinero y las marcas de cerveza. Puede que yo quisiera una más cara y comprara dos botellas de esa marca, cuando él solo tenía dinero para un par de cervezas más baratas en las que gastó lo que le quedaba. Sé que se gastó todo el dinero en algo porque mucho más tarde, a medianoche o de madrugada, se quedó sin gasolina y le pidió en la calle un dólar a un extraño. Se lo contó a Ellie en la biblioteca al día siguiente y ella me lo contó a mí, aunque al cabo de mucho tiempo.

Luego, de vuelta en el café, vino su invitación, mi indecisión, su descaro, mi confusión, el ruido de su coche, mi miedo, la costa de noche, mi pueblo de noche, mi jardín y el rosal, los árboles de jade y la verja, mi casa, mi cuarto, las sillas de metal, nuestra cerveza, nuestra conversación, sus errores, otra vez su descaro, y así sucesivamente.

Cuando me pidió que saliéramos a tomar una copa, y lo primero que le dije fue que mi obligación era quedarme en casa trabajando, me sentí como una traductora aburrida o una profesora sensata, mucho mayor que él. En aquella época me sentía cada día más vieja, quizá porque me encontraba en un sitio nuevo y en una situación nueva, y tenía que verme con ojos nuevos y evaluarme a mí misma como si no me conociera tanto como creía. No era tan vieja, pero sí era muchos años mayor que él.

Hay más cosas que no me gusta recordar: mi indecisión, mi desasosiego, mi ansiedad cuando corría tras él, la vergüenza de haber corrido tras él, mi falta de gracia, sentirme más vieja y no comportarme de manera acorde a mi edad, o eso pensaba.

Salió con tanta determinación del café después del espectáculo, sin decirme nada, que pensé que le había molestado mi indecisión. Solo habíamos intercambiado unas cuantas frases y ya me preocupaba haber herido sus sentimientos, lo que no es raro, porque a menudo yo creía que estaba dolido, y enfadado, incluso cuando ya lo conocía desde hacía mucho más que unas horas. Desde luego, el hecho de que echara a correr tras él debe haber revelado hasta qué punto yo deseaba irme con él adonde fuera, a pesar de mi indecisión. Cuando salí tras él, me dijo que solo quería coger

unas cosas del coche. Se había ido así, con tanta brusquedad, porque era torpe.

Fuera del café, al lado de los coches, me preguntó dónde podíamos ir. Luego, otra vez más descarado de lo que esperaba, me preguntó si podíamos ir a mi casa. Volví a titubear, y esa vez me pidió disculpas. Me gustó que lo hiciera, la humildad que demostraba. Yo no sabía casi nada de él, así que cada cosa que hacía o decía me revelaba algún aspecto de su personalidad, uno absolutamente nuevo, como si se desplegara ante mí. No me importaba ir directamente a casa porque estaba cansada. Cogí mi coche, y él se subió en el suyo. Lo esperé para que pudiera seguirme y, cuando arrancó, su coche blanco, viejo y grande, rugió. Siguió rugiendo de tal modo mientras me seguía que empezaron a castañetearme los dientes y a temblarme las manos. Me dolían los nudillos de apretar el volante.

Con sus luces en mi espejo retrovisor y bien agarrada al volante, fuimos por la costa y cruzamos un pueblo en el que la gente salía del cine, y una zona de marismas, hasta el pueblo donde yo vivía, ladera arriba, para, después de pasar el semáforo y el café de la esquina, llegar a mi casa, al final de la cuesta.

Me parece que tropezó bajo el cedro, en el camino lleno de baches, pero quizá me equivoque, porque yo misma me caí de espaldas pocos días después a la puerta de la casa, en el bancal sembrado de uñas de gato, cuando se despedía. Le estaba diciendo adiós con la mano. En realidad, no me caí, pero tropecé en el bancal del cedro, delante de la casa. Siempre era torpe cuando estaba con él, me costaba controlar los brazos y las piernas cuando andaba por la casa, cuando me sentaba en una silla. Él decía que yo era torpe porque era impaciente y me movía tan rápido que el cuerpo no me respondía.

Aquella noche yo iba delante de él, y, al llegar al muro, apartó un tallo con espinas que pendía de un rosal demasiado crecido, para que pasara sin arañarme. O quizá no fue a oscuras, sino otro día, a la luz del sol. O fue esa noche, y la noche no era demasiado oscura. La verdad es que solo en mi recuerdo existe oscuridad esa noche, porque muy cerca había dos farolas: una iluminaba mi habitación.

Atajamos a través del camino, que trazaba un círculo, y pasamos el rosal mal podado, junto a la ventana donde me sentaba horas y horas a mirar el mundo, y los árboles de jade, ya en la acera de la casa. Seguimos un sendero de ladrillo hasta una puerta de madera pintada de blanco en medio de una valla de madera pintada de blanco y, por esa puerta, entramos a la galería a la que dan las ventanas de mi cuarto y llegamos a la puerta de mi cuarto. Una luz eléctrica brillaba en un farol colgado de la pared de estuco blanco, al lado de la puerta.

Dentro, nos sentamos en dos sillas plegables de metal entre la mesa de jugar a las cartas, verde, en la que yo trabajaba, y un piano vertical alquilado. Traje de la cocina dos cervezas y, sentados en las sillas duras e incómodas, nos las bebimos.

Me dijo que acababa de escribir una novela, pero luego resultó no ser verdad. Lo que acababa de terminar era un cuento de veinte páginas que había reducido a seis. O yo no oí bien, o él estaba tan nervioso que pronunció por error la palabra «novela» y

no se dio cuenta.

Como yo no sabía su nombre, solo parecía real a medias, para mí un extraño, aunque no me daba miedo. El tercer sobresalto me lo llevé al cabo de un par de horas que se nos fueron charlando tranquilamente sobre una cosa u otra, respetando las distancias, con cautela, cada uno en nuestra silla durísima, cuando me pregunto si podía quitarse las botas.

No me preocupa el hecho de que me equivoque en algunas cosas. Pero no estoy segura de qué mencionar. Está mi indecisión en el café y su insistencia. La manera en que lo seguí cuando se fue del café y cuando volvió. El rugido de su coche al arrancar. La manera en que las luces y la parrilla de su coche viejo ocupaban mi espejo retrovisor. La delicadeza con que apartó la rama con espinas del rosal para que no me arañara. Las sillas de metal, tan duras. La violencia de la luz cerca de mi cama. La manera en que mi mente sobrevolaba la habitación como un minúsculo profesor con gafas para juzgar lo que sucedía, para juzgarlo todo.

Al amanecer, yo dormía, y me desperté porque me dijo algo antes de irse, y me desperté aún más para entender lo que decía. Me citaba un poema a modo de despedida, y comprendí por qué me lo recitaba, pero me molestó.

Luego volvió a rugir el motor de su coche cuando se alejó de mi casa, perturbando la paz del rico vecindario. Aunque nadie lo viera ni lo oyera, me daba vergüenza que un hombre tan joven dejara mi casa al amanecer en un coche que irrumpía con su rugido en la quietud del elegante pueblo a orillas del mar, dejando atrás, colina abajo, valladas y rodeadas de setos, las parcelas de mis vecinos: los propietarios de la casa de enfrente, estilo pagoda, dueños de medio pueblo, que más tarde nos invitarían a Madeleine y a mí a una fiesta para celebrar una nueva adquisición o una nueva construcción, la de la piscina quizá; la pareja mayor cuyo recargado jardín de cactus, bajando la colina, lindaba con el camino a la tienda donde yo compraba tabaco y comida para gatos; la pareja joven de la puerta de al lado, que vivía en una casita blanca alquilada, no comprada, aunque yo entonces no conocía ese detalle, como no sabía que la mujer, que trabajaba en una tienda de ropa de la calle principal y me vendía algo de vez en cuando, moriría en la autopista pocos años después cuando disminuía la velocidad para tomar la salida hacia nuestro pueblo y un camión la embistió por detrás; y luego pasaría la iglesia noruega de madera oscura, con su hilera de eucaliptos, y doblaría a la derecha al final de la cuesta, y rugiría a más y más distancia, hasta que nadie pudiera oírlo.

También aquí vivo cerca del océano, así que de vez en cuando pasa una gaviota. No muy lejos hay un arroyo, tan ancho que yo lo llamaba río antes de que Vincent me corrigiera. Desembocaba en un río verdaderamente caudaloso que se fundía con la

marea y que, según me explicó Vincent, tampoco era un río, sino un estuario. El pueblo está en un promontorio entre las dos masas de agua.

Pero este océano es distinto. Y no podría llegar a él sin atravesar kilómetros y kilómetros de ciudad, porque la ciudad se levanta a su orilla. No hay palmeras, ni uñas de gato, ni árboles de jade. Las rocas no son arenisca, sino granito y cal. El suelo no es arenoso y rojizo, sino margoso y marrón oscuro.

Estamos en marzo y hace frío. Los calcetines de algodón grueso de Vincent están tendidos, todavía húmedos después de varias horas al sol. Hay tres centímetros de nieve en el suelo, pero algunas aves migratorias han vuelto y cantan y buscan sitios donde anidar. Pinzones aletean en el alero del porche del patio y encontramos huellas de barro en la cocina.

Acabo de terminar de traducir una larga autobiografía de un etnógrafo francés, escrita en un estilo imposible. Me alegro de haber acabado, porque cuanto más tiempo le dedico a un libro, menos dinero gano. Se lo mandaré al editor con la factura, y espero que me llegue el cheque.

Esta mañana temprano he estado leyendo algo sobre un escritor japonés que vive en Inglaterra y escribe en inglés. Sus novelas están construidas meticulosamente, apenas tienen trama, y la información que ofrecen es fragmentaria, imprevisible. El artículo me pareció importante por razones que no puedo precisar, y pensaba guardarlo para leerlo otra vez, pero he perdido la revista. Mi trabajo en la novela resulta poco eficaz, y esa ineficacia se contagia a otras cosas que quiero hacer. Esto era más comprensible cuando me veía obligada a abandonar y retomar la novela continuamente. Ahora, aunque trabajo en ella casi todos los días, sigo despistándome y olvido lo que dejé pendiente el día antes. Tengo que dejarme instrucciones por escrito en fichas que marco con una flecha. Busco la flecha, leo las instrucciones, las sigo, y poco a poco recuerdo dónde me quedé y dónde estoy hasta que, dando por terminado el día, escribo una nueva instrucción. Pero en mis peores días me quedo aquí sentada, en camisón, con el olor tibio que me sube del cuello abierto. Oigo el flujo incesante de coches en la carretera, bajo la ventana, y pienso que algo sucede por el simple hecho de que el tiempo pasa. No me visto hasta que se me va medio día sentada. No siempre me ducho primero, solo cuando tengo la sensación de que estoy bien madura.

Me gustaba repasar cada momento de aquella primera noche, cuando nos sentamos a la mesa él y yo, con amigos a mi lado y al suyo, tan potente el ruido del espectáculo que no se podía hablar, cuando salimos juntos, sin conocernos, y compramos dos botellas de cerveza cada uno con las que volvimos al café; nos bebimos una y reservamos otra para más tarde en una bolsa de papel marrón, entre nuestros pies. Ese me pareció el mejor momento, cuando apenas si había empezado nada. Cuando abrimos la segunda botella de cerveza, abrimos también todo lo que vino después, a

finales de otoño, y en invierno, pero allí sentados, antes de abrirla, estábamos como en una isla, y toda la felicidad se extendía ante nosotros, y no comenzaría hasta que no abriéramos la segunda botella de cerveza. No podía verlo en ese momento, porque no sabía qué vendría a continuación, pero después, recordando, lo descubrí.

Rememorar aquella noche era casi mejor que vivirla por primera vez, porque en mis recuerdos no me movía más rápido de lo que soy capaz, ni tenía que preocuparme de mis gestos, ni me perturbaban las dudas, porque ya sabía cómo acabaría todo. La reviví tantas veces que era como si solo hubiera existido para que yo la reviviera más tarde.

Luego, después de que él me dejara, el principio se convirtió en algo más que el primer momento feliz que abría un número infinito de ocasiones felices: también contenía el final, como si la atmósfera de aquel café en el que nos sentamos juntos, en aquel lugar público, donde se inclinó sobre mí, sin conocerme apenas, y me habló al oído, ya contuviera el final, como si las paredes estuvieran hechas del final de la historia.

Yo había llegado a la ciudad pocas semanas antes de conocerlo. Tenía trabajo, pero no casa. Me alojaba en el apartamento, muy limpio, de una pareja de estudiantes que ya se habían graduado y no estaban en el pueblo. Había ido para dar clase, algo que no había hecho nunca, y estaba asustada. Sola en el apartamento, cogía de los estantes libros que me ayudarían a contestar las preguntas de los alumnos, o eso pensaba. Imaginaba que los alumnos serían inteligentes y sabrían más que yo. Pero leía tan rápido y tan al azar que se me olvidaba todo.

La única persona a la que conocía era Mitchell, y me enseñó la ciudad y los pueblos de los alrededores, fue mi guía en el campus, respondió a mis preguntas, y me presentó a gente, aunque, por su timidez, olvidaba los nombres incluso de los colegas más antiguos. Mitchell conocía dos sitios que, en su opinión, podían gustarme para vivir: un apartamento pequeño, amueblado, para mí sola y una habitación amueblada en una casa grande que compartiría con otra mujer. Fuimos primero a ver la casa grande y luego el apartamento.

La casa era preciosa y estaba casi vacía, y las habitaciones, distribuidas en dos alas, daban a una terraza limitada por una valla y viejos arbustos. Pensé que se parecía a una hacienda española, aunque no sabía bien cómo era una hacienda española. La mujer vivía con un perro y una gata. Nadie la conocía demasiado, pero todos tenían una opinión sobre ella. Entré por la puerta de la terraza con Mitchell, y la mujer, Madeleine, salió de sus habitaciones en la otra parte de la terraza para recibirnos. Era alta, con el pelo largo y rubio rojizo recogido en una cola de caballo y una sonrisa amplia, tensa e inalterable, nerviosa, según me di cuenta, por tener que reunirse conmigo, muy nerviosa, casi paralizada de miedo. Era mediodía, y hacía un sol espléndido.

Además del perro y de la gata, las únicas cosas que vi en esa primera visita fueron un equipo electrónico y varios recipientes grandes, sin pintar, que Madeleine había hecho. Probablemente estaban puestos al sol. No volví a ver el equipo electrónico.

A mí también me ponía nerviosa la idea de vivir con una mujer a la que no conocía, a la que nadie conocía muy bien, en aquella casa que olía a ajos secos, incienso quemado, mijo, té, perro, gato y jabón para alfombras. Aunque Madeleine tenía muy limpia su parte de la casa, los animales la habían infestado de pulgas. En mi cuarto no había pulgas, pero lo cubría una capa de polvo antiguo.

Lo único que yo tenía en mi cuarto, al principio, además de un somier y un colchón que Madeleine y yo cogimos de un trastero que había en el sótano, en la otra punta de la casa, era lo que llevaba en el coche, lo que había viajado conmigo a través del país. Luego encontramos, quizá también en el trastero, la mesa de jugar a las cartas y las sillas metálicas.

Viviendo juntas en la misma casa, seguíamos comportándonos como si viviéramos solas. Seguíamos hablando solas en nuestras habitaciones separadas. De un cuarto podía salir en un día malo la palabra «mierda», de otro la palabra «zorra». O surgía alguna confusión: a medianoche Madeleine se acordaba de que un pastel se había quedado en la mesa a medio terminar y se levantaba para guardarlo, pero ya lo había guardado yo. Madeleine pensaba que lo había guardado ella y que se le había olvidado.

Madeleine no tenía dinero ni para coche ni para teléfono. Yo tenía teléfono y había alquilado un piano. Cuando yo no estaba, Madeleine se llevaba a mi cuarto las únicas partituras que tenía, un ejemplar muy viejo de los *Nocturnos* de Chopin en la edición de Schirmer con manchas de café en la cubierta amarilla, y lánguidamente tocaba las mismas piezas una y otra vez. Cuando llegaba a casa, solía encontrármela tocando, sentada muy derecha, algo que me gustaba o me irritaba, según mi humor y el estado de nuestras relaciones, que fluctuaba constantemente. De noche, después de la cena, yo tocaba las sonatas de Haydn. Mi estilo era monótono, seco y mecánico.

Pero cuando ella tocaba el piano, y tocaba mal, lo hacía con tanta gracia y dedicación que, aunque yo sabía que su interpretación era imprecisa y romántica, también estaba segura de que algo bueno tenía, no sé qué. Porque no dudaba, porque hacía todo con tanta convicción, siempre creí en ella, contra mi propio criterio. Muchas veces me sentía torpe a su lado, o inocente hasta la estupidez. Y, sin embargo, yo no era inocente. Más tarde, cuando estaba con nosotras, él parecía incluso más inocente.

Me mudé a la casa durante la estación seca, y el cielo tardaba en cargarse, apenas llovía, de tarde en tarde caían unas gotas. Yo daba una clase al día. Desde el coche, bordeando las playas, miraba cómo se levantaban las olas y pensaba en la primera cerveza que me bebería cuando llegara a casa. No podía comer sin una cerveza fría o un vaso de vino. Me preocupaba tanto la clase del día siguiente que casi nunca quedaba con nadie. Corregía trabajos y anotaba ideas para la próxima clase. Incluso

después de irme a la cama, seguía dando clase a oscuras, a veces durante horas. Explicaba mejor en la cama que como lo haría al día siguiente.

Si quedaba con alguien para pasar la tarde, me gustaba que el vino o la cerveza corrieran con generosidad. Me quitaba las gafas y me las ponía en la falda, hasta que acababan por caerse al suelo. Allí las dejaba, cubriéndolas con el pie, descalza. Los perfumes se suavizaban, los rasgos se volvían indefinibles, y poco a poco me entraba sueño. Si la gente dejaba de beber, me sentía molesta, porque significaba que se acababa la noche, y la vida real recomenzaba, y otro día se me echaba encima. Seguía bebiendo sola, consciente de que no debía, de que tendría problemas para conducir hasta casa, de que no vería las señales de *stop*, del esfuerzo que me costaría concentrarme cuando la carretera zigzagueara en la bajada a la playa y al subir las colinas, mientras esperaba que cambiaran los semáforos en los cruces vacíos. Pero me costaba dejar de beber, porque una parte de mí parecía creer que si seguía y seguía, hasta ese momento en que los dedos pierden coordinación, y más aún, hasta el momento en que la cabeza se me cae a un lado y los ojos se me cierran, hasta que soy incapaz de hablar con coherencia y tengo que ir escogiendo uno a uno mis pensamientos y mis palabras, alcanzaría un punto en el que me sentiría nueva, en un mundo nuevo. Ya en casa, al mirarme al espejo, advertía cambios mínimos: tenía las mejillas rojas, el pelo lacio y revuelto, los labios pálidos.

Pasaba la mayor parte del día sentada a mi mesa de juego, trabajando. Mi cuarto era muy grande, con el suelo de baldosas rojas, el techo abovedado, vigas oscuras, profundas troneras, muros de estuco blanco tan gruesos que la habitación se mantenía fresca cuando hacía sol y mucho calor. Si desde el sitio donde trabajaba levantaba la vista, veía mecerse las ramas verdes y oscuras de un pino con el cielo al fondo, un macizo de rosas rojas detrás de los árboles, punzantes plantas carnosas con los bordes dentados, y el sendero blando, polvoriento y salpicado de piñas, al pie del alto ciprés que se cimbreaba entre el camino y la casa. Al otro lado de la calle había una puerta de celosía de estilo oriental. De vez en cuando, al sol, una muchacha con ropa cómoda, azul, y una raqueta de tenis cruzaba la verja y la recibían dos perros pequeños. Coches subían o bajaban la colina, despacio. Aparecía gente de pronto, de paseo, un ruido suave de pisadas o, más fuerte, una reunión de voces quebradas, de mujeres mayores y parejas ancianas bien vestidas, de pelo blanco, andando con cuidado, bajando al mar o a la calle principal, a comprar o mirar escaparates antes de volver a subir a sus casas. En una esquina de mi ventana veía perros vagabundos, olfateando.

A cierta distancia, con frecuencia, oía el paso de un tren al pie de la colina, cerca del agua. De noche se oía mejor. A lo largo del día, otros muchos ruidos se interponían entre el mar y yo: las voces de mis vecinos, gente agradable y con tiempo a su disposición, que hablaban en la calle al otro lado de mi ventana, los escasos coches que subían o bajaban la cuesta a poca velocidad, el tráfico incesante de coches y camiones dos edificios más allá y al pie de mi casa, en la carretera de la costa, las

máquinas pesadas de los solares en construcción a unas cuantas manzanas, el ruido de excavar y picar el terreno, y otros sonidos que yo era incapaz de distinguir y se fundían en un estruendo general que parecía benigno porque se prolongaba al calor de un sol constante y en medio de una apacible profusión de verdor, arbustos de hojas carnosas, árboles y hierba salpicados de flores granate y celestes.

De noche, el aire, suave y aromático, se limpiaba de la mayoría de todos esos ruidos, como se limpiaba del calor del sol y de los colores intensos, y en la oscuridad las plantas se reducían a formas imprecisas contra los muros de las casas o el borde de la calle, y a través de ese aire más vacío me llegaba el martilleo de las ruedas del tren en los raíles y el ulular de su silbido, tan puro como su único ojo amarillo.

De día, no era raro que me levantara de la mesa y saliera, y si llevaba mucho tiempo en la casa, el calor del sol, la suavidad de la brisa y los colores de las plantas al otro lado de la valla blanca cobraban tanta intensidad tras las horas de encierro que parecían una agresión insoportable. Cogía el coche con Madeleine, que iba a buscar arcilla o a comprar comida. O bajaba andando a la calle principal, y pasaba la parcela de los cactus y el sendero de tierra, y a un viejo que arreglaba despacio el jardín con sombrero de paja, mono de trabajo y espinilleras de cuero, y pasaba la iglesia noruega, y el consultorio médico con sus ventanas impecablemente limpias, mientras los aspersores se activaban y desactivaban en los arriates de uñas de gato, y la luz del sol no dejaba de centellear en el cromo de los coches.

O paseaba por la playa o la colina, sola o con Madeleine. Cuando no estaba ocupada en fabricar algo con arcilla o papel maché, en su cuarto o en la terraza, cuando no guisaba o comía, cuando no meditaba o veía la televisión, todo con la misma seriedad y atención absoluta, Madeleine caminaba sin parar durante horas con infatigable energía, el perro al lado, parando solo para hablar con algún conocido o para evitar a pandillas de niños que se reían de ella o la llamaban con motes insultantes por el simple hecho de que no era como el resto de los habitantes del pueblo. Recorría arriba y abajo la calle principal, dejaba atrás las tiendas, se acercaba al parque, dejaba atrás la estación de ferrocarril, llegaba a la playa, paseaba por la orilla hasta muy lejos, volvía al punto de partida, y de nuevo se alejaba en dirección opuesta.

Si salía a andar con Madeleine, caminábamos por la playa o por el acantilado que dominaba el océano, y si salía sola, subía a la colina desde la casa.

Porque el pueblo se levantaba en una pendiente, y porque todos los pueblos de la costa se levantaban en colinas o en la cima del acantilado, sobre el océano. Siempre tuve la sensación de vivir sobre algo, de vivir en un mínimo espacio llano, en una cornisa o una meseta, con pendientes abruptas arriba y abajo. Mi casa y mi terraza ocupaban un terreno llano, como la carretera de la costa. También el parque estaba en llano, y una breve pendiente que seguía el ferrocarril, excavada en la ladera sobre la playa. Si continuaba el ascenso desde mi casa, las carreteras eran empinadas, o llanas durante un tramo para volver a subir suavemente, y en mi paseo dejaba atrás vergeles

exuberantes que crecían en la ladera, jardines con tanta vegetación que no siempre era fácil advertir que una arboleda pertenecía a una propiedad privada, junto a una casa poco visible muchas veces. Las fincas estaban muy cuidadas, pero en las lindes, al borde de la carretera, irrumpían una botella de cerveza o una lata, como si la carretera, corriendo como un río a través de aquel territorio de propiedades privadas, arrastrara la vida del mundo exterior y arrojara en sus orillas signos del mundo exterior que los dueños de las fincas retirarían diligentemente, de día, paseando por la linde de sus huertos y prados, para que la carretera con sus flotillas de ladrones de coches y adolescentes nerviosos —río que crece para volver a menguarlas dejara otra vez por la noche. Y casi todas las carreteras escalaban la falda de la colina para bajar otra vez, empinadas por rectas que fueran, cuando en mis paseos caminaba con el mar a la espalda, o subían una cuesta suave, ladera arriba casi en paralelo al océano, y veía el océano desde casi todos los puntos del camino, un trozo de chapa metálica detrás de las ramas de un pino, o una extensión azul, plateada o negra, al salir de detrás de una casa, sobre un plantío, de modo que, si continuaba subiendo, la cuesta volvía a bajar, como si no se resistiera más a la fuerza de la gravedad. Apartada de mí, en el centro del cruce, vi una piña, o quizá fuera una tórtola oscura y con forma de piña. El soplo de los eucaliptos pesaba tanto en el aire que se me pegaba a los labios abiertos.

El paisaje y el clima me resultaban tan nuevos que disfrutaba estudiándolos, menos a pie que desde mi coche o desde la ventana de mi cuarto. La carretera de la costa seguía más o menos la línea de la playa, y a veces doblaba hacia el interior, al otro lado de la colina, alejándose del mar, o dominándolo, pero desde un acantilado. Cuando descendía para correr al borde de la playa, cerca del agua, yo miraba las olas, que surgían amenazadoras sobre mi cabeza, o las alas delta, suspendidas como grandes pájaros en el aire, o los surfistas que, con sus trajes negros y sus tablas de surf bajo el brazo, volvían por la arena a la carretera, gente en la playa, y en el agua, y en el aire. También había en el aire cometas y, un par de veces, un globo aerostático, a rayas, que se adentraba en la tierra.

La gente solía ir a la playa en parejas, dos en traje de submarinista y abrumados por el peso del equipo mientras se abrochaban y desabrochaban sus cosas, o dos barbudos imponentes en pantalones cortos que hacían gimnasia juntos, o un hombre de mediana edad y su mujer, de piernas rectas y morenas y sudaderas impecables que caminaban llenos de brío, o un estudiante rubio y musculoso con las gafas puestas sobre la frente, que leía un pesado volumen encuadernado en piel mientras su novia rubia descansaba a su lado en una toalla. Si yo no estaba en el coche, sino en la playa, desde cierto sitio podía observar la pequeña estación de ferrocarril a orillas del mar, trenes que llegaban tocando la campana, grupos de gente al borde del andén.

También se oye un tren, un tren de mercancías que tarda tanto en pasar que, cuando

llega, ya me he olvidado absolutamente de él. Es más fácil oírlo de noche, ya tarde, cuando la carretera está en silencio y el traqueteo rítmico de las ruedas resuena en la colina que deja atrás. O cuando el tiempo es húmedo y parece que los raíles están ahí mismo, invisibles, entre los árboles.

Esta mañana me dolía todo porque ayer limpié la casa a fondo y guisé un plato difícil para un invitado, un hombre solo que parece el más solitario de los solitarios, porque es altísimo y delgado y tiene un nombre de lo más simple, Tom, y que, quizá por el mismo motivo, siempre da la impresión de ser un hombre tranquilo, aunque, habla bastante. La cena estuvo bien, a pesar de que el padre de Vincent fue un engorro, sentado en un sillón a mi derecha, pidiendo comida de mi plato.

Ha pasado tanto tiempo desde que empecé a trabajar en esta novela que, primero, dejé mi apartamento en la ciudad y me vine a vivir con Vincent y, luego, su padre se vino a vivir con nosotros, con el consiguiente trabajo extra y la sucesión de enfermeras necesarias para cuidarlo en la casa.

En ese tiempo, una pequeña urbanización sustituyó al prado por el que paseaba. En el prado se daban una gran variedad de flores silvestres, y un mínimo de cuatro tipos diferentes de hierba. Tenía en un extremo un bosquecillo de árboles jóvenes y larguiruchos, y en el otro un gran roble que rozaba la ladera rocosa, cerca del cobertizo del tranvía. El roble ya no existe, y la hilera de edificios se recuesta en la ladera. Enfrente, donde crecía el prado, solo queda el asfalto fresco, negro, de una nueva vía de acceso a una casa y una considerable extensión de césped seco.

En otro solar vacío de las afueras de nuestra ciudad han construido un lavadero de coches. Y, hace solo unos meses, un gran proyecto para la construcción de viviendas y oficinas fue aprobado a pesar de la oposición de la mayoría del pueblo. Ocupará varios acres de terreno sin cultivar carretera abajo, donde el dueño de la granja de pollos jugaba cuando era niño. La granja de pollos también ha cerrado y el granjero hace pajareras que vende en su tienda, al borde de la carretera. Son algunos de los cambios.

Tenemos una enfermera nueva para el padre de Vincent, y ahora mismo está abajo. Parece responsable y buena trabajadora, más alegre que la última, aunque algo hipocondriaca. Tiene un tatuaje en el brazo que todavía no me he atrevido a examinar. Por lo pronto, el viejo pide un almuerzo distinto del que yo había fijado. Mientras estoy aquí, tengo un oído pendiente de lo que pasa abajo. El viejo la recibió muy bien esta mañana, y le dio un abrazo cuando llegó, aunque es solo su segundo día. Ella me dijo en voz baja: «Creo que le gusta mi pelo». Pero si no lo mantiene distraído, empezará a preguntar por mí.

He tenido casi constantes problemas con las enfermeras. Aunque aprecian al viejo, no duran mucho. Una aparecía un día sí y otro no, llegaba tarde cuando venía, y cada vez la excusa era diferente: enfermedades, problemas con el coche, una menstruación abundante, el cambio de horario que adelanta el reloj una hora, etcétera. Otra, contratada para todo el verano, al cabo de unas semanas me dijo de pronto que

se iba al Caribe a dar clases de cocina. Cuando me quejé, se indignó y se esfumó sin ni siquiera despedirse del padre de Vincent, que no entendía nada por mucho que se lo explicáramos.

En el cuarto de estar, debajo de donde ahora estoy, la enfermera tose y teclea una melodía en el piano, quizá para hacerme saber que ya es hora de que deje el trabajo y la releve. Una subía a decirme la hora si tardaba cinco minutos en bajar. Otra dejaba que el viejo empezara a subir la escalera, aunque para él supusiera un gran esfuerzo.

Me dijo, al cabo de los días, que la primera noche se había ido al amanecer porque no sabía si me gustaría despertarme a su lado. Esa misma mañana, más tarde, fue a ver a Ellie a la biblioteca. Quería pedirle consejo. Quería saber si ella veía conveniente que me esperara al salir de clase, en el camino al edificio donde estaba mi aula. Ellie le dijo que sí, claro. Quería saber si yo no me sentiría incómoda. Ellie dijo que claro que no. Así que fue ella quien lo animó a que me esperara, muy puesto, sosteniendo o fumando su pipa. Ellie me lo contó un mes después.

La segunda vez que vino, se quedó por la mañana y pasó el día conmigo. Fuimos a la playa a dar un paseo. Cuando subió a las rocas, yo no podía mirarlo, aunque no sabía bien por qué. Caminamos un buen trecho por las rocas y los montones de conchas rotas, sin hablar. Era una situación violenta. Yo creía que no me hablaba por timidez. Me esforzaba en hablarle, pero era difícil. El silencio entre nosotros era tan denso que las palabras, más que dichas, parecían sacadas a la fuerza. Dejé de intentarlo.

Yo no sabía su apellido, y no estaba segura de su nombre. Si su nombre era el que yo creía, era raro y yo jamás había conocido a nadie que se llamara así. Me daba vergüenza preguntarle. Esperaba verlo escrito u oírlo en alguna parte.

Ahora me pregunto por qué no llamé por teléfono a alguien para preguntárselo. Por lo menos había dos personas a las que podría haber llamado. Pero entonces no las conocía tanto como ahora. Me resulta más fácil entender por qué no se lo pregunté a él directamente. Hacía mucho que había pasado el momento de preguntárselo sin sentirme ridícula.

Tardé varios días en descubrir su nombre porque, durante ese tiempo, estuve casi siempre sola con él. Y como no tenía un nombre con el que llamarlo, seguía mirándolo como a un extraño, aunque a cada momento lo sentía más cerca, más íntimo. Cuando me enteré de su nombre, era como si me enterara del nombre de un marido o algo por el estilo, un hermano, un hijo. Pero, como me había enterado cuando a él lo conocía ya perfectamente, su nombre me pareció arbitrario, raro, como si en vez de ese, su nombre hubiera podido ser cualquiera.

Dos días después de conocerlo llegué a casa tarde y me acosté a oscuras, nerviosa,

pensando en él, deseando que estuviera conmigo, antes de dormirme apenas un minuto o dos para volver a despertarme y pensar en él. De pronto, pasadas las dos de la madrugada, un coche rugió en la cuesta cerca de mi ventana, la luz de los faros inundó mi cuarto, paró el motor, se apagaron los faros. Me asomé a la ventana desde la cama y vi el capó blanco de un coche, aparcado más allá del cedro, frente a la casa. Oí una voz y distinguí algo de lo que decía: «Te necesito... No puedo... este carrusel... este viejo carrusel... en la ciudad...». Estaba segura de que era él, hablando solo, porque el coche era blanco, y hacía un ruido espantoso, y había parado delante de mi casa. Pensé que si hacía cosas así es que estaba un poco loco. Pero todavía no lo conocía bien. No sabía si estaba loco. Solo sabía que a veces se quedaba abstraído y olvidaba lo que estaba haciendo y dónde estaba. A esas alturas, yo estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa de la que pudiera llegar a enterarme, aunque me diera un poco de miedo.

Me puse algo de ropa. Bordeé la casa, pasé el cedro y salí a la calle. Pero me di cuenta de que el coche era más pequeño que el suyo. No era su coche. Ahora tenía miedo por otro motivo: aquel extraño estaba fuera de sí, era incluso menos previsible que él. Volvía a la casa cuando los faros se encendieron otra vez y me iluminaron, y la voz dijo: «¿Está usted bien?». Dejé de andar y pregunté: «¿Quién es usted?». Y la voz dijo algo así como «Solo estoy intentando aclararme».

Entré en la casa. Fui al cuarto de baño. Me senté en el váter y vi que me temblaban las manos y las piernas.

Esa noche, más tarde, soñé que encontraba en el suelo del vestíbulo una pieza breve que él había escrito. En la portada figuraba mi nombre y mi dirección en la universidad. El estilo era sencillo, pero había un pasaje sobre París en el que de pronto se hacía más lírico, con una frase sobre «el estremecimiento de la guerra». Luego recuperaba la sencillez. La última frase era más corta que las demás: «Siempre sorprendemos a nuestros contables». En el sueño, la pieza me gustaba, algo que me tranquilizaba, aunque no me gustara la última frase. Y despierta, también me gustaba la última frase, incluso más que las otras.

Ahora veo que, puesto que aún no había leído nada suyo cuando tuve el sueño, yo escribía por él algo que me gustara. Y aunque era un sueño mío y él no escribió lo que soñé que escribía, las palabras que todavía recuerdo son como si le pertenecieran a él, no a mí.

Tres días después de conocernos, un amigo le llamó por su nombre en mi presencia y supe que yo había acertado. Pasaron otros dos días, y me enteré de su apellido cuando, en la sección de la biblioteca dedicada a revistas, vi su nombre y apellido impresos con sus poemas.

Me había preguntado qué haría si no me gustaban sus poemas. Pero no se me había ocurrido que podía encontrarme impreso su apellido y no estaba preparada para

el choque. No lo produjo el apellido en sí, lleno de consonantes y difícil de pronunciar, un apellido que nunca había visto y no volvería a ver jamás, de modo que solo a él le pertenecía. El choque se debió a otra cosa que al principio no identifiqué.

Saber su nombre, al cabo de tantos días de espera, fue como aumentar su realidad. Le dio un lugar en el mundo que antes no tenía, y le permitió integrarse mejor en la realidad cotidiana, diurna. Plasta entonces, había pertenecido a unas horas en las que yo estaba cansada y no pensaba con la claridad con que lo hago durante el día, ni veía, porque, hubiera la luz que hubiera, dominaba la oscuridad, y él se movía menos a la luz que más entre la oscuridad y la sombra.

Y, también, mientras solo fue un nombre sin apellido, podría haber pertenecido a una historia que alguien me hubiera contado, o podría haber sido el amigo de alguien, una persona a la que yo apenas conocía. La verdad es que no lo conocía demasiado y, a la vez, me sentía tan cerca de él que no nos separaban ni cinco centímetros.

Pero incluso cuando me enteré de su nombre, cuando ya hacía semanas que lo sabía, no dejé de tener la impresión de que era alguien a quien nunca había visto a la luz del día, que de repente entró en mi cuarto a medianoche y respondía a un nombre del que yo no estaba segura.

Sufrí otro choque cuando, después de leer sus poemas, fui a ver a Ellie en la sección de Libros Raros y me dijo que su madre solo era cinco años mayor que yo.

Durante mucho tiempo no supe cómo llamarlo en la novela, ni cómo llamarme a mí misma. Quería ponerle un nombre monosílabo, inglés, imitando su nombre real, pero, buscando un equivalente, descubrí que me había metido en la misma trampa mental en la que caigo cuando tropiezo con un problema de traducción difícil: la única solución que encaja de verdad es la propia palabra original. Al final decidí tomar los nombres de dos personajes, un hombre y una mujer, que aparecían en uno de sus cuentos. Así que los llamé Hank y Anna. Entonces le dejé a Ellie el comienzo de la novela para que lo leyera. Le dije que no había prisa, que no tenía que leerlo inmediatamente, aunque no pensaba que fuera a tardar tanto. Al principio no me importó que no lo leyera, porque yo tampoco quería pensar demasiado en el asunto. Quería descansar de la novela. Pero acabé sintiendo verdadera impaciencia por oír lo que tuviera que decirme.

La razón por la que no quiso leerlo inmediatamente fue que la historia se parecía demasiado a una experiencia que vivía en aquel momento. Había llegado a sentirse muy ligada a un hombre más joven que ella. Cuando él la dejó, poco después, Ellie no había leído todavía lo que yo le había dejado, y leerlo, entonces, resultaba aún más difícil, aunque me dijo que se estaba preparando para la tarea. Estaba tan furiosa que quería irse a un país extranjero.

Entretanto, yo había pensado en dejarle la novela a alguien más, pero nadie me parecía adecuado. Varios amigos se habían ofrecido a echarle un vistazo, pero yo

sabía que algunos no serían objetivos, y otros, por distintas razones, dudaba de que me sirvieran de ayuda. Pensaba en dos que podían serme útiles, pero quería esperar hasta tener algo más que enseñarles.

Vincent me preguntó por qué no le dejaba a él el comienzo. Parecía impaciente por leerlo, quizá para saber más de mí, y sobre ciertos episodios de mi vida que, a su juicio, yo le había ocultado, como lo que él llamaba mi «aventura amorosa» europea. Yo no le llamaría «aventura amorosa» a pasar cuatro noches en una cama de hotel al lado de un hombre delgado y nervioso, procurando no despertarlo, para luego, cuando no podía dormir, sentarme en los azulejos del cuarto de baño con la intención de leer, pero demasiado borracha para encontrarle sentido a lo que aparecía ante mis ojos. El hombre tenía terribles problemas de sueño cuando no estaba en su casa. Viajaba mucho, y cuando volvía con su mujer a las montañas del Jura dormía varias semanas seguidas. Eso es lo que me contó. Con la cara tensa de cansancio, pálido, se movía a oscuras por la habitación del hotel, repitiendo que tenía que dormir. Se sumergía bajo las sábanas, se acurrucaba contra mi espalda, y empezaba a hablarme en la nuca, y seguía hablando una hora o más. Entonces se dormía. Si yo no podía dormir, me metía en el cuarto de baño, encendía la luz, me sentaba en el suelo, o salía del hotel.

La primera noche, me fui del hotel y volví al mío. La segunda vez que decidí irme, amanecía, y la puerta principal estaba cerrada. No quería despertar a aquel hombre tan cansado que por fin se había quedado dormido, y toqué el timbre para llamar al portero de noche, quien apareció en albornoz con cara de muy pocos amigos, y solo me abrió la puerta después de una larga discusión. Se notaba el calor en la entrada, donde había un pilar de azulejos con peces de colores. Al primer sol de la mañana, unos cuantos trabajadores repintaban en la calzada una línea amarilla y levantaron la vista para mirarme con curiosidad, pues aún llevaba el traje de noche negro. La puerta principal de mi hotel estaba cerrada también, así que me dediqué a dar vueltas por el pueblo y vi montar los puestos en el mercado.

Ese mismo día, más tarde, cuando fui a bañarme a la playa, no me sentía bien. Me contenté con quedarme donde hacía pie, con el agua hasta la cintura, mirando el horizonte durante un buen rato y, luego, a los otros bañistas, tendidos en sus alfombrillas de paja, o sentados, protegiéndose los ojos de la arena punzante que levantaba el viento. Empecé a sentirme mareada, a punto de desmayarme, por el calor y el resplandor, salí del agua y fui al bar de la playa, y pasé el resto de la tarde envuelta en mi toalla, bajo la mirada de preocupación del dueño y del camarero, poniéndome hielo en la frente y tomando sal con la punta de un dedo. Cuando el sol se ponía, una inglesa muy alta me acompañó a un taxi y me dejó en mi habitación del hotel con un par de aspirinas y un vaso de agua.

Por el momento, yo no quería enseñarle a Vincent el comienzo de la novela, porque ya lo veía escéptico. Más o menos sabía de que trataba el libro, aunque yo no se lo hubiera dicho con claridad, y tendía a considerar que todos los amores de mi

vida habían sido sórdidos. Admito que hubo otros hombres antes que él. Hubo un pintor que vivía solo en un viejo almacén para barcos y un antropólogo que me llevaba a la ópera con su madre. Inmediatamente después, hubo otro que sonreía con generosidad, e, inmediatamente antes, otro que bebía con generosidad, y el que me llevó al desierto, y otro antes, que se ponía celoso por cosas que solo sucedían en su imaginación. Pero ninguna de estas relaciones duró mucho, algunas ni llegaron a consumarse, y todas fueron con hombres absolutamente respetables, en su mayoría profesores de universidad.

Ellie por fin leyó las páginas que le mandé. Por entonces había decidido irse a vivir al extranjero, solo un año, y no por su joven amante, y mi manuscrito formaba parte de las cosas que quería dar por terminadas antes de su marcha. Parece que le gustó lo que había leído, pero me dijo que los nombres no funcionaban. No quería que el héroe se llamara Hank. Creía que nadie se enamora de un hombre que se llama Hank. Decía que le traía a la mente un pañuelo, la palabra «handkerchief». Es evidentemente falso que nadie se pueda enamorar de alguien que se llame Hank. Pero lo que quería decirme es que yo podía elegir para mi héroe el nombre que me diera la gana, mientras que los que se llaman Hank, y las mujeres y hombres que se enamoran de ellos, no tienen libertad de elección.

Después de los vehementes reparos de Ellie, durante un tiempo llamé a la mujer Laura y al hombre Garet. Pero en el fondo no me gustaba el nombre de Laura para la mujer, porque a una mujer que se llame Laura me la imagino tranquila, o por lo menos elegante. Susan era mejor, pero una mujer que se llamara Susan sería demasiado sensata como para andar de una punta a otra del pueblo, ida y vuelta, dos horas en total, de noche, en busca de un hombre y de su viejo coche blanco, aunque el hombre estuviera con otra mujer, y solo porque había decidido que tenía que verlo por última vez. Susan no cogería el coche en plena lluvia ni se subiría a la terraza para mirar por la ventana de su apartamento.

Así que la llamé Hannah, y luego Mag, y luego Anna otra vez. Describía mi habitación, y cómo esa mujer, Anna, se sentaba a la mesa de jugar a las cartas e intentaba seguir trabajando a pesar de todo. En otra versión era Laura la que se sentaba a la mesa de juego, o Hanna la que tocaba el piano, o Ann la que se echaba en mi cama. Durante un tiempo, al hombre lo llamé Stefan. En ese momento, incluso el título elegido para la novela era *Stefan*. Vincent, más tarde, me dijo que no le gustaba ese nombre porque le resultaba demasiado europeo. Era un nombre europeo, de acuerdo, pero le pegaba al personaje, o eso creía yo. Tampoco me satisfacía del todo, sin embargo, y seguí dándole vueltas al nombre.

Una amiga, autora de varias novelas, me contó hace unos meses que una la había escrito tan rápido, sin revisar más de una página o dos al día, que al final, al releer la novela, descubrió que el nombre de un personaje había cambiado doce veces a lo largo del libro.

Lo que vi, cuando vi que me esperaba en el camino, no fue solo su cara, no solo sus manos, no solo la postura de su cuerpo, fue también su camisa de franela a cuadros, con el cuello raído, la sudadera blanca deshilachada, el pantalón caqui de soldado, las botas de excursionista. Tenía una pipa en la mano y una bolsa al hombro.

Al principio, siempre que me lo encontraba, prestaba tanta atención a lo que veía cuando aparecía él, y a las diferencias respecto a la última vez que lo había visto, que recuerdo su ropa con una claridad sorprendente.

Cuando lo abrazaba, lo que sentía bajo mis dedos, contra mi piel, era el tejido de su ropa, y solo cuando lo abrazaba más fuerte sentía sus músculos, sus huesos, su cuerpo. Si le tocaba el brazo, lo que tocaba era la manga de algodón de su camisa, y si le tocaba la pierna, tocaba sus pantalones vaqueros, muy gastados, y si ponía la mano al final de su espalda, no solo sentía los músculos, duros como huesos, sino también la lana suave de su jersey, que añadía calor al calor de mi mano, y si me apretaba contra su pecho, lo que veía de reojo era los hilos de algodón de su camisa, o los hilos de lana del jersey, o la pelusa de su chaqueta de leñador.

Me parecía distinto cada vez que lo veía, y cada vez aprendía algo nuevo sobre él. Cada cosa nueva que aprendía me producía un ligero choque, y me gustaba o me molestaba, y podía molestarme mucho o poco. Cuando estábamos en el bar, ya tarde, el primer día, me sorprendió que hablara con irritación de algunos de mis alumnos, e incluso de Mitchell. Su tono era de celos, aunque no tenía razones para estar celoso. Y, cuando dijo esas cosas, de pronto volvió a parecerme un extraño, un extraño que no me gustaba. Solo después de conocerlo mejor, comprendí que su irritación era fruto de su decepción, y se sentía decepcionado a menudo. Casi todo el mundo lo decepcionaba y, por lo tanto, lo irritaba; casi todos los hombres, por lo menos: esperaba mucho de los hombres, y quería admirarlos.

Había hombres que lo irritaban, y grandes escritores que le producían indignación, y los dos sentimientos provenían del mismo tipo de decepción, o eso creo. Siempre estaba leyendo a grandes escritores, como si hubiera decidido conocer la mejor literatura de todos los tiempos. Leía casi todo lo que un gran escritor había escrito, y terminaba indignado. Algo no funcionaba, decía. Respetaba al escritor, pero algo no funcionaba. Leía casi todo lo que otro gran escritor había escrito, y volvía a indignarse. Tampoco funcionaba. Era como si esos escritores le hubieran fallado. Según su punto de vista, ser grande significaba ser perfecto. Cuando señalaba en qué lo habían decepcionado, yo no podía rebatir sus razones, que no eran malas. Pero en sus vehementes lecturas iba dejando atrás una sucesión de escritores fallidos. Quizá le faltaba descubrir cuál era el fallo, si quería encontrar su propio lugar en ese mundo.

Algo de lo que me enteré, porque se lo pregunté directamente, fue que antes de mí no había habido unas cuantas mujeres, sino muchas, y que yo ni siquiera era la más vieja. En su momento, aquello me asustó, y pareció debilitar lo que había entre nosotros. Pero, con el tiempo, me acostumbré a la idea y acabé por aceptarla.

Más tarde, me diría a mí misma que por lo menos yo había sido la última, porque

se casó después de dejarme. Pero puede que ni siquiera me hubiera dicho toda la verdad. Lo que me hizo creerlo fue el breve momento de silencio antes de contestarme, su mirada de incomodidad. Puede que se sintiera incómodo por la impertinencia de mi pregunta, y una mentira fuera la única respuesta a semejante cuestión.

La primera vez que le dije que lo quería se limitó a mirarme, pensativo, sin contestar, como si estuviera considerando lo que acababa de confesarle. En ese momento, no entendí su perplejidad. Las palabras me habían salido casi a mi pesar, y ni me contestó. Ahora pienso que su prudencia antes de decirme lo mismo quizá demostrara que me quería más que yo a él. Quizá dije lo que dije demasiado pronto para que pareciera que hablaba en serio, y él lo sabía, aunque no pudo evitar decirme lo mismo pocos días después, porque probablemente me quería de verdad, o creía que me quería.

Alguna vez he dicho que me enamoré de él de pronto, y que fue cuando nos mirábamos a la luz de una vela. Pero eso me parece una simpleza, y tampoco me acuerdo de a qué vela me refería. No había velas en el café de la primera noche, ni había velas en mi casa, más tarde, esa misma noche, así que, es obvio, no puedo decir que me enamorara la primera noche. Y, sin embargo, recuerdo que ya a la mañana siguiente, cuando volví a verlo, sentí una emoción súbita y poderosa. Si no estaba enamorada de él, no sé lo que sentí. Si ya estaba enamorada de él, debí de enamorarme entre el momento en que me dejó cuando amanecía y el momento en que volví a verlo, a no ser que me enamorara en el preciso instante de volverlo a ver.

¿O fue cuándo él no estaba, y yo no era consciente de lo que sucedía? ¿O no fue algo repentino, sino gradual, y lo que sentí cuando volví a verlo era solo el primer grado de los sucesivos grados del enamoramiento que sobrevendrían más tarde ese mismo día, y al día siguiente, y al siguiente, y dos días después, hasta alcanzar la intensidad máxima, el punto en el que no hay más allá, y entonces vacilar y flaquear antes de decaer poco a poco, sin haber dejado nunca de evolucionar? El caso es que había una vela encendida en el cuarto el primer día que le dije que lo quería, pero ese no es el momento en que me enamoré de él, lo sé, así que no estoy segura de a qué vela me refiero.

Cuando la luz estaba encendida, yo percibía hasta el menor de sus detalles, hasta los poros de su piel, y si la habitación estaba a oscuras, no solo veía su silueta recortada contra el cielo y la penumbra de la calle: conocía tan bien su cara que podía verla, e incluso veía su expresión, aunque sin luz no se distinguieran todos los rasgos.

Yo pensaba que en ciertos casos la gente se enamora despacio, poco a poco, y en otros de pronto, pero mi experiencia era tan limitada que no estaba segura. Creo que antes solo me había enamorado una vez.

Había momentos en que sentía que lo quería, y otros en que no, y, puesto que él

era desconfiado e inteligente, debía de darse cuenta con toda certeza de cuándo me parecía quererlo y cuándo no, y por eso quizá nunca me creyó del todo. Quizá ese fuera el motivo de que dudara y tardara tantos días en contestarme cuando le dije que lo quería.

Creo que lo primero fue cierta ansia de él, a la que siguió un sentimiento de ternura, gradual y creciente, por la persona que me provocaba semejante ansia y además la satisfacía. Puede que eso fuera lo que sentí por él y lo que confundí con amor.

Pero, antes incluso, lo primero que sentí fue una sensación apacible de aprecio al verlo por primera vez: una persona agradable, inteligente y fuerte, que además me encontraba atractiva, así que, del modo más simple, esa misma noche, como dos criaturas hambrientas y sedientas, decidimos buscar un sitio donde pasar solas y juntas el tiempo suficiente para satisfacer nuestro apetito.

Ese aprecio, y esa ansia suave, no por él en particular, sino por cualquier hombre que tuviera sus mismas cualidades, no se desarrollaron inmediatamente, ni el ansia se convirtió inmediatamente en un ansia especial, un ansia que solo él podía satisfacer. Otro sentimiento nació antes, casi desde el principio, en cuestión de horas, de la noche a la mañana, cuando volví a verlo al día siguiente, y era una especie de fascinación, o de ofuscación. Se me metió en la cabeza y ofuscó todo lo que tenía en la mente. Se apoderó de gran parte de mi mente y, de ese modo, para mí se convirtió en un obstáculo: tenía que evitar pensar en él, sortearlo, para pensar en otra cosa, y si conseguía pensar en otra cosa, no pasaba mucho tiempo sin que volviera a pensar en él, lo que alejaba cualquier otro pensamiento, como si lo fortaleciera el hecho de que no se le prestara atención durante un instante.

Sentía esa ofuscación cuando estaba con él y cuando no estaba con él, y cuando estaba con él, me fascinaba mirarlo y oírlo. Verlo, oír el sonido de su voz, me inmovilizaba, o me ataba a él. Me bastaba tenerlo cerca, verlo y oírlo, medio paralizada, y ni siquiera lo conocía dos días antes.

La ofuscación parecía exigirme que dejara lo que estuviera haciendo, lo que fuera, y regresara a él, donde pudiera verlo, y la fascinación me provocaba la necesidad de tenerlo cerca, y la necesidad de tenerlo cerca se convertía en un ansia cada día más fuerte, mía, y también suya.

Tenía una habitación en un pueblo a poco más de kilómetro y medio de donde yo vivía, pasados el hipódromo, el parque de atracciones y una gran explanada sin asfaltar que se usaba como aparcamiento cuando había carreras o ferias. Si yo iba en coche, tomaba una carretera que circunvalaba el aparcamiento, y a un lado tenía, de noche, la oscuridad del descampado vacío, y al otro un solar, también vacío, de tierra llena de baches, con un cauce de agua al fondo y, más allá, colinas en las que no había casas en la vertiente orientada hacia el hipódromo, aunque la otra vertiente, la

que daba al océano, estuviera llena de casas, incluida la mía. Luego cruzaba por un puente muy estrecho el cauce que formaban las colinas, y llegaba a un arroyo pedregoso, rodeado de árboles achaparrados y malas hierbas, donde a finales de mayo abundaban los cangrejos de río y las orillas se convertían en un basurero de fango, cáscaras de sandía y botellas de cerveza, antes de ensancharse y perder profundidad en su descenso al océano, dilatado con la marea baja por las fuertes corrientes, que erosionaban sus orillas de arena y las deshacían poco a poco en las aguas en movimiento. Y entonces yo subía otra colina, hacia el interior.

La primera vez que fui a su casa, seguí sus instrucciones para encontrar el camino. Detrás de una nave de garajes adosados tenía una habitación mínima, sin cama, sin ni siquiera un colchón en el suelo, solo con un saco de dormir en la moqueta, y ni un mueble más, solo libros y ropa amontonados contra la pared, y también una máquina de escribir, si no dejaba la máquina en el garaje, y unos tambores indios. Contigua a la habitación había una cocina en la que cabían una mesa, un hornillo y un pequeño frigorífico. Pasada la cocina, estaba el baño. Me quedé un momento, a tomarme un té con él, o un vaso de agua, sentados en la moqueta. Se disculpó por el tamaño de la habitación, seguramente porque me veía incómoda.

Después de bebernos el té o el agua, me enseñó su garaje, del que se sentía orgulloso. El local, con el suelo de cemento, estaba lleno de estantes con libros. Me impresionó la cantidad de volúmenes que tenía. No me dijo que la mayoría eran de un amigo. El amigo acabaría muy disgustado con él por algo relacionado con los libros, quizá que el casero los confiscara cuando lo echó del local. Había un escritorio frente a la puerta del garaje, con una lámpara y una máquina de escribir, y allí trabajaba. Solía dedicarle muchas horas a su literatura, aunque me resultaba difícil adivinar qué estaba escribiendo. O no me contestaba cuando le preguntaba, o no me atrevía a preguntar.

Me dijo que yo no iba más a su casa por lo pequeña y lo oscura que era, pero cuando se mudó a otro pueblo de la costa, un poco más lejos, a un apartamento amplio y con mucha luz, que daba a un vivero de cactus, tampoco quise ir allí demasiado, apenas una vez para ayudarle a ordenar los libros en una estantería baja, y otra vez cuando guisó para la cena una sopa de col un poco aguada, y luego, al cabo de un par de veces más, tuve que admitir que prefería verlo en mi casa. Cuando dejó el apartamento que daba al vivero de cactus, apenas si le hablaba, y ya sin confianza, pero me enteré de que se mudaba, aunque no de adónde. Y luego yo también me mudé, y tampoco creo que él supiera dónde vivía.

Tocaba los tambores indios, o por lo menos eso me dijo, y lo creí. Me dijo que había vivido en la India cuando era niño. Había vuelto a América en barco con su madre y su hermana. Se ofreció a tocar para mí, pero pasó bastante tiempo antes de que yo

aceptara. Solo pensar en oírlo tocar ese instrumento, para mí tan extraño, me producía el mismo apuro que el que sentiría algún tiempo después cuando un amigo tocaba la guitarra y cantaba canciones a la libertad. Una vez le pedí que usara mi espalda como tambor, y lo hizo, golpeando con los dedos y las palmas de la mano. Cuando por fin tocó los tambores para mí, estábamos casi al final, cuando yo ya sentía poco por él, y no me encontraba a gusto, y él se sentía dolido conmigo, y hacíamos cosas que no habíamos hecho antes, como queriendo comprobar si así sentiríamos más el uno por el otro; pero lo único que sentí cuando lo oí tocar fue la vergüenza o el apuro que ya me esperaba.

Cuando empecé a trabajar en la novela pensaba que debía atenerme rigurosamente a los hechos en determinados asuntos, incluyendo su vida, como si el libro perdiera su razón de ser en caso de que yo cambiara los tambores indios, por ejemplo, y él tocara otro instrumento. Llevaba tanto tiempo deseando escribir sobre estas cosas, que pensaba que debía decir la verdad. Pero lo sorprendente fue que, después de registrarlas por escrito tal como fueron, descubrí que podía cambiarlas o eliminarlas, como si, con escribirlas una vez, ya hubiera satisfecho lo que tuviera que satisfacer.

Hay ocasiones en que me parece suficiente la verdad estricta, una vez que la condenso y le doy cierto orden. Y hay otras en que no me parece suficiente, aunque tampoco quiero inventar demasiado. La mayoría de las cosas las he dejado como fueron. Quizá me falte capacidad para inventar lo que podría sustituir a la verdad. Quizá me falte imaginación.

Una de las razones por las que he vuelto una y otra vez a trabajar en la novela es que creía que podría escribirla casi sin pensar, teniendo en cuenta que ya conocía la historia. Pero, cuanto más me empeñaba en escribirla, menos sabía cómo hacerlo. Me costaba decidir cuáles eran las partes importantes. Sabía cuáles eran las que me interesaban, pero pensaba que debía incluirlo todo, incluso las partes aburridas. Así que intentaba escribir las partes aburridas para disfrutar cuando llegara a las partes interesantes. Pero siempre pasaba las partes interesantes sin darme cuenta, lo que me hacía pensar que, al fin y al cabo, quizá no fueran tan interesantes como yo creía. Me desanimaba.

Sentía ganas de abandonar. Tenía ganas de hacer otras cosas, otra novela que quería escribir, varios cuentos que quería terminar. Me habría gustado, si fuera posible, que otro escribiera por mí la historia: una vez escrita, pensaba yo, qué importaba quién fuera el autor. Un amigo me dijo que, si me era imposible escribir la novela, por lo menos podía rescatar algunas partes y convertirlas en cuentos, pero era algo que no me apetecía. De hecho, no quería abandonar el proyecto porque ya le había dedicado mucho tiempo. No estoy segura de que sea una razón suficiente para seguir, aunque pueda serlo en algunos casos. Una vez alargué demasiado mi relación con un hombre por la misma razón: porque ya habíamos compartido muchas cosas.

Pero quizá me movieran otras razones, mejores además, aunque yo las desconociera.

Así que, en definitiva, he sido incapaz de escribir este libro sin reflexionar sobre el acto de escribirlo. Intenté seguir un orden cronológico y no funciono, de modo que probé con un orden aleatorio. Y entonces se me planteó el problema de cómo barajar un orden aleatorio para que todo tuviera sentido. Creía que una cosa llevaría a otra, que cada parte surgiría de la anterior, añadiendo digresiones que aligeraran la historia. Probé a escribir en pasado, y luego puse todo en presente, aunque ya estaba harta del presente. Y al final dejé algunas partes en presente y volví a poner el resto en pasado.

Dejaba la novela para traducir. Le dije a Vincent que escribía menos de una página a la semana, y se echó a reír porque creyó que estaba de broma. Pero, aunque me costara tanto escribir una página, seguía pensando que pronto me cundiría más el trabajo. Siempre encontraba alguna razón nueva para pensarlo.

A veces la novela me parecía un análisis de mí misma, tal como era entonces y tal como soy ahora. Al principio, la mujer no era como yo, porque si lo hubiera sido, me habría sentido incapaz de ver la historia con claridad. Pero, al poco tiempo, conforme me acostumbraba a contar la historia, hice a la mujer más semejante a mí. A veces pienso que si en aquel tiempo tuve la entidad suficiente, la suficiente complejidad y profundidad, la novela debe funcionar, si me ocupo de que funcione. Pero si fui demasiado superficial, si me faltó carácter, la cosa no funcionará, haga lo que haga.

No me portaba con él como con los demás. Procuraba no ser tan decidida, tan activa, tan impaciente, como cuando estaba sola o con amigos. Procuraba ser dulce y tranquila, pero me resultaba difícil, y me aturdía. También me agotaba. Me separaba de él solo por descansar.

Tenía que separarme, de todos modos, para trabajar.

Les exigía mucho a mis alumnos, lo que significaba que debía leer y corregir muchos ejercicios. Trabajaba en mi despacho y también en casa por las tardes.

Mi despacho, entre dos profesores de Clásicas, en el séptimo piso de un edificio nuevo, era amplio y estaba lleno de estantes vacíos, con ventanas estrechas que daban a pistas de tenis, bosques de eucaliptos y, a lo lejos, el océano. Las ventanas, a prueba de ruidos, no podían abrirse. Pero a través de los muros, cuando dejaba de trabajar y escuchaba, oía voces: las risas de un alumno y un profesor, el canto rítmico de un profesor explicando, la salmodia de las conjugaciones latinas —siempre, al parecer, el verbo *laudare*, «elogiar», «alabar».

Dejaba de trabajar, me asomaba a la ventana, me acercaba las manos y los brazos a la nariz y olía mi piel. Mi propio olor, a sudor y perfume, me recordaba a él.

Otro olor que hacía que pensara en él era el olor a lana virgen de la manta mexicana de mi cama. Muchas veces se iba temprano para dejarme dormir, aunque yo no podía dormir. Al cabo de unas horas, iba a buscarme al despacho. Cuando yo era la primera en estar de pie, y él se levantaba más tarde, se encargaba de hacer

concienzudamente la cama. La primera vez que la hizo fue la primera mañana que se despertó en mi casa. Cada vez que la hacía, yo lo consideraba un acto de ternura, pues arreglaba algo mío con el mayor de los cuidados, y participaba en el orden de mi casa.

Estaba esperándole en una sala llena de gente. No llegaba y se me ocurrió que no llegaría nunca. Pensé que ya me había dejado, cuando ni siquiera llevábamos juntos una semana. Mi desilusión era tan aguda que la sala pareció vaciarse de toda la vida que contenía hasta ese momento, y el aire se enrareció. La gente, las sillas, los sofás, las ventanas, las cortinas, el atril, el micrófono, la mesa, la grabadora y la luz del sol solo eran cáscaras vacías de lo que habían sido antes.

Cuando me dejó de verdad, meses después, el mundo no me resulto vacío sino mucho peor que vacío, como si la cualidad de vacío se hubiera concentrado hasta volverse una especie de veneno, como si cada cosa pareciera viva y sana, aunque le habían inyectado un conservante venenoso.

Aquella vez no me había dejado, solo llegó tarde. Estaba en la puerta, entre la gente, cuando me levanté para irme. La vida volvió a todo lo que albergaba la sala. Me explicó que había perdido la noción del tiempo. Perdía de vez en cuando la noción del tiempo y de lo que estaba haciendo, no siempre sabía lo que hacía, ni cómo organizar lo que tenía que hacer, e incluso hacer lo que tenía que hacer le resultaba muy difícil.

Salimos del acto juntos para ir a casa de un amigo y en el camino nos peleamos.

Iría, por lo menos, a siete lecturas poéticas mientras estuve con él, o incluso a más. Es difícil describir una lectura poética de modo emocionante, y sería aún más difícil describir más de una en la misma novela, aunque me irritaran algunos de los poemas que oí, como fue el caso. Podría sustituir las lecturas por otra cosa, por conferencias, por ejemplo, o por sesiones de danza, aunque creo que yo no hubiera ido a más de una sesión. La última lectura estuvo dedicada a la poesía sonora, el tipo de poesía que encuentro más difícil. Obligada a quedarme en mi sitio, inmóvil, con la mente sin nada en que ocuparse, se me fue la cabeza a través del ventanal, siempre buscándole a él.

El tema de la pelea fue su amiga Kitty. Estábamos en su coche, en una calle estrecha, iluminada por el sol. A derecha e izquierda había pequeñas parcelas con césped verde y recién cortado que se extendía hasta la acera blanca. Las casas construidas sobre el césped también eran pequeñas, blancas, de una planta, con la cubierta roja, de tejas. Cerca de una de las casas crecía una palmera raquílica, cerca de otra un arbusto de

hojas carnosas, cerca de la tercera una enredadera con flores rojas. En aquella calle cada casa parecía tener su césped y algo que crecía en el césped, como si fuera reglamentario. El sol caía oblicuo, se reflejaba en la acera blanca y en los muros blancos de las casas, y, al ser las casas tan pequeñas y tan bajas, con tan pocos árboles, se veía un gran cielo azul. Esperábamos en el coche, sin bajarnos, antes de ir a casa de un amigo. O éramos los primeros en llegar, o simplemente queríamos terminar nuestra pelea.

Él también iba a hacer una lectura unos días después. Iba a leer algunos de sus poemas, además de un cuento. Me dijo que quería invitar a la lectura a esa mujer, Kitty, porque le había ayudado a organizarla.

La última vez que había hablado de ella estaba en mi despacho. Se me acercó por detrás en el pasillo, camino de mi despacho, me rodeo la cintura con el brazo y me beso, en público, algo que me puso nerviosa. Aunque no se veía a nadie en el pasillo, tuve la impresión de que alguien aparecía a mi espalda y volvía a desaparecer.

Ya en el despacho, primero se quejó de ella y luego se preocupó por ella. No me gustaba ni oír el nombre de esa mujer, porque en cuanto lo mencionaba parecía alejarse de mí, salir de la habitación y dejarme allí sentada, frente a su cara abstraída, de preocupación, con un ligero frunce de fastidio, y frente a su cuerpo, que se había quedado muy quieto. Sentía que se había olvidado de mí, o por lo menos había olvidado lo que yo significaba para él, como si me hubiera confundido de pronto con una vieja amiga a quien podía confiarle las tribulaciones y preocupaciones que le causaba Kitty.

Kitty apareció en su casa pocas semanas después, y aunque me esforcé por comprenderlo, a la explicación que él me dio no le encontré ningún sentido.

Su lectura fue un domingo por la tarde, en un elegante y viejo caserón de la zona en decadencia de la ciudad, en la cima de una colina. Había pomposas balaustradas y vidrieras en la escalera, pesados cortinajes con cordones de terciopelo para proteger las puertas, hornacinas y ventanales, techos altos y lámparas de araña. Leyó con otro poeta, un hombre de mi edad, aunque no recuerdo quién era, y también confundo su lectura con otra que hubo en la misma casa meses después, cuando él ya me había dejado, en la que una mujer leyó un relato sobre Robinson Crusoe. Me quedé de pie al fondo de la sala, y desde allí mis ojos recorrían las filas de los asistentes y atisbaban la sala contigua, vacía, a través de una puerta en forma de arco. Miraba lo que podía ver de él, al otro extremo de la sala, ante su atril. Solo le veía la cabeza y los hombros, por encima de las cabezas del público. Me había preparado para sentir apuro si no leía bien o lo que leía no era bueno. Pero leyó alto y claro, seguro, y nada de lo que leyó me pareció malo, aunque el relato no me gustara especialmente. Kitty no fue.

Podría seguir hablando sobre la casa donde leyó, pero no estoy segura de qué peso debe tener la descripción en la novela. También podría describir el paisaje, el polvo arenoso y rojizo que cubría las aceras, la cordillera que dominaba el océano, los barrancos erosionados que acababan en el agua, el océano tan cerca que de noche yo oía las olas, como un telón que caía y caía sin fin, si la marea estaba alta. No era un paisaje exuberante, porque el clima era muy seco. Durante parte del año, las colinas no perdían el color pardo, y solo crecía vegetación en las hondonadas donde se acumulaba humedad, o en los pueblos, donde regaban las plantas y prosperaban los cactus y saludables arbustos de hojas relucientes adornaban la puerta de las tiendas. Yo no conocía ese paisaje, y me interesaba. Era tortuoso, con anchas autovías que lo atravesaban todo y siempre alguna nueva construcción levantada abruptamente sobre una colina parda, casas que se fundían y amontonaban en campo abierto como un anticipo de las aglomeraciones futuras, o en un pequeño cañón una hilera de casas nuevas en un camino nuevo, y al final de la hilera la última casa, todavía en obras, solo una estructura de madera, cuando las primeras casas ya habían sido ocupadas y había coches aparcados a la puerta. Apenas si perduraba como una visión algún vestigio de algo antiguo: un viejo rancho apartado de la carretera, al que conducía una vereda polvorienta y cubierta de maleza, rodeado por un bosquecillo de eucaliptos y nudosos robles de Virginia.

Con su olor a humo y aceite, los eucaliptos crecían por todas partes, muy altos, de troncos que se elevaban mucho antes de desplegar sus ramas. Eran árboles mal cuidados, de madera blanda y frágil. Perdían las ramas, y los troncos tenían grandes calvas. Se les caían las hojas, estrechas, claras y lanceoladas, y la hojarasca se acumulaba a sus pies, y capas de corteza se desprendían en largas tiras, y soltaban pequeños frutos leñosos, por un lado de color azul polvoriento, y por el otro pardos y con una cruz grabada. Un viejo profesor de la universidad se quejaba de que de noche no lo dejaban dormir el ulular de una lechuza y los frutos del eucalipto, que caían sobre su tejado y rodaban hasta el alero, uno a uno, caían y rodaban, caían y rodaban toda la noche.

Después de la lectura, al atardecer, fuimos con otra gente a casa de un amigo, en una colina que no estaba lejos, sobre la que pasaban los aviones del aeropuerto de la bahía. Nos quedamos casi todo el tiempo en el jardín, detrás de la casa, y aviones enormes no paraban de volar sobre nuestras cabezas, muy bajos. Dejábamos de hablar y esperábamos a que pasaran. El jardín estaba lleno de malas hierbas, y un tilo muy agradable crecía al lado de la casa. Dos chiquillos echaban al aire pelotas que se enganchaban en el árbol o aterrizaban en la techumbre de un cobertizo que había al fondo del jardín.

No leyó el relato que yo ya conocía, del que me habló como si fuera una novela el día que nos conocimos: un cuento claro, preciso y escrito con seguridad, sobre un

hombre y una mujer de mediana edad que se encuentran a orillas del mar, en un lugar vagamente europeo, donde la mujer pasa las vacaciones y el hombre trabaja en un hotel. Las descripciones, serenas y elegantes, sobre todo una sobre el efecto del sol en las piernas muy blancas de una mujer, me producían placer cada vez que las leía. Me gustaban tantos pasajes del relato que el resto también me parecía bueno. Ahora me pregunto si me sentí atraída por él porque tenía la sensibilidad necesaria para escribir un cuento como aquel, el tipo de cuentos que me gustaban, o si él se sintió atraído por mí porque yo tenía la sensibilidad necesaria para que me gustara el tipo de cuentos que a él le gustaba escribir. Un amigo leyó el relato y me dijo que no le gustaba, porque los personajes, demasiado callados y distantes cuando estaban juntos, pero tan firmemente unidos como para entenderse sin palabras, no eran personas a las que le gustaría conocer. Yo no pensaba en esas cosas, sino en cómo estaba escrito el cuento.

Más tarde, me leyó siete poemas breves que me había dedicado. Me dijo que se había impuesto la regla de que cada poema debía hacer referencia a una flor. No quiso que me los quedara porque estaban sin terminar. Al final, nunca me dio una copia de los poemas. Puede que nunca los terminara. Así que no los tengo aquí, ahora que podría releerlos y ver qué me parecen al cabo del tiempo, aunque sí conservo el relato. Lo tengo aquí, en mi cuarto, en una carpeta solo para él, pero no lo he leído mucho en todos estos años por miedo a que, conociéndolo demasiado bien, ya no sea capaz de valorarlo. Pero siempre que lo he leído me han sonado bien las frases, y he disfrutado del orden y de la claridad del conjunto.

Recuerdo algunos versos de sus poemas, del principio de uno que decía que la costa cabía en un kilómetro y medio. Era el kilómetro y medio que separaba su casa de la mía. Me gustaban sus poemas, aunque estuvieran más cuidados que el relato, o, con mayor exactitud, aunque el cuidado que les dedicaba fuera tan evidente que parecían demasiado cautelosos, mientras que el cuidado que había puesto en el cuento era exactamente el necesario.

Le había oído leer esos poemas, y otros, y yo había leído algunos más en la biblioteca, o quizá eran los mismos que él leyó en público, y también conocía un relato, y había oído el que presentó en su lectura, y también me leyó cosas de sus cuadernos, y era todo lo que yo conocía de su literatura. Siempre estaba escribiendo, y de vez en cuando me decía que trabajaba en un relato, o en una obra de teatro, o en otra obra de teatro, y más tarde en una novela, pero nunca vi nada porque nunca parecía terminar algo antes de abandonarlo o dejarlo temporalmente, como él decía, y empezar otra cosa, y jamás me enseñaba una obra a menos que estuviera casi acabada.

Él tomaba notas en su cuaderno y yo tomaba notas en mi cuaderno. Algunas de las cosas que escribíamos eran sobre nosotros, por supuesto, y de vez en cuando nos leíamos nuestros apuntes. Con frecuencia escribíamos cosas que no nos atrevíamos a decirnos, pero que nos leíamos en voz alta. Y, una vez que las habíamos leído, no queríamos volver a mencionarlas.

Así que, bajo mi silencio y su silencio, había muchas cosas dichas, pero dichas en las páginas de nuestros cuadernos, y, por lo tanto, calladas, si no abríamos el cuaderno y las leíamos.

Si hubiera sido un mal escritor, creo que no habría podido seguir con él. O mi falta de respeto hacia lo que él consideraba lo más importante habría destruido muy pronto nuestra relación. Pero el hecho de que escribiera bien no influía en que yo lo quisiera más de lo que lo quería. Si lo quise, no tuvo nada que ver con su literatura, y, cuando hablábamos de literatura, no me sentía su amante y manteníamos la distancia propia de dos personas que apenas se conocen, pero se respetan y se aprecian.

En esos momentos, la distancia entre nosotros no era diferente a la distancia que manteníamos cuando estábamos con amigos. Delante de otras personas, no demostrábamos lo que había entre nosotros. Algunos lo descubrían cuando llegábamos o nos íbamos juntos, dos instantes que yo saboreaba siempre, en parte porque contrastaban con el resto del tiempo, cuando nuestra intimidad era imperceptible. No me avergonzaba de él, ni me sentía incómoda a su lado, pero prefería sentarme aparte, de modo que, aunque sabía que lo tenía cerca, no lo tocaba. La verdad es que quería tenerlo cerca y a la vez quería apartarme.

Puede que nunca dejáramos de ser conscientes de nuestra rareza, de la posibilidad de que alguna gente no aprobara nuestra relación porque él era mucho más joven que yo, o porque yo era profesora y él era un alumno, aunque no fuera alumno mío y fuera amigo de muchos profesores, además de tener más años que la mayoría de los estudiantes. Pero quizá también éramos sensibles al hecho de que bastaba que nos cogiéramos de la mano delante de nuestros amigos para atraer su atención y satisfacer su insaciable curiosidad por saber qué trato, qué relación existía entre nosotros: ¿me portaba con él como una madre? ¿Me protegía él como un hijo o como un padre? ¿O nos comportábamos como si tuviéramos la misma edad? ¿Estábamos tensos o relajados? ¿Éramos violentos o amables? ¿Desagradables o cariñosos?

Yo sabía que la curiosidad era grande porque en aquel lugar, durante el tiempo en que viví allí, e incluso después, a todos nos interesaban mucho las vidas de los amigos y conocidos, e incluso de gente con la que jamás habíamos coincidido. Había verdadera ansia de historias, sobre todo de historias dramáticas y sentimentales, especialmente de amor y traición, aunque, por lo general, el interés y la curiosidad carecían de malicia.

Hubo otra lectura, de alguien a quien identifiqué en mi diario como «S. B.» Al acabar el acto, en el que se sentó detrás de mí, fuimos con otra gente a un restaurante mexicano. En aquellos tiempos era normal comer en restaurantes, sobre todo en restaurantes mexicanos, porque se salía a comer en grupo con amigos o con

profesores invitados por la universidad. Más adelante, en la novela menciono una cena en un restaurante japonés en la que abandoné la mesa para llamarlo por teléfono desde una cabina que había al lado de los aseos. Pero no describo la comida, ni los amigos, aunque había gente interesante. De hecho, en aquellos meses, conocí y frecuenté a gente interesante, de modo que todo lo que rodea a esta historia, todo lo que no incluyo, podría configurar otra historia, o incluso varias historias, muy distintas de esta.

Ese día, más tarde, solos los dos en el cuarto de estar de un amigo, se molestó porque no quise darle un beso. Quizá creyó que me avergonzaba de él, aunque simplemente no me apetecía que me besara en ese momento.

No recuerdo quién era «S. B.», ni qué leyó. Tampoco me acuerdo, aunque lo haya intentado y lo siga intentando, de qué pasó en la semana anterior a la lectura, cuando él y yo apenas si empezábamos a conocernos. Solo hay dos anotaciones en mi cuaderno que correspondan a esa semana, y solo una tiene algo que ver con él. En esa entrada describo lo que me parece un incidente sin importancia: yo comía en un café del campus con una persona a la que identifico como «L. H.». Estábamos sentadas en la terraza, fuera del local. Una mofeta apareció al pie de un árbol, en el recuadro de cemento donde estaba plantado, y provocó cierta conmoción entre los estudiantes y los profesores que estaban comiendo. Dio la casualidad de que volví la vista hacia la puerta del café, y lo vi allí, de pie, con una bandeja en las manos, mirando con desagrado. Se me ocurrió que le decepcionaba que tanta gente se sentara al sol, que todas las sillas estuvieran ocupadas, o puede que frunciera las cejas porque le dolían los ojos, o porque hacía mucho sol, y, sobre todo a la luz del sol, solía fruncir las cejas. No sé si nos vio, si se acercó y se sentó con nosotros, o si dio media vuelta y se fue. Si no escribí nada en mi cuaderno sobre esa semana, y ni me acuerdo de la lectura, no creo que pueda recuperar la plena conciencia de lo que sucedió aquellos días, de los que no recuerdo nada.

Trabajo a partir de mis recuerdos y de mis cuadernos. Habría olvidado muchas cosas si no las hubiera anotado en mis cuadernos, pero hay muchas cosas que el cuaderno no incluye, y solo puedo acordarme de algunas. Hay también recuerdos que no tienen nada que ver con esta historia, y buenos amigos que no aparecen en sus páginas, o solo aparecen en bosquejo, porque en aquel tiempo no guardaban, o apenas guardaban, relación con él.

Pienso en cómo frunció las cejas a la luz del sol cuando se asomó a la terraza del café, y me pregunto si no me he equivocado siempre a propósito de otra ocasión en la que frunció las cejas. En la única foto suya que tengo aparece con las cejas fruncidas, mirándome, a unos cinco metros de distancia. Está en el velero de un primo mío, echado hacia delante, con las manos ocupadas, quizá atando una cuerda, y levanta y vuelve la vista a un lado, hacia mí, y frunce las cejas. La imagen no es muy nítida, y

probablemente se tomó con una cámara barata. Durante todo este tiempo he dado por supuesto que frunció las cejas en señal de fastidio porque yo le hacía una foto precisamente en ese instante, cuando se esforzaba en terminar una tarea incómoda, y en el barco de un individuo que se dedicaba a fastidiarlo ordenándole a gritos cosas como atar cuerdas, además de no ocultar que no le gustaba nuestra relación. Pero ahora me doy cuenta de que solo frunció las cejas porque lo había deslumbrado el sol.

Un año después de hacer esa foto, salí a navegar con el mismo primo, en el mismo barco. A la vuelta, busqué la foto y la miré otra vez. Y me costó conciliar lo que veía con lo que sabía. Allí estaba él, en la foto, a bordo del velero, en el momento en que yo lo miraba; pero, en realidad, ya no estaba: yo había navegado el día antes en ese barco, y sabía que él no estaba. Y, menos de una hora después de haber hecho la foto, ya no estaba, pues lo fotografié cuando ya habíamos llegado al muelle y nos preparábamos para desembarcar. Pero, durante todo el tiempo que duró nuestra relación, en cierto modo era como si continuara a bordo del velero: aún no estaba definitivamente ausente, como lo estaría un año más tarde.

He pensado en esa foto, porque se la mencioné a Ellie hace poco, hablando por teléfono. Salvo un año que pasó en Inglaterra, Ellie ha sido casi vecina mía mucho tiempo. Pero está a punto de irse otra vez, ahora al Suroeste. Me contó que había bajado el día antes al sótano del edificio donde vive para revisar sus cosas. Lo primero que descubrió es que no podía abrir el candado del trastero. Otra inquilina, confundiendo el trastero de Ellie con el suyo, le había dado a su secretaria instrucciones de que forzara el candado que Ellie había puesto hacía muchos años y lo reemplazara por otro nuevo. El candado había pertenecido al padre de Ellie. Era lo único que le había dejado. Todo lo que tenía que ver con aquella mudanza le trastornaba. Y el trastorno aumentaba aún más ahora que, porque una desconocida había destruido y arrancado el candado de su padre, no podía entrar en el trastero. Y, cuando por fin pudo entrar, se encontró con que una inundación había estropeado parte de sus libros y documentos.

Pero me llamó para decirme que había encontrado algunas fotos de él en una de las cajas, y había pensado que quizá me gustaría guardarlas. Primero me dijo que había dos, pero luego, mientras hablábamos y seguía viendo las fotos, imágenes de una fiesta de la que no se acordaba, y de gente que conocíamos las dos o solo conocía ella, descubrió otra foto, en la que él aparecía en un grupo que casi le ocultaba. Me preguntó si quería copias de esas fotos. Le dije que sí, aunque también le dije que era probable que, cuando las recibiera, no abriera inmediatamente el sobre.

Me he acostumbrado a la versión de su cara que he creado con mis recuerdos, la única foto suya que tengo. Si viera otra imagen o, peor aún, varias imágenes suyas tomadas desde diferentes ángulos y con iluminación diferente, tendría que acostumbrarme a una cara nueva. Ahora mismo no quiero perturbaciones, y lo que

me apetece es no abrir el sobre jamás. Pero también me picará la curiosidad.

La enfermera, abajo, toca el piano para entretener al padre de Vincent. Sé dónde se va a equivocar. Tengo el oído pendiente de sus errores y no oigo las palabras que quiero escribir. Pero al viejo le gusta que toque.

Hace buen tiempo estos días, las arañas tejen sus telas entre la pantalla y el pie de las lámparas. Una multitud de minúsculos y raros insectos negros revolotea sin cesar en torno a la bombilla. Hemos puesto mosquiteras en puertas y ventanas, pero la gata ya ha roto algunas. Las arañas también tejen de noche sus hilos en los senderos del jardín, incluso en el poco tiempo que tardo en ir a la tienda de comestibles de la esquina: cuando vuelvo de la calle se me pegan a las piernas desnudas los hilos finísimos.

Antes de que levantaran el prado para construir nuevas casas, empecé a identificar las flores y las hierbas silvestres que se daban en el lugar. Nunca se me había ocurrido distinguir entre clases de hierba. Ahora veo que también debería saber diferenciar arañas por su aspecto, la forma de sus telas, sus costumbres y los sitios que eligen para vivir, para llamarlas por su nombre, en vez de «araña grande», «araña pequeña», «araña pequeña y negra», etcétera.

Hay momentos en que tengo la impresión de que alguien escribe conmigo esta historia. Leo un pasaje que no miro desde hace semanas, y apenas lo reconozco, o lo recuerdo vagamente, y me digo: Bueno, no está mal, es una manera razonable de resolver el problema. Pero no termino de creerme que fui yo quien encontró la solución. No me acuerdo de haberla encontrado, y siento cierto alivio, como si hubiera esperado que el problema siguiera pendiente.

Y, lo mismo, decido incluir tal idea en tal punto de la novela y descubro que, varios meses antes, anoté que debía incluir la misma idea en el mismo punto, y que no lo hice. Tengo la impresión, bastante rara, de que la decisión de hace meses la tomó otra que no soy yo. Ahora hemos llegado a un acuerdo, y me siento más segura: si ella comparte mi plan, es que el plan debe ser bueno.

Pero otras veces descubro que la persona que trabaja conmigo ha sido irreflexiva, descuidada, y entonces el trabajo se complica, porque tengo que esforzarme en olvidar lo que ella ha escrito. No solo tengo que borrar, o tachar, sino olvidarme del sonido de las palabras para no escribirlas de nuevo, como si me las dictaran. Es algo que ya debería saber, porque cuando traduzco, tengo que escribir en inglés lo mejor que pueda desde el primer intento, para que no se me quede el sonido de una versión mala, que me haría más difícil encontrar una versión buena.

Otro problema es que me empeño en meter una y otra vez una frase en determinada página porque me parece su sitio, y siempre termino quitándola. Acabo de descubrir la causa: meto la frase porque es interesante, clara y creíble, y luego la quito, porque no es del todo verdadera. Vuelvo a ponerla porque es buena y podría no

ser falsa. Vuelvo a eliminarla porque la he examinado más de cerca y he visto que, en ese contexto, es falsa.

Hay otra razón por la que escribo frases e inmediatamente las elimino: en ciertos casos, tengo que ver escrita la frase antes de saber que no funciona en la novela, porque quizá sea interesante cuando la digo solo para mí, pero deja de ser interesante cuando la pongo por escrito.

Durante mucho tiempo, nuestros días y noches se atuvieron al mismo esquema. Yo trabajaba durante el día y, a veces, durante las primeras horas de la noche, o pasaba la tarde con otros amigos, y él iba a clase, estudiaba, escribía y veía a sus amigos, y luego, más tarde, venía a mi casa, nos tomábamos una cerveza, hablábamos, nos acostábamos y, por la mañana, nos levantábamos y nos separábamos para el resto del día. Era raro que durmiéramos separados, porque yo tenía problemas de sueño si dormía sola y porque, al menos durante los primeros meses, él no tenía cama en su casa, solo un saco de dormir en el suelo. Me dijo que no pensaba comprarse una cama mientras pudiera dormir en la mía.

Casi no tenía dinero. No le sobraba dinero ni para comprarse una cama. Mientras estuve con él, cada vez tenía menos dinero. Vivía pendiente de un crédito para estudiantes que no llegaba nunca, aplazado de semana en semana. En aquel tiempo yo tenía tanto dinero, y estaba tan poco acostumbrada a tener dinero, que lo gastaba sin pensar, y dos veces le presté la cantidad que le hacía falta. Las dos veces aceptó a regañadientes, aunque la primera vez se resistió más que la segunda. La primera vez le dejé cien dólares, aunque ya, sin necesidad de coger mi dinero, le incomodara un poco ser estudiante y ser doce años más joven que yo. Me lo devolvió pronto, pero el segundo préstamo, trescientos dólares que le dejé antes de trasladarme al Este por segunda vez, nunca me lo devolvió.

También le resultaba muy difícil encontrar trabajo. Me parece que, durante un tiempo, trabajó en la biblioteca de la universidad. Cuando me abandonó, trabajaba en una gasolinera.

Algunas noches tocaba el piano para él. Le gustaba que tocara para él. Se sentaba muy callado y muy quieto, en el filo de la cama, o en una silla, o en el suelo, me miraba y escuchaba. Su cara, como siempre, no me permitía adivinar en qué pensaba. Jugábamos al tenis juntos, hasta que me desanimó mi incapacidad para mejorar mi técnica. Nos reuníamos con amigos, amigos míos casi siempre. A pesar de que lo conocían desde hacía más tiempo que yo, no tenían intimidad con él, quizá porque era mucho más joven o por alguna otra razón, pero todos se convirtieron pronto en mis amigos íntimos. Una vez tomamos una copa con Ellie en un viejo y gran hotel de la bahía. Ellie me dijo después que yo había sido bastante desagradable con él mientras hablábamos, sentados los tres en el mismo sofá, y observábamos a los clientes del hotel, que pasaban y se paraban a mirar un rompecabezas antiguo

expuesto sobre una mesa, casi a nuestro lado.

Al poco tiempo de conocernos, fuimos juntos a ver a Evelyn, una amiga de Ellie y mía que vivía con sus dos hijos, muy pequeños, en tres habitaciones en la parte trasera de una casita. El día que fuimos, los niños estaban imposibles, casi no paraban de moverse a toda velocidad: se reían de pronto, o rompían a llorar, o se pegaban, o le daban puñetazos a su madre. Mientras charlábamos con Evelyn en la habitación más grande, donde guisaba, comía, dormía, trabajaba y leía libros de la biblioteca, los niños jugaban como salvajes o se escapaban al bosquecillo de bambúes y jugaban entre los contenedores de basura del callejón de detrás de la casa o, en su dormitorio, saltaban del alféizar de la ventana a la cama una y otra vez, o se escondían y llamaban a su madre para que los buscara, o se quitaban la ropa y se metían en unos inmensos cestos de mimbre. Evelyn se levantaba para regañarles a su manera, dulce e inútil, o para coger una bombilla del cuarto de baño, o papel higiénico, porque siempre compraba lo estrictamente necesario y siempre estaba cogiendo de una habitación lo que no había en otra. Cada vez que Evelyn salía, yo le miraba a él, sentado en la misma mesa que yo, grande y redonda, de comedor, y me sentía contenta de estar a su lado, contenta simplemente por estar sentados allí, mirándonos, y me parecía que en aquel cuarto era más fácil, más sencillo quererlo que en ningún otro sitio.

Ahora pienso que esa sensación tenía algo que ver con el carácter de Evelyn. Evelyn no veía las cosas como la mayoría de la gente. Le resultaba todo tan nuevo e interesante, disfrutaba tanto con cualquier cosa por razones impredecibles y solo suyas, que de pronto dejaba lo que estuviera haciendo, maravillada, incapaz de seguir, e incluso sus comidas eran reflejo de esos trances, incompletas, porque se había detenido en un guiso o un plato asombrosos, o completas, pero servidas mucho después de la hora fijada, porque Evelyn se había parado un buen rato a contemplar cada uno de los elementos del menú. No juzgaba, o no juzgaba con rigor, o sus juicios tenían muy poco en común con los juicios que suele hacer la gente. Así que, en su presencia, todo parecía estar lleno de posibilidades fantásticas, y aquella tarde sentí que lo que teníamos en ese preciso momento era bueno y plenamente satisfactorio.

La vida que él llevaba sin mí no me parecía del todo real. No me obligaba a prestarle atención porque era muy modesto o, si no modesto, apenas hablaba de sí mismo, o hablaba de paso, para cambiar rápidamente de tema, como si temiera que una cosa se estropeará o se perdiera si la nombraba demasiado.

Yo no sabía exactamente a qué se dedicaba cuando no estaba conmigo. Me lo imaginaba solo en su casa. Le veía en el trabajo, siempre en trabajos de baja categoría, degradantes. Le veía en su garaje. Y estaban también las aburridas tareas de todos los días a las que debía de dedicar parte del tiempo que no pasábamos juntos, como comprar, hacer la comida, limpiar el apartamento, lavar la ropa. Solo puedo hacerme una vaga idea de sus ratos con los amigos, para mí desconocidos que

vivían en lugares desconocidos de la ciudad. La mayoría de sus amigos eran tan jóvenes como él y, como no me parecía especialmente interesante la gente de esa edad, por la que yo también había pasado, se me confundían en un todo indiferenciado. Cuando me lo imaginaba con sus amigos me parecía mucho más joven, como si se reuniera con sus compañeros de juego y yo fuera su tía, no tan vieja como para ser su madre, aunque yo ya sabía que su madre auténtica era tan joven que incluso a él le parecía una hermana mayor.

No sabía cuánto tiempo pasaba con los amigos, porque no siempre me decía si los había visto o, si me lo decía, no especificaba cuánto tiempo había estado con ellos. Nunca creí que hicieran juntos nada importante. Tenía la idea de que él y sus amigos se limitaban a sentarse en algún sitio a hablar de cosas que no les enseñarían nada ni les aprovecharían lo más mínimo, aunque les sirvieran para pasar el tiempo mientras crecían un poco y quizá maduraban, más capaces por fin de experimentar cambios interesantes, y estas conversaciones se desarrollaban en una habitación, un apartamento, una casa, un bar del campus, o incluso en un centro para estudiantes: en un espacio privado, o de la universidad, pero no en un lugar público de la ciudad, como el café en el que se citaba con el único amigo mayor que tenía.

Ese era el único amigo que podría haberme interesado, un hombre excéntrico y solitario al que mi imaginación asociaba vagamente con la literatura, casi un anciano, o un anciano, para mi manera de pensar de entonces, aunque ahora pienso que no debía de tener más de sesenta años y, lo reconozco, ahora que empiezo a acercarme a los cincuenta, los sesenta cada vez me parecen menos edad, más juveniles. Se reunía con este amigo en el café o iba a verlo a donde vivía, una zona misteriosa que imagino parte de la ciudad antigua, una zona incluso más antigua de lo que era posible en aquella ciudad, en la que casi nada era demasiado antiguo. Puede que yo, cuanto más lo pensaba, más antigua me la imaginara, por el simple hecho de que no tenía idea de dónde estaba.

El amigo vivía en una sola y mínima habitación llena de estanterías y de libros, con el aire viciado por el olor a ropa sin lavar y un olor amargo a tabaco —o, teniendo en cuenta que yo nunca fui a visitarlo, ¿eso es lo que imagino cuando me imagino a un viejo que vive solo? Veía también al viejo con barba, un poco barrigón, rellenos los muslos y los brazos, mofletudo, pero no sé si es que él me lo describió así, o me lo inventé yo la primera vez que me dijo que frecuentaba a un viejo aficionado a la literatura que vivía en un cuartucho lleno de libros, y nunca puse en cuestión esa imagen, que quedó registrada en mi mente como si fuera la verdad.

Muchos años antes, yo había conocido a otro viejo aficionado a la literatura, al que también visitaba un joven admirador, y quizá apliqué al segundo viejo la imagen del primero.

Aunque ese amigo me interesaba más que los jóvenes y mejoraba mi opinión sobre él, mientras que sus jóvenes amigos y lo que pudiera hacer con ellos la empeoraban, mi interés seguía siendo muy limitado, porque la amistad no me parecía

del todo inocente, sino contaminada, creía yo, por su egocentrismo, como si él supiera lo conmovedor que resultaba que un joven idealista, inteligente y lleno de talento mantuviera una amistad con alguien mucho mayor, más pobre y más culto, en cuya presencia su vanidad juvenil menguaba, lo que lo transformaba en una persona más pura, e incluso buena, o por lo menos hacía que se sintiera puro y bueno. Porque estaba segura de que, dejando al margen su interés auténtico por el viejo, él tenía plena conciencia de sí mismo en su papel de visitar al viejo, de besarle los pies a un anciano que se había marginado de la sociedad por decisión propia, del placer que podía brindarle a un viejo solitario con quien generosamente compartía su juventud, su lozanía, su ingenio, su amabilidad. Y compartía generosamente todas estas cosas porque no existía peligro de que se estableciera un vínculo sólido y duradero, teniendo en cuenta que su juventud lo autorizaba no solo a olvidarse del anciano durante semanas, absorbido por el enorme esfuerzo de vivir o empezar a vivir su propia existencia, sino también a irse de pronto y para siempre a otro sitio, abandonando a su viejo amigo cuando se presentara la ocasión. Así que el cariño y alegría con que hablaba del anciano se mezclaban con un fervor ingenuo, con el orgullo ingenuo de poseer una joya tan preciosa y tan rara como esa amistad con un viejo excéntrico y maloliente que pasaba las noches en vela y dormía de día, y pertenecía más al Este, o incluso a Europa, que al Oeste, y que, evidentemente, no se parecía nada a la gente que veíamos en las calles con palmeras de los pueblos de la costa.

Me viene ahora a la memoria que algunos de sus amigos tenían relación con los grupos de teatro de la ciudad, aunque no estoy segura de si estudiaban arte dramático o eran actores profesionales, directores o tramoyistas. Me acuerdo de que cuando me hablaba de teatro o de esos amigos, el tono de su voz era más firme, más seguro, como si confiara o esperara impresionarme con el hecho de que sus amigos, que evidentemente lo respetaban, estuvieran involucrados en algo tan apasionante como una representación teatral. Pero dudo de que me interesara y me mereciera respeto ningún aspecto de su vida que no coincidiera con las mismas cosas y la misma gente que en mi propia vida me merecían respeto e interés.

Por ejemplo, sé que a él lo respetaba porque había leído determinados libros, y los había leído con verdadera atención y disciplina, pero eran libros que yo tenía intención de leer. Y lo respetaba por cómo escribía.

De todas maneras, no me hubiera gustado pasar demasiado tiempo, o ni siquiera un momento, con sus amigos jóvenes, tan jóvenes que con ellos me hubiera sentido una vieja, o su profesora, y como a su profesora me hubieran respetado.

Una vez fuimos juntos al teatro y nos encontramos con algunos de sus amigos, pero solo conservo una imagen fugaz de la sala, apenas un rincón no muy lejos de la entrada principal, y el recuerdo de estrecharle la mano a toda la gente que él conocía.

No sé si fue esa noche cuando acabamos en un café, o si fue otro día que también estuvimos en el teatro, y nos encontramos a un amigo suyo con quien nos tomamos

una cerveza en un café o en un bar, y hablamos de teatro y de cine. Pero nunca me ha gustado mucho hablar de teatro y de cine. Y nunca me ha interesado en especial el teatro. Él quería escribir obras de teatro. Antes de que perdiéramos todo contacto, me dijo que le habían concedido una beca para estudiar en la escuela de arte dramático, pero que había decidido no aceptarla. Si la aceptara, me dijo, su vida sería demasiado fácil. Las razones que me dio quizá fueran auténticas, pero también podía habérselas inventado, o exageraba para impresionarme. Si eran auténticas, me parecían impresionantes, pero, al mismo tiempo, no se me escapaba que podían no ser auténticas.

No sé si él quería que yo conociera a sus amigos. Sé que le habría gustado que fuera más divertida, menos seria, porque me lo dijo abiertamente más de una vez: «Quiero que te diviertas más conmigo». Y sé que quería que pasáramos más tiempo en su casa. Pero yo me sentía más cómoda entre mis cosas, cerca de lo que estaba haciendo y de las cosas que me interesaban.

Por la misma razón, creo, casi nunca me subía en su coche. Le dije que no quería subirme por el rugido del tubo de escape, que tenía el silenciador roto, pero ahora no me parece que fuera esa la verdadera razón. Me podría haber acostumbrado al ruido ensordecedor, que incluso podría haber acabado haciéndome gracia, si no me hubiera dado tanto miedo ser absorbida por su mundo, si no me hubiera aferrado con tanta fuerza al mío: a mi coche, mi casa, mi pueblo, mis amigos.

He intentado recordar el interior de su coche. Veo algo rojo, pero no sé si es su chaqueta de leñador, o una manta que guardaba en el coche, o los asientos. Casi tengo la seguridad de que dentro el aire estaba cargado y olía a lo que huelen los coches muy viejos, o a la piel seca y el relleno de los asientos, y que sobre ese olor se imponía el olor a ropa recién lavada, porque siempre usaba ropa limpia. Y estoy segura de que, en el asiento trasero, e incluso en el delantero, se amontonaban libros y cuadernos, ropa, papeles sueltos, bolígrafos, lápices, cosas de deporte y otras porquerías. Sé que cuando lo echaron de su segundo apartamento y dormía en el apartamento de su novia, donde no tenía sitio para meter sus bártulos, llevaba toda la ropa en el coche, y probablemente otros chismes, todo lo que cupiera.

Pero, cuando me dejó, me dediqué a buscar ese coche con tanta constancia y durante tantos meses que ya nunca perdí la costumbre de reconocer ese tipo de coches, y el coche empezó a adquirir vida propia e independiente, se convirtió en un ser vivo, una criatura, un animal, un animal de compañía, un perro, amistoso, leal, o un perro raro, amenazador, feroz.

Cada vez que pensaba que estaba con un hombre más joven que yo, me sorprendía. Tenía veintidós años cuando lo conocí. Cuando cumplió veintitrés, estábamos juntos, pero el día que cumplí treinta y cinco, no sabía ni su dirección. Me parecía interesante la idea de que fuera doce años más joven. No sabía si yo retrocedía doce años para

encontrarme con él, o si él se saltaba doce años para estar conmigo, si yo era su futuro o él era mi pasado. Llegué a pensar que volvía a vivir una experiencia de hacía mucho tiempo: otra vez estaba con un hombre joven, idealista, ambicioso y lleno de talento, tal y como había ocurrido cuando también yo tenía veinte años, pero ahora, más vieja y más segura, ejercía sobre él una influencia de la que carecía cuando estaba con el otro joven. Y, precisamente por eso, existía una distancia entre nosotros que no hubiera existido en otras circunstancias.

Le dije que estar con él hacía que me sintiera más joven, y me dijo que él se sentía más viejo estando conmigo. Pero, por supuesto, lo contrario también podía ser verdad: me sentía, por contraste, incluso más vieja de lo que era en realidad, y él se sentía más joven. En determinados momentos, mi edad lo haría sentirse incómodo, porque lo obligaba a cuidar mucho sus palabras cuando hablábamos de cosas que yo conocía bien, pero, al mismo tiempo, la diferencia de edad le permitía sentirse más sofisticado.

Me dijo que tenía miedo de decir algo que me pareciera inmaduro. Ahora me doy cuenta del esfuerzo que debió suponerle, cada vez que hablaba, imaginar, antes de abrir la boca, que lo que dijera podía parecerme inmaduro, para evitar decirlo.

Yo sabía más que él, por lo menos sobre algunas cosas, y de vez en cuando lo corregía cuando se equivocaba. No estaba acostumbrada a saber más que mi interlocutor. Ni a creer que sabía mucho. Sabía más por la única razón de que había vivido doce años más. Mis conocimientos eran más amplios, pero no porque me hubiera preocupado de adquirirlos y cultivarlos, como él hacía, sino porque se habían ido acumulando en mí incluso contra mi voluntad.

Le avergonzaba o le molestaba que yo supiera más que él. Yo tenía otra visión de las cosas: nuestros tipos de inteligencia eran distintos, simplemente, y tanto el suyo como el mío abarcaban su territorio propio, ninguno más rico que el otro. Pero él quería enseñarme algo, me decía, quería serme útil, incluso encontrarme un trabajo, aunque en aquel tiempo no fuera capaz ni de encontrar trabajo para sí mismo, y yo ya tuviera trabajo. Más de una vez me dijo que quería llevarme a alguna parte, lejos. No me acuerdo si mencionó, además de Europa y del desierto, otros lugares. Pero nunca fuimos al desierto, y no disponía de medios para llevarme a Europa: no podía permitirse llevarme a ningún sitio.

Un amigo me habló una vez de una relación que tuvo con una mujer mucho mayor que él. También había sentido el deseo de llevarla a un lugar donde nada pudiera desviar su atención y solo fuera suya, un lugar tan inaccesible que casi era imaginario. Cuando me contó la historia de principio a fin, con todos sus detalles, descubrí otras semejanzas, aunque no le dije nada: su primera noche juntos también empezó con un momento en el que se quitaron los zapatos, aunque en su caso, ella le pidió en su dormitorio que se quitara los zapatos, y él se los quitó. Era ella en este caso la que trabajaba en una gasolinera, y cuando, siempre ella, terminó con la relación amorosa, era él el que iba a buscarla a la gasolinera para seguir discutiendo,

aunque estoy segura de que, siendo una persona mucho más agradable que yo, no resultaría tan pesado.

Mi amigo me dijo que no podía dejar de escribir sobre el asunto. No podía hablar con ella porque no lo escuchaba, así que escribía algo que pudiera leer otra gente, y también ella, que así se sentiría no solo conmovida sino mucho más: afectada por el hecho de que se tratara de algo público. Y si no le afectaba, mi amigo tendría al menos la satisfacción de contar sin reparos y en voz alta su historia de amor, no tan duradera como él hubiera querido, y de transformarla en algo más perdurable.

Era como si yo participara en el principio de su vida, su vida de adulto, y eso me emocionaba. Había en él una fuerza básica, propia de su juventud, un vigor puro, una sensación de posibilidades sin límite, que, pensaba yo, no sería lo mismo dentro de doce años. Al principio cabían todas las posibilidades, y en el transcurso de los años algunas posibilidades desaparecerían. No me importaba, pero me gustaba estar con una persona que aún no había pasado por ese proceso.

De vez en cuando, sin embargo, necesitaba hablar con alguien que hubiera ya vivido esos doce años y hubiera llegado al mismo punto y a las mismas conclusiones que yo, y además quería estar con gente de mi edad, hasta el extremo de darle la espalda cuando comíamos en un restaurante, para dedicarme a mis coetáneos, y, en esa situación, si me hablaba le contestaba, pero inmediatamente volvía a darle la espalda, como si pudiera contaminarme, como si tuviera miedo de ser absorbida por su juventud, de perder el asidero de mi tiempo y de mi generación, para caer a través de los años en un estado de inocencia y lozanía que implicaba también cierto grado de impotencia. Yo no quería aquella juventud. Solo quería tenerla cerca, en él, al alcance de la mano.

Pero el hecho de darle de lado en esos momentos, sin contemplaciones, también me hacía más consciente de su proximidad, sentado en silencio junto a mí, anonadado por mi grosería, oyendo la conversación o pensando en sus cosas o, como si no se diera cuenta de mi falta de educación, charlando con quien tuviera cerca, y entonces el placer de su proximidad se mezclaba, intensificado, a mi inquietud por cómo me estaba comportando, como si dejarlo de lado, sabiéndolo junto a mí pero detrás de mí, solo aumentara la conciencia de sentirlo muy mío, un tesoro todavía intacto. Era como si renunciar por un momento al placer de tenernos el uno al otro intensificara el placer. Pero él debe de haber sido consciente de esa división de mis sentimientos, y tuvo que dolerle.

Una tarde que no le esperaba, porque estuviera ocupado o por cualquier otra razón, invité a Mitchell a cenar en casa con Madeleine y conmigo. Habíamos terminado de comer, seguíamos en la mesa, en la galería que daba a la terraza, y Mitchell nos

contaba un viaje reciente, cuando apareció en la cancela y cruzó la terraza para reunirse con nosotros. Me fastidió mucho, porque no me apetecía verlo en ese preciso momento, pero no dio señales de sospechar lo que yo sentía. Se sentó con nosotros a sus anchas, a oír el final de lo que Mitchell nos contaba sobre su viaje. Y, cuando Mitchell se fue, me llevó al bar que había al final de mi calle, cuesta abajo, para que conociera a un profesor suyo al que admiraba mucho. Había dos alumnos más. No se me pasó la irritación, sino que aumentó, y me senté demostrando con vehemencia que me fastidiaban su profesor y sus condiscípulos, que le dedicaban tanta atención que apenas veían u oían otra cosa. Pero no sé si el fastidio que me provocaban aquellos tres individuos alimentaba la irritación que sentía hacia él, que no se me iría en toda la noche, o si me fastidiaban tanto porque ya estaba irritada.

Ahora que he recordado a ese profesor, a quien había olvidado, me acuerdo también de que vivía colina arriba, en el mismo pueblo que yo, pero un poco más al sur, y que acostumbraba a dar las clases en su casa, donde sus alumnos, divididos en grupos, asistían a sus seminarios.

Y me acuerdo de que esa casa era otro de los sitios en los que él pasaba las tardes, antes de presentarse en mi casa al anochecer, aunque no sé si asistía a los seminarios como alumno o si le invitaban de vez en cuando. Si recuerdo alguno de los lugares que frecuentaba me resulta más fácil volver a oírlo, diciéndome que llegaría de tal o cual sitio por la noche, y me resulta más fácil acordarme de que saber dónde se encontraba y qué planes tenía, y sentir la inminencia de su llegada, era algo tan claro, tan perceptible, tan dulce como una fruta madura ante los ojos, al alcance de la mano, mientras se me iba la tarde trabajando, tranquila, y pasaban las horas, y el oído empezaba a esperar el ruido de su coche y de sus pasos en el camino.

Cuando se quedaba en silencio, su silencio me resultaba incómodo, molesto. Estoy casi segura de que callaba por miedo a hablar, por miedo a que yo pensara que se equivocaba, que lo que decía era inoportuno y poco inteligente, o poco interesante. Incluso cuando no quería ser desagradable, era desagradable con él, lo que provocaba que no se atreviera a hablar.

Su silencio ocultaba algo, y su cara: lo que tenía en la cabeza y lo que sentía. Y me obligaba a observarlo con mayor atención, a intentar averiguar lo que encubría aquel silencio. Jamás daba explicaciones sobre su estado de ánimo, a diferencia de otro conocido mío, tan explícito que nunca tuve que imaginarme lo que pensaba. Intentaba comprender sus razones, adivinar sus pensamientos, pero cuando le preguntaba si mis intuiciones eran certeras, no me contestaba, aunque lo fueran, y tenía que seguir con mis averiguaciones.

Estas cosas me obligaban a prestarle atención, pero también me hacían perder la paciencia. Sabía que no debía perder la paciencia por sus silencios, o por su manera poco directa de hacer las cosas, o por la lentitud con que lo hacía todo, y, sin

embargo, la perdía. Yo quería rapidez, casi siempre, excepto cuando prefería ir despacio. Yo quería todo a mi gusto, despacio o rápido.

Si pienso en la poca paciencia que tenía con él, tengo que preguntarme sobre mi manera de quererlo. Creo que asumí su amor de un modo irresponsable. Lo olvidaba, lo descuidaba, lo trataba mal. Solo, de tarde en tarde, y casi por casualidad, o por capricho, respeté ese amor, lo protegí. Quizá lo único que yo quería era sentirme segura de su amor: no me importaba que él sufriera, con tal de sentirme yo a salvo, dueña de ese amor y libre de sufrimientos.

Tampoco a mí me resultaba fácil hablar con él. Quería hablar, y mi voz hablaba en mi interior, pensaba en las palabras que quería decir y las decía, pero lo que decía sonaba brusco y seco, y las palabras no comunicaban nada de lo que yo sentía. Me resultaba más fácil tocarlo, y escribir.

Surgía así, entre nosotros, una distancia rara, un obstáculo, un vacío, provocado por la falta de naturalidad de lo que él me decía y la falta de naturalidad de lo que le decía yo, y los silencios inacabables que se interponían entre los dos. Quizá no había necesidad de hablar, pero, cuando estábamos juntos, echábamos de menos un poco de conversación. Queríamos hablar, lo intentábamos, pero no funcionaba, nos separaban demasiadas barreras.

Había más cosas que me molestaban, y seguro que él lo sabía. Me desagradaba que en una reunión no abriera la boca, o hiciera una observación que demostraba que no había entendido nada del asunto del que se hablaba, y, cuanto más nervioso se ponía, más clara era su pronunciación, con sus *tes* ostentadamente duras; o que soltara una de sus carcajadas, que la timidez alargaba y cargaba de tensión. Incluso su sonrisa, siempre abierta, parecía tensa, consciente de sí misma, como si en aquel instante, protegido por su sonrisa y su cuerpo inmenso, se me ofreciera solo a mí, tenso, franco y callado. Su cuerpo me parecía excepcionalmente grande, sus brazos y sus piernas excepcionalmente anchos. La piel me parecía de una palidez rara, la carne de sus extremidades tan generosa y tan blanca que casi brillaba en la oscuridad. Resplandecía cuando la luz era tenue, en un cuarto a oscuras iluminado a través de la ventana por la luna o por una farola. Era verdaderamente guapo, de rasgos agradables, pero la nariz, afilada y respingona, desentonaba en una cara ancha, rosa pálido, llena de pecas. Incluso en los labios tenía pecas. Solía adoptar poses, como si creyera que el mundo estaba pendiente de él, la cabeza hacia atrás, cuando sonreía o desconfiaba, o agachada, cuando no sonreía o parecía furioso, con ganas de pelea, aunque no se enfurecía de verdad, y me miraba, arqueando las cejas y apretando los labios. No diré que no tenía unos preciosos ojos azules, pero el azul era demasiado desvaído, y a menudo se le inyectaban en sangre.

Cuando ya no estábamos juntos, lo que me molestaba dejó de molestarme. Me resultaba difícil descubrirle defectos, porque, aunque seguían existiendo, para mí se habían reducido y casi convertido en imperceptibles.

Hoy he estado haciendo cuentas. He contado las peleas y los viajes. Necesito ordenar mis recuerdos. Poner orden es difícil. Ha sido lo más difícil de este libro. La principal dificultad, de hecho, han sido mis dudas, pero mis peores dudas afectan al orden. No me importa trabajar a destajo, pero me desagrada no saber lo que estoy haciendo, o no saber si es lo adecuado.

He intentado dar con un orden aceptable, pero mis ideas no respetan ningún orden, se interfieren unas a otras, se contradicen y, por si fuera poco, muchas veces mis recuerdos son falsos, confusos, incompletos, o se anulan entre sí.

Me cuesta poner orden en mi vida. Me falta paciencia para intentarlo de verdad. Una de las razones por las que me ha llevado tanto tiempo escribir este libro es que en vez de planearlo y estructurarlo de principio a fin, me he limitado a escribir a ciegas, dejándome llevar por el impulso, optando por soluciones imposibles. Y he tenido que dar marcha atrás para tratar de escribirlo de otra manera. He cometido muchos errores, y solo me he dado cuenta después de haberme equivocado.

Sigo viendo que se me olvidan cosas que quería hacer, y hago cosas que no había previsto. Me sorprendo haciendo algo que había planeado para más tarde: Ah, me digo, ¿ya he llegado aquí?

Hace unas semanas, charlando con Ellie, me quejaba de que, a pesar de que mi idea era escribir una novela breve, el libro no deja de expandirse y es evidente que será larguísimo antes de que me atreva a cortarlo y reducirlo a su justa medida. Ellie, sin embargo, dice que le parece perfectamente razonable esa forma de proceder. Es lo que ella hizo con su tesis doctoral, hace muchos años, dice. Por un momento, me tranquilizó. Pero he vuelto a preocuparme. Si sigue creciendo, ¿tendré tiempo para acortar la novela antes de que se me acabe el dinero?

No puedo dejar totalmente de traducir. Intenté calcular el otro día cuánto dinero gasto al mes, cuánto me queda, de cuánto dispongo, y cuánto necesito ganar en los próximos meses para cubrir mis necesidades. Satisfecha de mí misma, bajé a explicarle a Vincent que gastaba unos 2.300 dólares al mes, y que tenía dinero suficiente para que me durara más o menos un año sin traducir demasiado. Pero Vincent me recordó que mis cálculos suelen ser erróneos. Me olvido casi siempre de lo que él llama gastos adicionales encubiertos. Y olvidaba que hay que pagar impuestos.

No me administro bien. Uno de los problemas es que cuando me pagan un trabajo, me lo pagan de golpe, y la cantidad me parece infinita. Empiezo a gastar, y cada cosa que compro me parece la única que pienso comprarme, cada gasto me parece el único. No tengo conciencia de que cada una de esas cantidades se sumará a la siguiente, hasta que se me va todo el dinero.

Y un día descubro que casi no me queda nada, y ni siquiera tengo un trabajo a la vista. Me asusto. No es que Vincent se niegue a cubrir mis necesidades en caso de que me quede sin nada, pero si yo no pagara parte de los gastos comunes no podríamos conservar lo que tenemos. En tal situación y, dado que no me queda otra

salida, calculo cuánto dinero me queda, hago un presupuesto e intento respetarlo.

Y entonces, a veces, suena el teléfono y oigo la voz amable de alguien que quiere pagarme por traducir un libro. Como yo le hablo en un tono profesional y tranquilo, esa persona, al otro lado de la línea, no tiene la menor idea del estado de desesperación en que me encontraba hasta ese momento.

No estoy cansada de traducir, aunque podría estarlo. Quizá debería avergonzarme de seguir traduciendo al cabo de tantos años. A la gente le sorprende que una mujer de mi edad se dedique a la traducción, como si traducir estuviera bien para un estudiante, o para alguien recién salido de la universidad, pero no fuera una ocupación adecuada cuando se llega a cierta edad. O es elegante traducir poesía, pero no prosa. O es estupendo traducir prosa siempre que se haga por afición o para pasar el rato. Un conocido mío, por ejemplo, ya no necesita traducir, y ese es uno de los muchos signos de que se ha convertido en un escritor de éxito. De vez en cuando traduce algo breve, como un poema, pero solo por complacer a algún viejo amigo.

Quizá tenga algo que ver con esto el hecho de que a los traductores se les pague por palabras, de modo que cuanto más cuidado ponen en su trabajo, menos se les paga por su tiempo, lo que significa que si son muy meticulosos no ganarán mucho. Y lo normal es que cuanto más interesante y más original sea un libro, más concienzudo deba ser el traductor. Con un par de libros difíciles le dediqué tanto tiempo a cada página que gané menos de un dólar por hora. Pero no estoy segura de que esto explique por qué tanta gente desprecia a los traductores o no los juzga merecedores de atención.

Si estoy en una fiesta y le digo a un hombre que soy traductora, no es raro que el tipo pierda todo interés por mí y se vaya a hablar con otra persona. Pero la verdad es que yo he hecho lo mismo en algunas fiestas con gente que se dedicaba a la traducción, sobre todo si eran mujeres. Al principio hablo entusiasmada con la mujer, porque tengo muchas cosas que decir sobre traducción, y más si coincido con alguien que conoce el oficio, cosas en las que he pensado mucho y que he debido guardarme porque no es frecuente que me encuentre con traductores. Pero mi entusiasmo mengua poco a poco, porque lo único que hace mi colega es quejarse, y me doy cuenta de que no disfruta traduciendo, de que no le interesa su propio trabajo, como tampoco le interesa el mío, ni le intereso yo.

Me acuerdo de una mujer que incluso se me parecía, o se parecía a cómo me imagino que soy antes de volver a mirarme en el espejo. Tenía el pelo castaño claro, liso y muy largo, recogido atrás con dos pasadores, llevaba gafas, era alta y delgada, y sus rasgos, regulares, podrían haber sido agradables con una expresión menos triste. La ropa, aunque buena, de ningún estilo en especial, era anodina, quizá un jersey incoloro y una falda sencilla. La principal impresión que me causó fue de aburrimiento, estrechez de miras e insatisfacción. Quizá me vean a mí así los demás. Puede que yo también resulte demasiado aburrida y quejosa, aunque piense que, si algo me sobra, es entusiasmo. Y quizá mi entusiasmo sea lo peor de todo, porque,

según la gente, solo me entusiasman las cosas aburridas.

Me quejaba con otro amigo de mi confusión, de mis dudas sobre este libro. Me había hecho una pregunta clara y directa, del tipo «¿Cuánto llevas escrito?» o «¿Te queda mucho?», como si yo pudiera contestarla sin problemas. Mi amigo me dijo que él sabía siempre exactamente cuánto le quedaba para terminar un libro. Me dijo que, más o menos, escribía una página al día y sabía que, por ejemplo, le quedaban cien páginas por escribir. Solo uno de sus libros, me dijo, le había planteado dudas, que resolvió mediante complicados esquemas. Pero a mí me da la impresión de que perdería mucho tiempo si me dedicara a hacer algo por el estilo, aunque sepa que perderé más tiempo si no lo hago.

Ayer, durante una hora más o menos, creí haber encontrado la solución. Pensé: solo tienes que eliminar las partes que no te gustan. Es probable que lo que quede sea bueno. Pero entonces intervino otra voz. Es una voz que a menudo me interrumpe para confundirme. Dijo que no hay que eliminar cosas a la ligera. Quizá solo haya que reescribirlas, dijo. O trasladarlas a otro pasaje. Cambiar de lugar una frase puede transformarlo todo. Y el cambio de una sola palabra puede convertir en buena una frase mala. De hecho, cambiar un signo de puntuación puede producir el mismo efecto. Así que pensé que lo que debía hacer era reordenar y reescribir las partes que no me gustaran hasta estar segura de que sobraban y de que podía eliminarlas.

Pero, vuelvo a lo mismo, quizá no sobre nada, y esta novela sea un rompecabezas de difícil solución. Y si yo tuviera la paciencia y la inteligencia necesarias, la encontraría. Cuando hago un crucigrama difícil, jamás lo termino, y casi nunca me acuerdo de mirar la solución cuando la publican. Llevo tanto tiempo tratando de resolver este rompecabezas que alguna vez he pensado en mirar la solución, como si solo tuviera que rebuscar en el montón de periódicos para encontrarla. A veces siento la misma frustración ante un problema de traducción. Pregunto: Bueno, ¿cuál es la respuesta? Como si existiera en alguna parte. Quizá se me ocurra la respuesta cuando revise lo que llevo escrito.

Pero, dado el tipo de rompecabezas al que me enfrento, nadie que no sea yo notará la ausencia de determinados elementos que deberían formar parte de la novela y eliminé porque no sabía dónde incluirlos.

No es lo único que temo. Temo darme cuenta, una vez acabada la novela, de que lo que me movía a escribirla no tiene nada que ver con el resultado final, de que el camino era otro. Pero, entonces, ya no podré retroceder ni cambiar nada, y la novela se quedará como esté, y la otra novela, la que debería haber escrito, no será escrita jamás.

Las peleas fueron cinco, creo. La primera fue en el coche después de la lectura. La segunda fue a la vuelta de un viaje por la costa. No recuerdo por qué nos peleamos, pero sí de que, antes de que termináramos de discutir, apareció el afinador en el

camino de tierra que llevaba a mi casa: comimos en un restaurante abarrotado, con las bolsas de los libros recién comprados en el suelo, a nuestros pies.

Hice sola tres viajes. Uno fue para un fin de semana. El segundo, a principios del invierno, duró tres semanas, cuando terminó el periodo lectivo. Nos escribimos cartas, hablamos por teléfono un par de veces. El último viaje, el más largo, fue al final del invierno. Lo llamé por teléfono y le escribí una carta que nunca le llegó. Me habían prestado un piso y él ocupaba entonces el apartamento encima del vivero de cactus.

La tercera pelea fue más seria que la primera o la segunda, y se produjo cinco días después de la pelea que interrumpió el afinador de pianos. Por primera vez me iba de viaje sin él, el viaje más corto. Creo que le molestó que me fuera, sin importarle mis motivos, que eran los siguientes: la noche antes le había dejado un breve mensaje a Madeleine, y Madeleine me lo dio indignada. En el mensaje me decía que no podía verme a pesar de que habíamos quedado. No añadía ninguna explicación.

Pasó la noche con Kitty en vez de conmigo. Fueron al cine y luego se quedaron charlando en el apartamento de él. Me dijo que Kitty tenía un problema que quería consultarle. Le estuve llamando por teléfono hasta que le encontré. Me peleé con él por teléfono, volví a llamarlo y, por fin, a pesar de que ya era muy tarde, cogí el coche y fui a su casa. Quería estar con él, aunque solo fuera un momento.

O porque era muy tarde, o por lo absurdo de mi conducta, de mi falta de dignidad (el hecho de quitarme el camisón y volverme a vestir para hacer lo que estaba haciendo), o por cualquier otra razón, cuando llegué a la larga curva que rodea el aparcamiento del hipódromo, en dirección hacia el *camping* para caravanas y a la vista ya de la autovía, entre las luces amarillas y rojas de los coches que circulan por la carretera de la costa, y vi a lo lejos el tren del sur, con su único faro y el doble reflejo de la luz en los raíles que corrían hacia mí, sin otra compañía que la oscuridad y el vacío, capas y capas de tonalidades diferentes de oscuridad y de vacío, y apenas luz para distinguir la falda en tinieblas de la colina al otro lado de la alambrada, más allá del camino de tierra, más allá del canal de aguas cenagosas, sentí que ya no era yo la que observaba el paisaje, sino que ahora el paisaje me observaba a mí: yo era la única cosa que se movía en aquel descampado, y de pronto me vi, como si el paisaje me reflejara y me obligara a verme haciendo lo que estaba haciendo.

Pero poco importaba la claridad con que veía lo que estaba haciendo: iba a seguir adelante, como si le permitiera a mi vergüenza convivir con mi necesidad de hacer lo que hacía. En vez de hacer lo correcto, muchas veces prefiero hacer lo que no está bien y sentirme mal, si lo que no está bien es lo que quiero.

Recorrí ese kilómetro y medio de la costa con un único propósito: cubrir esa distancia y llegar al final. Le encontré en su apartamento, pero no me dejó entrar. Hablamos fuera, y me pidió perdón. Volví a mi casa y a la mañana siguiente me fui a pasar el fin de semana fuera, sin estar segura de lo que había de mentira y de verdad en toda su historia.

Era el día de Acción de Gracias. Me fui en avión a una ciudad más al norte, precisamente la misma ciudad en la que años después me pasaría casi una tarde buscando su última dirección, aunque en mi memoria se trate, sí, de dos ciudades muy distintas. Casi inmediatamente después de llegar, me llevaron a una casa en la que nunca había estado antes, y más tarde, esa misma noche, me llevaron, a través de calles oscuras que no conocía, a otra casa en la que nunca había estado antes. Era una casa de campo que no miraba a la calle, aislada por una extensión inmensa de césped, un verdadero descampado, si no lo engrandecen el paso del tiempo y mi memoria. Yo no sabía en qué parte de la ciudad me encontraba, ni tenía pensado alojarme allí.

Allí me dejaron, y no había nadie en la casa, salvo el hijo de no sé quién, un adolescente que dormía en la planta de arriba y a quien no llegué a ver, ni esa noche ni a la mañana siguiente, así que era como si estuviera sola. Tenía conciencia de las horas que llevaba separada de él, pero también de los sitios extraños por los que iba pasando, como si, cuantas más horas transcurrieran y más sitios me acogieran, más me alejara de él, lo que me obligaría a recorrer hacia atrás ese tiempo y esos lugares para volver a encontrarlo. Entonces, aunque era tarde, sonó el teléfono y, cuando descolgué, lo que oí en el auricular fue su voz. No podía saber dónde estaba, pensé, porque ni siquiera yo sabía dónde estaba. Era imposible que me llamara. Pero me había encontrado, simplemente porque quería encontrarme.

Algo parecido había sucedido unas semanas antes, un día que, más que ninguna otra cosa, yo quería abrazarlo, tenerlo entre mis brazos, y creía que andaba por ahí con otra gente. Abrí una puerta y allí, a la salida, frente a mí, me estaba esperando.

En momentos así, y quizá solo en momentos así, cuando, separada de él, quería estar con él, desaparecían toda mi confusión, todas mis reservas.

Volví a los dos días y encontré encima del piano un ramillete de flores azules y una nota donde me decía que me esperaba al pie de la colina, en el bar. Lo único que tenía que hacer era ir cuando me apeteciera, lavarme la cara y las manos, bajar la cuesta, y reunirme con él en el local abarrotado, donde estaría sentado en un taburete, entre los clientes, hombro con hombro, de modo que, cuando se diera la vuelta para recibirme, su espalda chocaría con la espalda de alguno, mientras yo me abría paso entre la gente para reunirme con él. Entonces lo tendría entre mis brazos, donde quería tenerlo.

Y, sin embargo, me entretuve un poco, miré el correo, abrí algunas cartas antes de bajar la cuesta. Mantuve el reencuentro a cierta distancia, quizá para disfrutarlo donde existía en ese instante, en el futuro inmediato. Y quizá esa fuera la situación en la que me sentía más feliz, cerca de él, con la posibilidad inmediata de tenerlo ante mí, sintiendo el deseo de tenerlo tan cerca que ya nada podría separarnos, y sabiendo que podía satisfacer ese deseo cuando quisiera. Era una situación absolutamente segura, libre de problemas, conflictos o contradicciones, y tenía tiempo para saborearla. Nada podía estropearla, excepto querer prolongarla demasiado.

Cuando pienso en estas cosas, se me ocurre que quizá lo que me resultó

intolerable después de que me dejara no fue lo más obvio, que ya no estábamos juntos, que me había quedado sola, sino lo menos evidente: que ya no tenía la posibilidad maravillosa de ir a buscarlo donde estuviera y ver cómo se alegraba de verme. Quería reunirme con él, pero no sabía dónde estaba, y cuando lo supe y lo encontré, verme no le dio ninguna alegría.

Cuando, como transportado por la fuerza de mi deseo, apareció de repente en la puerta, había una fiesta en mi casa. Era una fiesta que dábamos los dos, aunque no me acuerdo de qué celebrábamos. Había mucha gente en la casa. Intentábamos asar pollo para todos, pero nos habíamos organizado mal y se nos acumulaba el trabajo. Tanta gente se apelotonaba alrededor, para comer, esperando, o reclamando, que casi nos asustamos ante tanto apetito. Asábamos el pollo en la terraza, en una parrilla que habíamos fabricado con piedras, y no dejábamos de darle vueltas a aquella carne blanda y grasienta, reluciente a la luz que salía de la casa, pero el pollo no quería hacerse. Algunos comieron por fin, y otros no probaron la comida, y, cuando pasó la hora de cenar, la gente había saciado su apetito o lo había olvidado. A la mañana siguiente había un agradable olor a cerveza en toda la casa, y el suelo estaba lleno de migas de pan, y alguien se había dejado el sombrero encima de una mesa.

Al poco de volver de mi viaje de fin de semana, fui a verlo a su garaje, un sitio al que yo no solía ir. No le preguntaba dónde trabajaba ni cuándo trabajaba. Hubiera querido preguntarle, y quizá le pregunté alguna vez, pero por la forma en que me contestó, quizá demasiado lacónica, me pareció que no le gustaba que le preguntara.

Me llevé algunos libros que quería leer desde hacía tiempo. Puse los libros en la estantería del dormitorio, sobre mi cama, con otros libros nuevos: los libros que me habían regalado en el viaje y los libros que había comprado con él pocos días antes.

Miraba con frecuencia el lomo de los libros. El color, las palabras del título, que sugerían otras posibles visiones del mundo, formaban parte de lo que veía a diario en la habitación, y para mí era un placer tener siempre cerca esos signos de la existencia de otros mundos posibles, aunque pasara meses y años sin abrir los libros, aunque hubiera muchos que nunca leería, embalados y desembalados una y otra vez, acompañándome de un sitio a otro. Algunos, de hecho, siguen sin leer en las estanterías de esta casa.

Cuando fui a verlo al garaje, me enseñó con más detenimiento el espacio donde trabajaba, y me impresionaron los libros, sin saber aún que la mayoría no eran suyos. El garaje era más grande que su cuarto, en la parte trasera del edificio. Una potente luz amarilla iluminaba los muros de cemento y las estanterías, muy altas, que llamaban la atención porque ocupaban el centro del local. Las recorría con paso ágil y ligero para explicarme cómo había ordenado los libros. Nunca hacía movimientos

inútiles. Se movía, pero siempre parecía estar quieto. Hacía una pausa antes de moverse, y luego se movía despacio, economizando cada gesto, mientras que yo me precipitaba sobre las cosas, tropezaba, era torpe. Parecía también economizar cuando pensaba, como si también hiciera una pausa antes de pensar y antes de hablar. Pero, por supuesto, incluso siendo tan pausado y metódico, a veces se equivocaba o decía algo poco inteligente, y yo me acordaba de la forma en que un animal acorralado hace una pausa antes de, obedeciendo a sus instintos perfectamente desarrollados, iniciar un movimiento que debería ser efectivo, pero que no lo es, porque en la situación se dan elementos que el animal no ha entendido ni puede entender.

No volví más a su garaje, que yo me acuerde. No lo ayudé cuando se mudó un par de meses después al apartamento que daba al patio de cemento del vivero de cactus. No me acuerdo de cuándo se mudó. Pensé que se había ido, que había vuelto al Este. La mudanza la provoco una discusión. O no pagaba el alquiler, o no le gustaba al propietario, o se presentó un amigo que reclamó el local, o ese amigo, u otro amigo, se peleó por los libros, que dejó abandonados en el garaje cuando se fue, o se los quedó el dueño del inmueble, o se habían estropeado, o algunos habían desaparecido.

Antes de enfadarme con él, y mucho antes de que Ellie me dijera que otra mujer había considerado un insulto muy grave cierta proposición que él le hizo, algún servicio que le ofreció a cambio de dinero, ya me había dado cuenta de que parecía irritar a mucha gente. Es verdad que en cuestiones prácticas o en cualquier asunto en el que mediara dinero, antes o después cometía alguna incorrección y le causaba problemas a la persona con la que estuviera tratando. Al principio, producía buena impresión, al casero por ejemplo, pues iba limpio y arreglado, y era amable e inteligente, y guapo, sin ostentación, con humildad, y el casero quedaba encantado con el acuerdo y con el nuevo inquilino. Pero después se retrasaba en el pago del alquiler, o pagaba solo una parte, y al mes siguiente no pagaba nada, y el casero se sentía confundido al principio, y luego preocupado, y luego furioso, y luego, cuando lo echaba, se mostraba inflexible.

Me devolvió enseguida el primer préstamo que le hice, los cien dólares, pero no me devolvió los trescientos que le presté para el silenciador del tubo de escape, quizá porque ya me había abandonado cuando volví de viaje, y la deuda ya no era algo que pudiera interponerse entre nosotros, sino algo que olvidar, de la misma manera que querría olvidarse de mí, lo más rápido posible, dejarme atrás y seguir adelante.

Más tarde me di cuenta de que se acercaba a una mujer y se ligaba a ella de la misma manera que se mudaba a un apartamento en el que vivía unos cuantos meses y luego volvía a mudarse después de alguna desavenencia con el casero, siempre por impago del alquiler, siempre debiendo dinero. Necesitaba vivir con esa mujer, formar parte de ella, sin abandonarse del todo, pero sin mantenerse a demasiada distancia. Al cabo del tiempo la dejaba por otra.

Una mujer lo anclaba en el mundo real, lo conectaba a algo. Sin una mujer, era como si flotara. No tenía una noción clara del paso de las horas y de los días, no hacía planes para ganar dinero, para gastarlo y ahorrarlo, y, si los hacía, eran planes sin conexión con la realidad, aunque siempre iba limpio y bien vestido, y emprendía proyectos a los que se entregaba por completo (era muy trabajador), y que casi nunca terminaba.

No siempre sabía lo que estaba haciendo ni cómo organizarse, y a veces tampoco sabía lo que decía, o no se planteaba qué relación guardaba lo que acababa de decir con lo que había dicho antes, o con lo que hacía en ese momento, o con la situación, y a menudo se producía una falta de coherencia entre una cosa y otra, tanto en sus conversaciones como en su vida. Muchas de las cosas que me decía no eran verdad, y muchas más ni siquiera respondían a lo que él pensaba que me estaba diciendo. No siempre sabía lo que decía porque no era raro que tuviera la cabeza en otra parte. Una vez me contó que había hecho una estupenda sopa de pescado a la portuguesa, y luego rectificó y me dijo que nunca había guisado la sopa, pero que creía que le saldría muy bien. A veces decía algo que él consideraba verdad, pero lo decía de una manera tan extraña que sus palabras no expresaban lo que había querido decir. A veces solo era confuso, o se equivocaba. Algunos de sus errores eran fruto de los nervios, y podía comportarse como si no hubiera oído sus propias palabras. A veces tergiversaba o exageraba deliberadamente. A veces mentía deliberadamente.

Cuando lo conocí, no lo consideraba capaz de mentir y me creía todo lo que decía. Más tarde, cuando recapacitaba sobre lo que había dicho, sabiéndolo capaz de mentir, tenía que preguntarme qué era verdad y qué era mentira. Y cada duda me obligaba a cambiar todo lo que creía saber de él.

Creo que tenía tantas ganas de olvidarse de mí como de olvidar el dinero que me debía, aunque me mandara el poema francés al año de vernos por última vez. Puede que un impulso repentino le moviera a mandármelo. Quizá mi recuerdo traspasara un instante su nube de olvido antes de volver a disolverse en ella, y cuando recibiera mi respuesta, si llegó a recibirla, decidido otra vez a olvidarme, la leyera por encima, reprimiendo cualquier sentimiento y, para olvidarla lo antes posible, la dejara, no en un cajón o en una caja, ni siquiera en la papelera, sino en la mesa, o en el escritorio, donde la miraría como si tuviera intención de contestarla, y donde acabaría sepultada bajo otros papeles, perdida y por fin olvidada.

Cuando recibí el poema, lo leí una vez por encima, luego vanas veces más ese mismo día, hasta que lo entendí casi todo, y ya no me atreví a volver a sacarlo del sobre, como si su poder fuera excesivo, como si dentro del sobre la fuerza del poema quedara bajo control, y fuera a resultar peligrosa.

Acabo de volver a sacar el poema y he consultado distintas antologías para intentar localizarlo e identificarlo. Ya lo encontré una vez, quizá por casualidad, y

pensaba que no me costaría trabajo repetir la operación cuando me hiciera falta. Es probable que se trate de un poema muy conocido, o por lo menos me dio esa impresión la primera vez que lo encontré por casualidad. Probablemente yo debería conocerlo, por mi profesión, pero mi conocimiento de la literatura francesa es sorprendentemente pobre, como mi conocimiento de la historia de Francia. Por extraño que parezca, esta circunstancia no suele afectar a la calidad de mi trabajo. En el peor de los casos, solo echo de menos un par de referencias. De vez en cuando, sin embargo, siento vergüenza.

El poema es un soneto, y empieza con la palabra *Nous*. Miré el índice de primeros versos del libro en el que siempre había creído que encontraría el poema, y solo vi otros versos que empezaban con la palabra *Nous*, en la traducción literal que ofrecía el libro: *Nosotros estamos dispuestos a dar nuestras manos. Nosotros tenemos clero, cal. Nosotros no viviremos siempre en estas tierras amarillas*. No encontré el verso que buscaba, que debería decir algo como: *Nosotros hemos pensado cosas puras*. Lo dejé, por el momento.

Entonces sucedió algo curioso. Vi, como a distancia, que mis manos devolvían la carta al sobre. No la trataban con cuidado, casi con reverencia, como la habían cogido hacía apenas un instante, sino de cualquier modo, sin miramientos, porque me fastidiaba no haber encontrado el poema. Y, como estoy más que acostumbrada a ver como mis manos hacen lo mismo todos los días con otras cartas, por un momento creí, o lo creyó una zona independiente de mi cerebro, que era una carta que acababa de recibir, que acababa de recoger en Correos para abrirla en mi escritorio. Y entonces su letra, en el sobre, recuperó su sentido, su inmediatez: la carta parecía transmitir algo real, activo.

Pasó el instante, o la zona de mi cerebro consciente de la verdad se impuso a la que, por unos segundos, había creído otra cosa. La carta volvía a poseer la perdurabilidad desvaída, la inmutabilidad de una reliquia.

La carta forma parte de una reducida colección de cosas que, aquí, en mi cuarto, parecen gozar de vida propia. Reliquias, tienen más peso, o más magnetismo, que los demás objetos de la casa. Además del poema que él me mandó, y de su relato, de su foto, de una página que escribimos entre los dos, en la que su letra alterna con la mía, hay una manta que se dejó en mi casa, una camisa de cuadros que me regaló, otra camisa de cuadros con las mangas tan deshilachadas que se caen a pedazos, y un mínimo de tres libros. Uno es una novela de Faulkner que leí cuando él me abandonó, una edición de bolsillo tan vieja que tiene las páginas amarillas y los márgenes marrones, y la cola tan frágil que cada página que leía y pasaba se despegaba sin ruido, y como no siempre cerraba el libro cuando lo soltaba un momento, sino que lo dejaba abierto en el alféizar de la ventana, al lado de la cama, ya no un libro encuadernado, sino dos montones de páginas, uno de páginas encuadernadas y otro de páginas sueltas, el libro ya no contenía la historia, aunque la historia siguió presente en la habitación mientras yo leía el libro, y muchos días más, como si,

liberada de las páginas, flotara en el cuarto, suspendida bajo las vigas del techo: la tristeza y la enfermedad de la mujer, el agitarse de las palmeras salvajes alrededor de la cárcel donde está preso el hombre, el viento impetuoso, el ancho río que ve desde la ventana de la celda, el pobre cigarrillo que no puede liar porque le tiemblan demasiado las manos.

Creía que la sensación de vacío y desolación no apareció hasta febrero. Pensé que era soportable. La verdad es que apareció en diciembre, antes de que me fuera al Este por primera vez. De hecho, surgió antes, casi al principio incluso, aunque al principio no tuviera importancia. Pero me fui en diciembre, y volví, y olvidé mi desazón. Lo echaba de menos y a mi regreso me reencontré con él. Pero la sensación reapareció en febrero, aguda, y persistió día tras día.

Hubo dos viajes al Este, pero no sé si describiré el primero en primer lugar y el segundo en segundo, porque hoy intuyo que el orden cronológico no es la mejor solución, aunque sea la más fácil, y que debo alterarlo. ¿Es que, ordenados cronológicamente, los acontecimientos escapan a la sucesión de causa y efecto, de la necesidad y de la satisfacción, pierden el impulso de su propia energía y se someten al simple paso del tiempo?

¿O solo es que hoy estoy irritable? Tengo que tener cuidado porque hay días que estoy tan irritable que no solo quiero alterar el orden cronológico: quiero borrar buena parte de lo que llevo escrito. Quitá esta frase, me digo con una especie de placer furioso, y también ese párrafo: no me ha gustado nunca ni me ha merecido la menor consideración.

Pero si cediera a todos esos impulsos cuando estoy de mal humor, casi me quedaría sin novela.

En momentos así, la irritación que me provoca lo que escribo es tan personal como la irritación que siento cuando el viejo se encabezona y choca contra el muro de su rechazo, o como cuando discuto con Vincent y no quiere oírme, y mira al techo o cierra los ojos o los clava en el periódico. Es como si pensara que la novela tiene vida y voluntad propia, y se negara a hacer lo que yo quiero.

No siempre tengo confianza en mí misma, porque es la primera vez que intento escribir una novela. Al principio pensaba que la novela debía parecerse al tipo de novela que admiro. Pero, es evidente, pronto me di cuenta de que admiro distintos tipos de novela. Durante un tiempo pensé que debía ser como la novela que estaba traduciendo cuando él me dejó, no porque fuera lo que estaba haciendo entonces, sino porque esa novela me parecía admirable. Pero si me ceñía a ese modelo, tenía que suprimir la mayor parte de lo que ocurre en mi novela. En la que estaba traduciendo, los personajes no paraban de entrar y salir de distintas habitaciones, mirar a través de puertas entornadas, llegar a apartamentos, subir y bajar escaleras, mirar desde la ventana el exterior, mirar a través de la ventana el interior, y dirigirse unos a otros

breves observaciones apenas comprensibles.

Entonces quise darle a mi novela el alto tono moral que caracteriza la obra de otro autor al que admiro, pero no lo conseguí, porque carezco de los sólidos principios morales de ese hombre.

En diciembre mi desazón solo era aburrimiento o, en los peores momentos, pánico a quedar atrapada en el espacio vacío de nuestro silencio o en la imposibilidad de hablarnos con naturalidad.

Una noche estábamos solos en un restaurante y yo empezaba a sentirme exhausta por el esfuerzo de permanecer sentada allí, frente a él, intentando que me hablara, y luego intentando pensar en otra cosa cuando ni yo era capaz de hablar, ni conseguía que él me dirigiera la palabra.

Me movía en el espacio de tiempo que pasábamos juntos como si arrastrara un peso de un instante al siguiente.

Ni siquiera nos ayudaba el hecho de que me fuera unos días más tarde. Me cansaba tanto sentir tan poca vida entre nosotros que desde el aburrimiento más profundo le propuse un juego: coger una hoja de papel e ir pasándonosla, añadiendo cada uno una frase, y escribir un cuento a medias.

Lo hicimos, pero el cuento era malo, o peor que malo: aunque cada frase era coherente con la anterior, parecía arbitraria, fruto evidente del aburrimiento y de la irritación, y, al cabo de un rato, esa arbitrariedad empezó a darme miedo porque sugería o revelaba lo arbitrarias que son otras frases que parecen coherentes, y otras historias también. Cuando dejamos de escribir, aún había menos vida entre nosotros.

Qué raro resulta en este momento admitir que, aunque me daba miedo el vacío que había entre nosotros, el culpable de ese vacío no era él, sino yo: yo esperaba ver qué me ofrecía, qué me daba él, cómo me entretenía. Y, sin embargo, era incapaz de sentir verdadero interés por él o, quizá, por nadie. Exactamente lo contrario de lo que pensaba entonces, cuando todo parecía sencillo: él era demasiado inmaduro, o demasiado cauto, o solo demasiado joven, no lo suficientemente complejo todavía, así que no sabía cómo entretenerme, y tenía la culpa de todo.

Otra cosa me fastidiaba aún más: el cambio que se producía en mí cuando estaba con él, aunque supiera que nada me obligaba a ser siempre la misma. Me transformaba en alguien irreconocible. En compañía de otra mujer, o de un amigo, me volvía un poco diferente, pero con un hombre que era para mí lo que él era, mi compañero permanente, el único que compartía mi cama no de vez en cuando sino todas las noches, el único al que volvía cuando me iba, el único que volvía a mí, yo representaba casi siempre el papel de una persona en la que me costaba reconocerme y que no me gustaba, y cuanto menos cómoda me sentía, más desagradable resultaba esa persona.

En realidad, yo no representaba ningún papel, porque no lo hacía a conciencia. Y tampoco me convertía en otra persona. No era otra persona la que surgía en esos momentos, sino una parte de mí que no se exteriorizaba cuando estaba sola o con

otros amigos: frívola, condescendiente, egocéntrica, sarcástica y mala. Eran rasgos bastante naturales en mí, aunque no me gustaran.

En aquel tiempo, en el que me aburría y estaba casi siempre nerviosa, Madeleine se pasaba el día de mal humor, no sé por qué, desde por la mañana temprano. Amanecía con una franja blanca, láctea, bajo una nube. El cielo iba adquiriendo un azul frío, de nieve. Los primeros ruidos procedían de un vecino que cerraba la puerta, arrancaba el coche y se alejaba. Despertaba a un pájaro que emitía un sonido semejante al de pulsar un alambre y volvía a dormirse un rato. Me asomaba a ver cuánta luz había en el cielo y la gata maullaba. El pájaro volvía a despertarse y su canto parecía el chirriar de un grillo.

Madeleine empezaba a trajinar en la cocina y yo empezaba a soñar despierta. Las palmeras se agitaban al viento. Madeleine salía con el rastrillo. Yo oía desde la cama cómo los dientes del rastrillo rechinaban contra la tierra del camino. Barría las agujas de los pinos. Rodeaba el montecillo de las uñas de gato, que parecían de goma, al borde de la carretera, y los sacos de arcilla, debajo del cedro. Amontonaba las agujas, y luego las quemaba. Le gustaba hacer hogueras con las agujas de pino.

La mañana era templada y clara. Pasado el mediodía, la niebla iba cubriendo la colina, desde el océano, y los coches subían con los faros encendidos, aunque, donde yo estaba, el aire seguía siendo limpio. Entonces, al otro lado de mis ventanas, se volvía blanco el aire, en la distancia los árboles se convertían en manchas borrosas, pero los arbustos que crecían junto a la casa parecían muy nítidos de repente sobre el fondo de niebla blanca.

En aquella época del año las mariposas monarca volaban por las colinas en grupos de cinco o seis. Se acercaba la Navidad, en la iglesia se celebraban oficios especiales y, del pie de la colina, me llegaban los cánticos y la música de órgano. Mientras los oía, desde la ventana del cuarto de baño, por encima de los tejados y de los coches, veía al Papa Noel eléctrico que, en la chimenea de un edificio de ladrillo, al final de la cuesta, se movía lentamente de derecha a izquierda, de izquierda a derecha.

Madeleine barría y pegaba portazos. Descolgaba el teléfono, que estaba junto a la puerta de mi cuarto, marcaba un número, y colgaba con todas sus fuerzas. O cogía el teléfono sin apenas ruido y se lo llevaba donde yo no pudiera oírla, a la cocina o al fondo del pasillo, y hablaba en voz baja, irritada, en español muchas veces, o en italiano, mientras, como ruido de fondo, la gata no paraba de maullar. Sé que una vez se peleó con una amiga suya, una española rica que vivía al final de la cuesta. Yo estaba segura de que las relaciones de Madeleine con sus amigas y sus amantes eran difíciles, pero nunca me contó nada ni nunca le pregunté.

Prefería comer con palillos, sobre todo un guiso a base de mijo y ajo, y se pasaba el día bebiendo té. El fregadero casi siempre estaba lleno de palillos, cucharillas para la infusión del té, hojas de té y semillas de mijo desperdigadas, y en aquellos días, conociendo el mal humor de Madeleine, hasta los palillos y las cucharillas perforadas

para las infusiones parecían de mal humor en el fregadero verde pálido.

Pero, a pesar de mi desánimo y de mi impaciencia, yo no quería dejarlo cuando llegó el momento de irme al Este. Parecía verdad, justo entonces, que él me pertenecía y yo le pertenecía, por encima de todo el aburrimiento, por encima de la pobreza de nuestros sentimientos. Y, al mismo tiempo, no sabía qué pensar: si lo que sentía por él no merecía la pena, como a veces creía, o si era algo grande.

En el Este me vi metida de pronto en tantas complicaciones y angustias ajenas a él, e incluso ajenas a mí, que su importancia se redujo a casi nada.

Pero cuando me creía concentrada en otros asuntos, en el andén de una estación, o mientras esperaba un coche, cuando entraba o salía de una casa, subía y bajaba a pie el camino, salía al frío de la calle o me refugiaba del frío, de pronto recordaba el olor de su piel, y echaba de menos sus brazos abiertos, lo quieto que se quedaba cuando me abría los brazos, como si toda su atención la dedicara a mí, a abrazarme, aunque si había un hombre delante, más hombres, para mí no quedaba sitio: juntos eran una superficie compacta, siempre en movimiento, deprisa, agitándose de un lado a otro, siempre lejos de mí, sin hacerme ni caso, a lo suyo, en sus cosas, reparando en mí alguna vez, cuando también yo me convertía en parte de sus cosas. Me prestaba atención, me miraba, me escuchaba, pensaba en mí cuando no estaba conmigo, pendiente de mí, nada se le escapaba cuando se daba cuenta de mi existencia. Incluso durmiendo, era atento, y se despertaba lo justo para decirme que me quería, mientras que otros hombres, concentrados en el esfuerzo de dormir, fastidiados, me hubieran dicho: «¡Deja de moverte!».

En la novela, pensaba en la posibilidad de fundir en una las dos visitas al Este, por economía, dado que no sé hasta qué punto él seguía ligado a mí en aquellos días, cuando me tenía tan lejos. Pero, a pesar de la distancia, mis sentimientos hacia él cambiaban de un día para otro, o bien porque todo lo que me pasaba, aunque no guardara relación con él, cambiaba mis sentimientos (incluso lo que me pasaba de noche, en sueños), o simplemente porque mis sentimientos maduraban y evolucionaban en el curso de los días, como criaturas independientes: se intensificaban o se debilitaban, decaían, enfermaban, sanaban.

Y los dos viajes no fueron iguales. Durante el primero, me quedé en casa de mi madre, un sitio incómodo para mí, y, tanto él como yo, nos echamos de menos intensamente, sin reservas. Me escribió por lo menos cuatro cartas, y yo le respondí, aunque no sé cuántas veces. Lo llamé, como mínimo, dos veces por teléfono. Cuando fui al Este por segunda vez, la hermana de mi madre se había ido a vivir con ella y me quedé en la ciudad, en un apartamento prestado, y sentía que lo que nos había unido apenas existía ya.

Sé que me aparto un poco de la verdad, en algunos puntos sin querer, y en otros deliberadamente. Reordeno lo que sucedió para hacerlo menos confuso y más creíble, pero también más digerible, más aceptable. Si ahora me parece que, en nuestra relación, no pude experimentar determinado sentimiento tan pronto, lo retraso un poco. Si creo que no debería haber experimentado ese sentimiento jamás, lo elimino. Si él hizo algo demasiado terrible para mencionarlo, yo no digo ni una palabra al respecto, o me refiero a algo terrible, pero sin dar más detalles. Si yo hice algo demasiado terrible, o lo suavizo, o no lo menciono.

Al fin y al cabo, hay cosas que me gusta recordar y cosas que no me gusta recordar. Me gusta recordar los momentos en que me porté decentemente, y las situaciones emocionantes o interesantes. No me gusta recordar las veces en que me porté mal, ni me gusta la fealdad cuando es mezquina, aunque puedo aceptar cierto tipo de fealdad dramática. Mi aburrimiento no es un recuerdo agradable, como no lo son ciertos momentos, como la visita que hicimos juntos, después de separarnos, al horrible apartamento alquilado de unos que no me caían especialmente bien, aunque me ha llevado mucho tiempo entender por qué me resultaba tan desagradable recordar precisamente esa visita.

Una noche, en la cama, en casa de mi madre, dejé de pensar en el héroe del libro que estaba leyendo, un hombre bueno, inocente, guapo, inteligente, ignorante, con talento para la música, y de noble, pero misterioso origen. Me recordaba a él, no porque tuvieran demasiadas cualidades en común, sino por el lugar que el héroe ocupaba en la historia, y por la actitud de los otros personajes hacia él.

Al filo de la medianoche me levanté de la cama para llamarlo. Me llevé el teléfono a la cocina y cerré la puerta. Mi madre tenía el sueño ligero, se despertaba con facilidad, y no cerraba de noche la puerta de su dormitorio porque no le gustaba sentirse encerrada en un cuarto, y también, quizá, porque le gustaba saber, en la medida de lo posible, qué pasaba en su casa. Oía todos los ruidos, pensaba que había oído algo raro, se quedaba en la cama dándole vueltas a qué podía ser, o saltaba de la cama para ver lo que era. Pero había noches en que nada la inquietaba, dormía profundamente y no oía lo que pasaba en su casa, y yo consideraba esos momentos una buena ocasión: estaba tan dormida que no podía oírme.

Estaba segura de que él se llevaría una sorpresa y se alegraría de oír mi voz, pero no pareció inmutarse, y me respondió en un tono más bien frío, correcto. Hablamos un momento, colgamos, y me quedé en la cocina, sentada en un taburete, intentando explicarme por qué no había sido más cariñoso. Empezaba a digerir mi decepción. Y entonces sonó el teléfono. Era él, que me devolvía la llamada y me pedía disculpas. Era todo lo que no había sido antes, apasionado, con ganas de hablar. Me dijo que estaba triste, me explicó que intentaba aceptar el hecho de que yo estuviera lejos, y que casi lo había conseguido, y que oír mi voz por teléfono y hablar conmigo le resultaba difícil porque lo desasosegaba, deshacía el esfuerzo que había hecho. Seguía hablando: me dijo que me quería, que me echaba mucho de menos, tanto que le resultaba doloroso.

En ese momento, imponiéndose a su voz, oí las pisadas de mi madre en el pasillo. Se abrió la puerta, y mi madre se asomó. La cara, a la luz fluorescente de la cocina, hinchada por el sueño, parecía desfigurada, con los ojos entrecerrados para soportar la claridad, los rasgos desencajados. Mientras cubría el auricular del teléfono, y al otro lado del hilo la voz menguaba y continuaba sonando, sin sospechar lo que pasaba, lejos de mi oído, mi madre preguntó: «¿Se ha muerto alguien?».

Me habían llegado dos cartas suyas. Yo las leía y releía, hasta que el estilo en el que estaban escritas, apasionado y elegante a la vez, se me quedó tan grabado que, al escribirle a una vieja amiga, descubrí, mientras redactaba la carta, que imitaba su estilo, algo que me pareció una especie de traición, aunque no estaba segura de si lo traicionaba a él o a mi vieja amiga.

La distancia lo volvía más callado, aunque en aquellas dos cartas me hablara sin fin, tantas veces como yo las leía, e incluso cuando las dejaba al lado de la cama, abiertas, en su sobre, las cartas seguían hablándome.

Llegó una tercera carta. Comprobé que había sido escrita unos días antes, pero llevaba fecha del mes anterior.

Él era así: sufría ausencias cuando dejaba vagar la mente, y no era consciente del día y de la hora, ni del funcionamiento del mundo, ni del calendario que lo rige. En esos momentos parecía mirar a otra parte, y, mientras miraba a otra parte, yo podía

acercarme a él, más que cuando era plenamente consciente del tiempo y del espacio. Y esas ausencias me parecían una prueba de sinceridad, pues si no tenía conciencia del día de la semana ni del mes, era evidente que no calculaba todos sus actos, aunque quizá calculara algunos.

La verdad es que solo tres cosas puedo incluir de ese viaje: mi llamada de teléfono, las cartas que me mandó y mi primer encuentro con un hombre que me presentaron en la fiesta de fin de año. Guardé el número de teléfono de ese extraño y lo llamé al cabo de dos meses, cuando volví al Este. Creo que guardé el número no porque estuviera insatisfecha con lo que ya tenía, sino más bien por la razón opuesta: después de alcanzar tal grado de perfecta armonía con un hombre, al menos por un tiempo, pensaba que, ahí donde fuera, encontraría a otro hombre con el que alcanzar la perfecta armonía. La fiesta reunía, sobre todo, a profesores de universidad que yo no conocía, en un pueblo a unos ciento cincuenta kilómetros de la ciudad, donde hacía tanto frío que la más ligera brisa me quemaba la cara.

Cuando volví, pensaba en mi trabajo más que en él. El trabajo acaparaba mi interés casi todo el tiempo, y su recuerdo no desviaba mi atención.

Hubo otros cambios. Madeleine siempre estaba cambiando. Siempre estaba descubriendo algo nuevo sobre sí misma, siempre iniciando o acabando un periodo de su vida, o iniciando o acabando el estudio de una disciplina, o consultando a un especialista, o encontrando un nuevo medio en el que trabajar, o un nuevo método de trabajo, o un sitio nuevo, y de tiempo en tiempo una relación nueva, aunque nunca supe con seguridad si se trataba de algo más que una amistad apasionada y tumultuosa.

Aquella vez se peló y se dejó el pelo muy corto, lo que le daba a la cara, pálida y llena de arrugas, un aire de severidad imponente. Había estado viendo a un acupunturista que le dijo que todo el cuerpo lo tenía al revés: lo yin era yang. Yo no entendía muy bien qué significaba eso, pero con Madeleine no me esforzaba en entender las cosas si no me quedaba a la primera con lo que había dicho. Ahora me gustaría comprender sus palabras, ahora preguntaría qué significan.

Él y yo volvimos a pelearnos. Dos noches seguidas, Madeleine me pidió una patata y la asó, y con eso cenó. La tercera noche, yo estaba preparando carne y él había traído una botella de vino, algo excepcional. Madeleine me preguntó si podía comer con nosotros. A mi juicio, no le podía decir que no. Era muy austera en su manera de vivir y de alimentarse, tenía muy poco dinero, y parecía preferir un modo de vida en el que necesitaba y gastaba muy poco. Pero de vez en cuando montábamos las dos una fiesta, o alguna extravagancia, y comía y bebía con alegría y bromeaba con ingenio, como si recuperara una antigua manera de vivir. Aquella noche se comió un buen trozo de carne y se bebió varios vasos de vino. Yo disfruté de su compañía, pero a él le molestó que comiera con nosotros.

A la mañana siguiente era yo la que estaba molesta por algo que habían hecho Madeleine y él durante la cena, y nos peleamos. Madeleine, por su parte, se me quejó de que le había costado digerir la comida, que tanta carne y tanto vino no le sentaban bien. Soltó una airada e interminable diatriba contra los carnívoros, sin esperar, al parecer, respuesta.

Y solo unos días después, él y yo volvimos a pelearnos. Le había leído un cuento que acababa de escribir y en el que él aparecía, y le había gustado, pero luego, antes de leérselo a otra gente, lo eliminé del cuento y se enfadó. Pensaba que me avergonzaba de él. Lo negué. Cuanto más discutíamos, más nos irritábamos. Mi irritación era mayor, quizá porque me daba cuenta de que lo que él decía era verdad, en cierto sentido, y de por qué era verdad, aunque hasta entonces no lo hubiera admitido. Hubiera querido que no fuera verdad, y me fastidiaba que él me lo señalara.

Se fue de la casa. Me acosté tranquila y de mal humor, y leí un libro y, al cabo de unas horas, volvió. Más tarde reconoció que sabía que no iba a afectarme que se quedara por ahí, puesto que estaba tan furiosa que me daba lo mismo lo que hiciera, así que volvió. Meses después lo incluí otra vez en el cuento, en el mismo pasaje en que aparecía, porque me dolía lo que había pasado. Pero entonces a él ya no le importaba lo más mínimo.

Una vez, en aquellos días, quizá porque se daba cuenta de que nuestra relación se deshacía, me dijo que deberíamos casarnos. Pero, como estaba prácticamente seguro de que yo no iba a aceptar, su proposición no me pareció sincera. Hecha de repente y un poco a la desesperada, solo la consideré un intento de acapararme, de conservarme.

Creo que me burlé de él ese día. Pero, después de que me dejara, fui yo la que le dije que estaba dispuesta a casarme, si él quería, y cuando aquello no surtió efecto, cuando me rechazó, fui más lejos, le ofrecí más. Entendí más tarde que en aquel momento podía haber dicho cualquier cosa sin miedo a las consecuencias, porque ya nada era posible. Parecía ofendido conmigo, como si sintiera vergüenza ajena, impaciente, como si yo hubiera menospreciado no solo lo que él había sentido, sino también mis propios sentimientos. Ahora que yo quería, o decía querer, darle todo lo que no había querido darle antes, él no deseaba nada de mí. O todo lo que deseaba era que lo dejara en paz, y yo no podía.

Iba por un camino rodeado de acantilados, rocas y arena: no había ni una planta. Un joven me adelantó, corriendo, y en seguida se paró y volvió, desorientado y angustiado, y me dijo que su casa cambiaba sin cesar, que no podía reconocerla. Me desperté a medias, me di cuenta de que era un sueño, y seguí soñando. Entré con el joven en una casa de madera. Era, sin duda, su casa. Entonces, con nosotros dentro, se convirtió en un decorado de teatro, y cambiaba cada vez que terminaba un acto, aunque no me acuerdo de qué pasaba en la obra, si pasaba algo.

Nos peleamos de nuevo, debió de ser la quinta vez. Esa noche se fue, de mal humor, y luego volvió como a regañadientes, porque seguía de mal humor. A la noche siguiente, y durante varios días, no apareció, y yo no sabía dónde estaba. Le había dicho algo que le afectó mucho. A mí no me afectó, porque solo era lo que pensaba desde hacía tiempo, ni me dolió, porque era yo quien lo decía.

Mis palabras solo me chocaron más tarde, cuando las consideré desde otro punto de vista, e intuí por qué él hubiera preferido no oír las. En aquel tiempo pensaba que podía decirle lo que me diera la gana, abiertamente, y que él lo entendería, y lo compartiría, como si no fuera otra persona, sino una parte de mí, que sentía conmigo lo que yo sentía, y se molestaba con las mismas cosas que yo.

No perdió la calma en el momento en que dije la frase que le afectó tanto, pero de pronto se enfureció y se fue. Se fue, y al rato volvió, todavía de mal humor. Cogió sábanas del cajón y las puso en la cama mientras yo miraba.

Se metió en la cama y se durmió sin una palabra.

La noche siguiente no apareció, ni me llamó. Llamé a su apartamento, pero nadie cogió el teléfono. Me levantaba de la cama una y otra vez para llamarlo, volvía a acostarme e intentaba leer. Pero fue una sorpresa descubrir que, aunque lo había tenido durmiendo en mi cama casi cada noche desde que nos conocimos, de repente había vuelto a mi vida de antes, a mi soledad de todas las noches, como si nunca me hubiera cruzado con él.

Y, al mismo tiempo, pensaba en él mucho más que cuando lo tenía conmigo, tanto y con tanta concentración que estaba absolutamente presente en el dormitorio, interponiéndose entre mis pensamientos y yo. Me daba cuenta de que lo había traicionado al sentir lo que había sentido y al decir lo que había dicho, pero también pensaba que de esa traición había nacido una especie de fidelidad, pues sentía tal fervor y tales remordimientos que se traducían en una lealtad apasionada que hasta entonces me era desconocida. Y allí estaba yo, en la cama, sola, como si siempre hubiera de estar sola, pero también en su presencia, por extraño que parezca.

Me daba miedo apagar la luz, aunque eran más de la una de la mañana, y más de las dos, y de las tres. Con la luz encendida y un libro en la mano, leyendo de vez en cuando una página, estaba a salvo, me distraía, evitaba ciertos pensamientos. El peor pensamiento era que se hubiera ido con alguien por venganza, un pensamiento que no tardaba en volver cada vez que me lo quitaba de la cabeza. Y eso era lo que había hecho, como descubrí más tarde.

Sé que no era justo pensar que yo podía hacer lo que me apeteciera, y él no, que yo podía sentirme atraída por otro hombre y él no podía irse con otra mujer, pero yo nunca tomaba decisiones en razón de lo que era justo, o puede ser que nunca tomara decisiones, sino que me dejara llevar en una u otra dirección por lo que deseaba en

cada momento.

Por la mañana temprano, después de dormir un poco, soñé que oía sus pasos en la terraza. En el sueño el perro gemía, y él, cariñoso, le preguntaba, refiriéndose a mí: «¿Está en casa?».

Pero, cuando me desperté, no había llegado. Ese día, más tarde, Madeleine y yo bajamos al café de la esquina y nos sentamos en una mesa, fuera, a estudiar italiano juntas. Apenas avanzábamos porque las dos estábamos distraídas: yo estaba pendiente de si lo veía, y Madeleine estaba convencida de que dos que había cerca no paraban de hablar de ella. Así que los vigilaba por encima del hombro y mascullaba, y yo, que intentaba escribir lo que ella me iba dictando, apenas la oía. Al cabo de un rato, dejamos de estudiar y nos limitamos a tomar el sol.

Esperarlo otra vez esa noche, que tampoco apareció, creó un espacio oscuro parecido a una habitación grande, que se abría a la noche desde mi dormitorio, en la que confluían oscuras corrientes de aire. Puesto que yo no sabía dónde estaba él, la ciudad parecía más grande, y parecía meterse en mi cuarto: él estaba en algún sitio, y ese sitio, aunque desconocido para mí, lo tenía en mi mente, algo grande y oscuro dentro de mí. Y ese sitio, ese recinto extraño en el que se encontraba, o donde yo imaginaba que estaba, con alguien, se convertía también en parte de él, tal como yo me lo imaginaba, y así, transformado, contenía en él ese recinto extraño, que también estaba contenido en mí, porque yo lo contenía a él, en su recinto, y contenía a ese recinto, en su interior.

Y estaba tan ausente, después de desaparecer sin una palabra, sin que hubiéramos hecho planes, sin fijar un día ni una hora para volver a vernos, que, en la duda, el único modo de conservarlo a mi lado era a fuerza de voluntad, invocándolo, manteniéndolo conmigo en todo instante, hasta sentirlo presente, conmigo, todo él, cuando otras veces solo en parte había estado presente. Y de la misma manera que mi olfato percibía su olor cuando estábamos juntos, ahora su esencia me colmaba, un sabor que era más que su olor o su sabor, un destilado de todo su ser me impregnaba o flotaba dentro de mí.

Ese efecto me producía. Yo sentía la intensidad con que, procedente de él, arremetía contra mí esa sensación. Pero la verdadera fuerza de aquel sentimiento era también la fuerza con que me quería, y yo lo percibía, y así, en la fuerza extrema del daño que me estaba haciendo, yo también sentía su amor. Y cuanto más tiempo llevaba separado de mí, más sentía yo cuánto me quería, y más creía quererlo.

No podía dejar de escuchar el ruido del tráfico, a la espera de oír el motor de su coche. Prestaba atención al ruido de cada coche como si fuera una voz.

Dos días después, duraba tanto su ausencia que caí en un estado de trance y desapareció la tensión. Ya no pensaba en su ausencia, ya no la padecía; su ausencia se había convertido en algo tan grande que me rodeaba y me contenía, que me sostenía.

Desde mi coche, intentaba distinguir entre lo que no sabía y aquello de lo que podía estar segura. Me dije en voz alta: No sé dónde está. Pero está en algún sitio.

Está vivo. Esté solo o esté con alguien, hombre o mujer. Si está con una mujer, o seguirá con ella o no seguirá. Si ha pasado la noche con ella, es una cosa. Si se ha quedado con ella al día siguiente, y pasa con ella otra noche, es otra cosa.

Llegué a ese punto en mi examen de lo que sabía y lo que no sabía, y di marcha atrás para repetirme lo mínimo que sabía, que estaba vivo en algún sitio, dentro de su pellejo, sentado, acostado, de pie o paseando. Yo sabía que tenía color y calor, que no paraba de moverse, aunque solo se tratara de gestos ínfimos, y, sin embargo, escapaba del alcance de mi vista. Pero pensaba tanto en él, con tanta intensidad, que estaba segura de que lo vería allí donde se encontrara.

Aquello no terminó como yo esperaba. No llegué a oír el ruido de su coche, más terrible cuanto más próximo, ensordecedor en el momento de detenerse cerca de la casa, ni me cogió por fin el teléfono después de que lo llamara muchas veces. Dos cosas recuerdo del día que volvió: una es que aparcó el coche al final de la calle, y no sé si lo oí o no lo oí; la otra es que, cuando nos reencontramos cara a cara, lo hicimos en la terraza trasera del bar que había al pie de la colina, y que lo estuve esperando un buen rato mientras oía una conversación sobre Australia que, sin ningún interés, no acababa nunca: si en Australia todo el mundo habla inglés, lo que bebe la gente de allí, cuantos habitantes tiene Sidney.

No me acuerdo de qué hablamos en la terraza del bar, pero seguramente le pediría perdón, y llegaríamos a algún acuerdo, y algo decidiríamos, pero recuerdo que esa noche estuve mucho tiempo despierta, con la luz encendida, mirando cómo dormía.

Se había dormido dándome la espalda, con el hombro ancho y pálido fuera de la sábana. Yo estaba acostada a su lado, apoyada en el codo, observando cada detalle, todo lo que podía ver, su cabeza, sobre todo, la frente pálida, la parte visible, pues me volvía la cara, veía el pelo, a la luz de la lámpara. Lo miraba, lo tocaba, pero ni se daba cuenta. Tenía el pelo liso, corto, ralo en la frente y más tupido en la nuca, castaño claro con reflejos pelirrojos y rubios. Me fijé en el color, volví a tocarlo. Aunque yo sabía que daba lo mismo de qué color tenía el pelo, esa noche para mí era importante todo lo que se relacionaba con él. Sentía que quería a su pelo y al color de aquel pelo, y que todo lo suyo tenía que ser como era, y no podía ser de ninguna otra forma.

Entonces, dormido, murmuró algo. Me acerqué más y le pregunté qué había dicho, aunque pensaba que seguiría durmiendo. Pero repitió las mismas palabras, algo lleno de cariño, solo eso.

Me levanté por fin a las dos de la mañana y me calenté un poco de leche, y me senté en la cocina a fumarme un cigarro. Pensaba en lo que acababa de pensar sobre su pelo, en que en ese momento estaba conmigo, más conmigo porque él dormía y yo estaba despierta, y que si volviera a dejarme, o yo lo dejara, y nos separáramos, seguiría teniendo el pelo castaño claro con reflejos pelirrojos y rubios, y yo sabría con exactitud cómo tenía el pelo, algo todavía mío, algo suyo que seguiría perteneciéndome sin que él pudiera evitarlo.

El hecho de que esa vez volviera conmigo después de dejarme, quizá me llevara a creer que no importaba lo que yo dijera o hiciera, y que por mucho tiempo que él tardara en volver, siempre volvería, y que no tenía que quererlo ni respetarlo demasiado para que siguiera queriéndome.

Cada vez es más intenso el tráfico, un fragor incesante que se impone al ruido de la lluvia, y los neumáticos chiman en la carretera mojada, y eso me dice que son las cuatro, quizá pasadas, y que pronto tendré que dejar de trabajar.

Los coches circulan bajo mi ventana. La carretera es una de las principales vías de comunicación entre el norte y el sur a este lado del río. Pasan muchos camiones, y el suelo tiembla. Hasta yo tiemblo en mi silla con los más pesados. Casas enteras pasan de vez en cuando.

Vincent y yo compramos esta casa a pesar de la carretera, porque nos gustaba mucho el jardín de la parte de atrás, con sus parras y sus frambuesas, los perales, las lilas, las carias blancas, los árboles y los arbustos en flor. Hicimos lo posible por aislarnos del ruido del tráfico. Miraba desde la ventana, y veía a Vincent, de pie en el jardín de delante de la casa, y sabía que intentaba localizar la principal fuente de ruido. Me reunía con él y hablábamos del ruido. Hablábamos mucho del ruido, de cómo reverberaba en las superficies duras, de los mejores procedimientos para neutralizarlo. Vincent construyó una valla detrás del seto que limita nuestra parcela. Luego, detrás de la valla, plantamos una hilera de tuyas. Parte del ruido parecía entrar por debajo de la valla, así que en la base apilamos tierra de otras zonas del jardín. Luego Vincent extendió la valla a todo el perímetro de la parcela, y sembramos cicuta entre las tuyas. Un vecino nos ofreció un pino joven de su jardín y, aunque solo medía poco más de treinta centímetros, lo plantamos entre la cicuta. Estamos pensando que el jardín trasero quedaría más protegido si construyéramos un ala en un ángulo de la casa.

Hay veces en que este trabajo no solo me agota, sino que también me da miedo, y pienso que estoy atravesando una de esas crisis a las que llaman existenciales. Entonces me doy cuenta de que el problema es mucho más simple: no he desayunado y he tomado demasiado café, y tengo los nervios de punta, tan sensibles que me resulta un trastorno insoportable asomarme a la ventana y ver un camión que transporta un coche y remolca otro.

Pero también hay momentos en que me siento verdaderamente confundida, verdaderamente mal. Por ejemplo, estoy seleccionando algunas páginas para añadirles a la novela y quiero reunirles en una caja, pero no sé qué etiqueta ponerle a la caja. Me gustaría escribir en la etiqueta MATERIAL LISTO PARA SU USO, pero si lo hiciera me traería mala suerte, porque es probable que el material no esté «listo». Pensé en añadir paréntesis y escribir MATERIAL (LISTO) PARA su uso, pero la palabra «listo» seguía siendo demasiado contundente a pesar del paréntesis. Pensé

incluir signos de interrogación, de modo que se leyera MATERIAL (¿LISTO?) PARA SU USO, pero los signos de interrogación solo reforzaron mis dudas, que alcanzaron un nivel para mí insoportable. La mejor opción quizá fuera MATERIAL: PARA SU USO, algo que no llega a decir que el material está listo, sino solo que será utilizado de alguna manera, aunque quizá no sea utilizado, por más que su calidad lo haga utilizable.

A veces pienso que me bastaría un cambio temporal de aires para aclararme las ideas y trabajar mejor. La otra noche hablé con un amigo que me dijo que había pasado dos semanas en las montañas, en una colonia, escribiendo su novela, y que acaba de volver. En esas dos semanas escribió ochenta páginas. Yo nunca he escrito ochenta páginas en dos semanas. Me dijo que trabajaba todo el día y seguía escribiendo después de la cena. Me dijo que otros huéspedes dejaban sus habitaciones para dar largos paseos, incluso dos o tres veces al día. Me dijo que era un sitio muy tranquilo. En su mismo pasillo había uno que hacía gimnasia con cintas grabadas, pero no le molestaba. Me dijo que la comida no era buena. Era la típica comida americana. Al principio parecía aceptable, pero luego costaba comérsela. Por ejemplo, el jamón lo servían en trozos muy gruesos, de más de dos centímetros de grosor, y unos cuantos bocados ya le sentaban mal. Se acostumbró a cenar muy poco y aprovechar más las otras comidas, que eran mejores. Le pregunté muchas cosas sobre aquella colonia porque estaba pensando en irme a algún sitio a trabajar en la novela, aunque ya me había ido una vez y no había supuesto ninguna diferencia.

Vivía sola entonces en la ciudad. Me habían dado una beca y dediqué parte del dinero en tapar el descubierto que tenía en mi cuenta corriente. También alquilé una casa para el verano. Después de llenar la despensa y arreglar el coche, apenas si me quedaba algo de la beca, aunque solo hacía dos semanas que había recibido el dinero.

La casa pertenecía a un grupo de *bungalows* adosados construidos sesenta años antes por una alemana que se llamaba Mary y su marido. Las puertas eran de un tamaño inusual, los techos y las paredes estaban abombados, por todas partes sobresalían cabezas de clavos, el linóleo del suelo se levantaba por los bordes, y los hongos proliferaban en el suelo del cuarto de baño y en la rejilla de tablas del plato de la ducha. El marido de Mary había muerto y, al cabo de unos años, la viuda le vendió la propiedad a una de las inquilinas de todos los veranos, que también se llamaba Mary, y que pronto perdió también a su marido. En memoria del difunto se puso una placa en un banco del sendero que llevaba al lago. La descubrieron poco antes de que yo alquilara la casa.

Era un lugar muy apacible. La mayoría de los inquilinos me llevaban treinta años, lo que hacía que me sintiera joven y pletórica de energía. Cuando a mediodía bajaba a bañarme en el lago lleno de malas hierbas, siempre creía encontrarme con ancianas que no había visto antes, y que subían o bajaban la cuesta con paso firme, pero lento, o descansaban en el banco donde estaba la placa, o abrían sus hamacas sobre las tablas calientes y hundidas del embarcadero, donde rondaban las avispa. Todas

parecían llamarse Ruth o, si no Ruth, Mary. Algunas eran hermanas de otra mujer que se llamaba Ruth o Mary, o cuñadas. Algunas estaban con sus maridos. Trabajé bien en aquella casa, aunque no tanto como había pensado.

Un año más tarde, después de conocer a Vincent, dejaba con frecuencia la casa para ir a verlo. Volvía a creer que lejos de la ciudad encontraría la paz y la tranquilidad que necesitaba para trabajar en mi novela. Incluso pensé que el autobús sería un buen sitio para trabajar. A la salida de la ciudad, a primera hora de la tarde, los otros pasajeros solían estar cansados y de mal humor, y cuando estaban de mal humor lo normal era que se callaran. Se producían conflictos al principio del viaje, cuando se sentaba la gente, y una mujer dejaba el paraguas mojado encima del equipaje de un hombre, pero luego volvía la calma. Yo me ponía *kleenex* en los oídos y un pañuelo en la cabeza para concentrarme mejor. Si clavaba los ojos en la página, no tenía que pensar en otra cosa que no fuera mi trabajo. Si levantaba la vista, podía dejar de pensar en el trabajo y mirar a los otros pasajeros. Pero, aunque escribí algunas piezas breves en el autobús, no era un buen sitio para escribir algo más largo.

Cuando conté lo que pasó la cuarta vez que nos peleamos, omití lo que dijo mientras yo miraba cómo dormía. Dije que fue algo lleno de cariño, pero no repetí sus palabras exactas. Dijo: «Eres tan preciosa». Pero ahora no me parece que fuera algo cariñoso. Creo que era una queja, un signo de frustración. Se sentía más desvalido de lo que quisiera, y si yo no fuera tan preciosa, se libraría de mí, como sabía que debía hacer. Al final se libró de mí, pero más tarde, y si no lo hubiera unido a mí lo que él consideraba mi belleza, se hubiera ahorrado parte del daño que le hice.

Veo también, cuando vuelvo a consultar mi cuaderno, que olvidé varios días y los fundí en uno. He dicho que volvió, y que esa noche lo estuve mirando mientras dormía, que miraba su pelo rubio y rojizo a la luz de la lámpara, que fui a la cocina a fumar un cigarrillo y a calentarme leche. La verdad es que ese episodio tuvo lugar varias noches después, y que entretanto pasaron más cosas.

Cuando volvió le pregunté dónde había estado durante los dos días y una noche en que no había aparecido, y me lo dijo. Me dijo que por la tarde había ido a ver a Kitty y que se había acostado con ella por despecho hacia mí. De noche, ya en su apartamento, oyó sonar el teléfono cada vez que yo lo llamaba, y luego fue a beber algo al club de la playa, solo. El día siguiente lo pasó con su amigo el viejo.

Pero, que yo supiera dónde había estado, no cambiaba nada de lo que me había imaginado mientras él no estaba conmigo, y las dos versiones existían a la vez, e incluso la versión producto de mi imaginación se imponía a la otra, era más sólida, porque yo la había ido desarrollando poco a poco, dentro de mí, y me había acompañado durante más tiempo.

Y tampoco acababa ahí la cosa, porque no podía hacer lo que había hecho y olvidarlo como si no hubiera pasado nada. Kitty se encargaría de recordárselo, y él no

tendría más remedio que seguir o terminar con ella.

Aunque despertamos juntos a la mañana siguiente, pasamos el día separados, y cuando lo llame a su casa esa noche, ya se había acostado y no quería verme.

Me dijo que vendría a comer al día siguiente, y lo esperé, pero llegó tres horas tarde. Esperándole me di cuenta de que mi angustia superaría en mucho cualquier explicación que pudiera darme, cualquier excusa, breve con toda seguridad, como eran sus excusas y sus explicaciones siempre que se equivocaba, breves y un poco agresivas, como si estuviera enfadado conmigo por haberle puesto en una situación en la que solo podía decepcionarme, y por estar decepcionada.

Comimos, y otra vez se fue a ver a Kitty, y, mientras él estaba con Kitty, bajé dando un paseo con Madeleine al pueblo. Aquella noche volvió tarde.

Al día siguiente estuvo frío, y me dijo que no sabía si quedarse conmigo o volver con Kitty. Me pareció que todo había acabado entre nosotros. Se fue a las tres de la tarde, volvió a las cuatro y dijo que quería quedarse conmigo. Quería, de hecho, venirse a vivir conmigo, como si hubiera decidido aclarar definitivamente las cosas. Su idea era mudarse a la habitación de los invitados. Dijo que iba a hablar con Madeleine del asunto. No dije nada, solo dejé que hablara con Madeleine, como dejé que Madeleine le contestara lo que creyera conveniente. Le dijo que no quería que viviera en la casa, que ni pensarlo. Era lo que yo había previsto, pero no sabía si me sentía aliviada o no.

Aunque no se me había pasado por la cabeza que Madeleine aceptara que viviera con nosotras, por un instante me convencí de que sí querría el dinero que él pudiera aportar al alquiler, dados los continuos problemas que Madeleine tenía para pagar su parte. Pero había vuelto a juzgarla mal. Aunque tenía muy poco dinero, el dinero no era nunca para ella lo más importante, y lo normal es que ni siquiera lo tomara en consideración. Creo, incluso, que se sintió ofendida cuando le ofrecimos dinero a cambio de complicarle la vida.

Los tres cogimos el coche después de hablar del asunto y nos fuimos a un cumpleaños. En el coche, nadie decía una palabra. Madeleine iba en el asiento de atrás, sintiéndose ofendida, y nosotros íbamos delante, molestos con ella, que nos había negado lo que le habíamos pedido, y preguntándonos cuál sería el siguiente paso entre los dos, aunque no me parecía que mi irritación fuera del todo sincera. Me permitía el lujo de enfadarme con Madeleine y, al mismo tiempo, no me desagradaba del todo la decisión que había tomado en mi lugar.

La noche siguiente, a pesar de que había estado a punto de dejarme y no me había dejado, salí a cenar con otro. Era algo que tenía previsto, y no lo cambié. No le sentó bien. Mientras yo estaba fuera, él se quedó en mi cuarto, leyendo, y luego dio un paseo, y, cuando volví, apenas abrió la boca y se mantuvo distante. Me sentía angustiada y, cuando se durmió, no podía dormirme. Fue entonces cuando me quedé mirándole un momento a la luz de la lámpara, antes de levantarme a fumar y leer en la cocina, observando un ratón que salía del horno y buscaba comida entre los

quemadores. Y, cuando volví a la cama, me dijo como si estuviera soñando: «Eres tan preciosa».

Por la mañana, después de lo que me había dicho en sueños, se sentó en el mismo taburete en el que yo había estado sentada aquella noche, y cogió a la gata en brazos, acariciándole la cabeza. De pie, detrás de él, lo abracé. Apoyé la mejilla en su pelo, que era suave. Ahora que había vuelto conmigo después de causarme tanta angustia, yo quería hacer algo por él, darle algo, aunque no sabía qué. Pero el impulso se debilitó al cabo de unos días, y por fin desapareció.

Toda la pelea, que empezó cuando se fue de la casa lleno de rabia y terminó cuando, de noche, me quedé mirando su hombro, muy blanco, había durado una semana.

Creo que no especificué al principio las palabras concretas que él pronunció por miedo a que pudieran parecer vanidosas, aunque la novela solo pretende ser ficción y no una historia sobre mí, y tales palabras solo reflejan su opinión y no necesariamente la verdad. Creo, además, que él vio algo que yo soy incapaz de ver, porque si me miro al espejo o me veo en una fotografía, la cara que tengo delante, tensa e inmóvil, o congelada en un gesto raro, pocas veces me resulta agradable, y más normal es que la encuentre vulgar y antipática, de rasgos imprecisos o poco firmes cuando estoy cansada, en una mejilla cuatro lunares que forman una especie de constelación, el pelo castaño y sin brillo, coronando una cabeza grande y cuadrada, el cuello tan delgado que parece escuálido, los ojos espantados o inquietos, de un azul tan pálido que casi es blanco, la mirada fija detrás del cristal de las gafas, aunque si me quito las gafas, como hago alguna vez, suelo asustar a la gente, o eso me ha dicho por lo menos, con bastante sinceridad, un amigo.

Lo que también suprimí en la primera versión fue que, cuando Madeleine y yo estábamos estudiando italiano en la terraza del café y lo dejamos porque no parábamos de distraernos, lo que por fin nos hizo desistir fue que una minúscula cagada verde aterrizó en una página de la gramática italiana. Procedía de un gorrión y del árbol que nos daba sombra. No lo había incluido en mi relato de ese día porque no me parecía acorde con el tono de lo que estaba escribiendo.

Aunque no ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me senté a trabajar, en cuanto he vuelto a la mesa el nuevo método me ha desorientado. Tengo cuatro cajas para notas. Cada una lleva su etiqueta: MATERIAL PARA SU USO, MATERIAL SIN USAR, MATERIAL USADO O INÚTIL PARA EL USO Y MATERIAL. La mayoría de las notas contenidas en la última caja, «Material», no guarda relación con la novela. «Material usado o inútil para el uso» significa eso: material que ya he usado o que no pienso usar.

Lo que me ha confundido es que no exista diferencia aparente entre «Material sin usar» y «Material para su uso». Luego he recordado que el «Material para su uso»

estaba terminado, listo para ser incluido en la novela, y el «Material sin usar» no pasaba de ser un borrador. La palabra «listo» hubiera aclarado las cosas, si me hubiera atrevido a escribirla en la caja.

Acabo de hablar con otro amigo que está a punto de irse un tiempo de su casa para trabajar en una novela. Se va a un hotel de México. Ahora que tengo tiempo para contarlos, reparo en la asombrosa cantidad de amigos que están escribiendo una novela. Conozco a una mujer que todas las mañanas deja su apartamento y se va a escribir a un café. Dice que solo es capaz de escribir dos horas seguidas, pero que si cambia de café puede prolongar algo el trabajo de la mañana. Un conocido escribe en un viejo cobertizo, detrás de su casa, mientras que los niños están en el colegio. Otro se retira a escribir a una colonia de artistas y luego vuelve a casa, donde trabaja de carpintero durante un tiempo y gana lo suficiente para irse otra vez a la colonia. Otro escribe de noche mientras su compañero de apartamento conduce un taxi. Lleva escritas setecientas páginas y dice que quiere que la novela sea divertida, pero que es difícil mantener la diversión durante tantas páginas.

No sé por qué se torcían las cosas entre nosotros, pero llegó un día en que, como adiviné más tarde, se torcieron tanto que ya no pudimos enderezarlas. Me dijo por teléfono que estaba en casa trabajando. Madeleine y yo salimos a dar un paseo por el pueblo y paramos en una galería de arte. Allí estaba él, entre el escaso público, mirando los cuadros, muy serio, con su bolsa del ejército al hombro. No parece que vernos fuera una sorpresa agradable. Dijo que luego pasaría por la casa. Yo salí esa noche con dos amigos y le dejé una nota, pero cuando volví ni estaba en la casa, ni había estado.

Le llamé y dejé que el teléfono sonara quince veces. Colgué y fui a su apartamento en coche. Su coche estaba aparcado junto al edificio, pero no había luz en su habitación, y yo sabía con toda seguridad que no estaba solo. Subí y llamé a la puerta. Me abrió a oscuras y volvió a la cama. Se tendió, sin moverse, y no me respondió cuando me eché en la cama e intenté hablar con él. Me levanté, y dije que me iba, y no me respondió, o soltó un «Adiós», o «Haz lo que quieras».

En casa me acosté y me comí una rebanada de pan con queso. Me levanté y me llevé a la cama otra rebanada de pan con queso, y luego otra. Mientras comía leí el libro de poemas de un amigo, un libro que había recibido por correo no hacía mucho, así que mientras me metía comida en la boca también me llenaba los ojos de páginas impresas, y los oídos con el sonido de la voz de mi amigo, y aquella abundancia, aquel alimentarme por distintas vías, cambió mi estado de ánimo, no sé si porque colmó de verdad un vacío, o porque me sirvió de tranquilizante.

Tres noches más tarde volví a su cuarto, esa vez con él. Pero nuestra unión había

perdido fuerza. Solo era una apariencia de amistad. Quedaba la apariencia y quedaba también cierta familiaridad, aunque ni siquiera la más absoluta familiaridad hubiera disipado todo el malestar que había entre nosotros. De camino al apartamento paramos para comprar una baraja, unas cuantas cervezas y una bolsa de triángulos de maíz. Ahora veo, y lo sentía entonces, aunque intentara no pensarlo, que me aburría, que, sin las cartas, la cerveza y los aperitivos no hubiera sabido qué hacer con él, y que esas cosas apenas disimulaban el vacío entre nosotros, en aquel cuarto: eran la distracción que necesitaba para preferir estar allí con él, en vez de sola, en casa, comiendo y leyendo, algo mucho más absorbente que su compañía.

Puede que me encontrara en aquella habitación solo porque antes había habido algo distinto entre nosotros. Si él seguía allí, conmigo, con la misma persona, y yo seguía allí, y en otro tiempo hubo algo entre nosotros, algo que alguna vez llegó a extasiarnos, era difícil creer que ese éxtasis no estuviera ya a nuestro alcance. Pero lo que ahora nos unía era algo sin vida, algo que había quedado atrás, un residuo o una huella de lo que una vez estuvo vivo.

Solo pensar en las cosas que habíamos comprado para llevarnos al apartamento me produce náuseas, un regusto a cerveza tibia y aperitivos rancios que vuelve como un naipe manchado de grasa. Qué lamentable fue aquel intento. Qué debilidad de carácter demostraba mi incapacidad para admitir sin más que yo no quería nada con él, que lo único que me quedaba por hacer era decirle adiós con todo el cariño que me merecía. Pero, en vez de eso, fui con él a un supermercado, uno de esos grandes y con mucha luz, tan inmensos que apabullan, y compré con él esas cosas que la gente compra para pasar juntos un rato agradable, como si por hacer lo mismo fuéramos a pasar un rato agradable, cuando mis ilusiones sobre la diversión que me esperaba eran nulas, o quizá pensaba que, repitiendo los movimientos adecuados, viviría algo parecido a un rato agradable, un instante por lo menos, y que, si insistía, mi estado de ánimo cambiaría de repente, y lo que no era divertido se convertiría en divertido.

Me gustaría volver a aquella habitación, a aquella noche. Tengo curiosidad por saber lo que él diría y lo que yo respondería, porque casi no me acuerdo de cómo hablaba, de qué cosas se le ocurrían y me decía. Hoy me produce tanto interés un encuentro con él que el momento alcanzaría una plenitud, una vitalidad que entonces no tuvo.

No había mesa donde jugamos a las cartas, así que nos sentamos en la alfombra, al lado de la cama. Nos bebimos la cerveza, nos comimos los triángulos de maíz, y jugamos al *gin rummy*. El juego tenía poco interés. Debería haber sabido, si me hubiera dado por pensar un poco, que del juego no cabía esperar nada, porque si nos aburríamos juntos, también el juego nos aburriría.

Jugamos y jugamos, como si nos empeñáramos en encontrarle algún interés al juego. Bebimos más cerveza de la que nos apetecía, o por lo menos más de la que me apetecía, y tampoco nos hizo efecto. El poder de intoxicación que el alcohol parecía tener sobre mí no superaba el poder de las cartas para despertar mi interés, y no

influyó en la situación, en contra de lo que yo esperaba, consciente de que el alcohol suele cambiar las situaciones, aunque solo sea un poco. Nos comimos los triángulos de maíz y quizá algo más antes de los triángulos de maíz, o quizá ya habíamos cenado algo raro, o excesivo, porque cuando por fin nos acostamos, empecé a sentirme mal, y no pude dormirme, mareada, y luego me sentía tan mal que fui muchas veces al cuarto de baño, y me sentaba en el suelo cerca del váter, y apoyaba los brazos en la tapa del váter, y la cabeza en los brazos, y me sentaba en el váter, y volvía a sentarme en el suelo cerca del váter, y así toda la noche. Se despertó ligeramente una vez, pero no pareció darse cuenta de mis idas y venidas, ni de que pasé en vela casi toda la noche.

Al día siguiente era su cumpleaños. Fuimos al cine, volvimos a mi casa, comimos helado y un pastel muy empachoso, y nos sentamos a los pies de la cama, mientras al fondo de la habitación, tan grande y vacía que la cama, en un extremo, y el piano, la mesa de juego y las horribles sillas de metal, en el otro, parecían minúsculos en la superficie de baldosas oscuras, y Madeleine, sentada en una de las sillas, nos leía en voz alta un horóscopo inacabable y complicadísimo, a la luz de una de las bombillas desnudas que colgaban de la pared blanqueada. Otra vez me sentía incómoda, con la sensación de que sin la comida y la compañía de Madeleine solo nos habría quedado el vacío entre los dos, el aburrimiento, y de que la presencia de Madeleine, tan distante de nosotros, en realidad nos acercaba: nos distraía lo que nos leía, y hasta sus comentarios eran agudos y divertidos. Comí demasiado y me reí mucho. Pero la comida absorbió casi toda mi atención y todo mi interés, y en cuanto terminó empecé a sentirme nerviosa.

¿Qué significaba aquel aburrimiento? Que nada más sucedería en su compañía. No se trataba de que él fuera aburrido, sino de que yo no esperaba ya nada de su compañía. Había habido esperanzas, pero estaban muertas.

¿Y por qué aquel aburrimiento me incomodaba tanto? Por el vacío que entrañaba, por los espacios vacíos que abría entre él y yo, a nuestro alrededor. Yo estaba presa en aquel hombre y en aquella sensación. Vacío, pero también decepción: lo que había sido perfecto, ahora era imperfecto.

Asocio a la tarde anterior a mi último viaje otro recuerdo molesto, no tanto por lo mal que me sentía con él aquellos días, creo, como por una combinación de distintas circunstancias: la incomodidad y los muros horribles de cemento del edificio, una especie de granero, en que se celebraba la recepción, el nauseabundo vino dulzón y barato, la lluvia a la salida, el césped del exterior, sin una sola planta, y la palabra «recepción», que no me gusta.

Yo iba de invitado en invitado, con un vaso de vino dulce en la mano, y miraba de vez en cuando entre la gente, y de pronto lo vi con algunos amigos de su edad. No esperaba encontrármelo, aunque no recuerdo por qué no le había hablado de la

recepción. Este es el tipo de pregunta que más me fastidia, porque nunca hallaré una respuesta: ¿cómo era nuestra relación en ese momento? ¿Había hecho planes para mí, sola, sin contar con él y ni siquiera mencionárselo? Puede que no fuera algo excepcional entre nosotros, pero en este caso me parece especialmente raro, teniendo en cuenta que me iba a la mañana siguiente.

No me acuerdo de los amigos con los que iba, ni si me fijé en quiénes eran, porque me daba lo mismo, y no recuerdo si me acerqué a él en cuanto lo vi, o me mantuve a unos metros de distancia, o si le hice un gesto con la mano para atraer su atención, o si seguí hablando con otra gente, y no intenté atraer su atención, sino que simplemente procuré tenerlo localizado en la sala. Esto último me parece lo más probable, quizá porque es lo que he creído durante años. Pero me parece probable por mi reacción al verlo, reacción que recuerdo sin la menor duda. Encontrármelo allí me produjo una sensación de absoluto desagrado, como si en aquel sitio fuera un elemento hostil, un intruso, una cosa fuera de lugar, así que lo estuve observando entre los cuerpos en movimiento, por encima de los hombros de la gente que llenaba la sala, y los mismos rasgos que tanto me habían atraído no hacía mucho, y que tanta fascinación habían ejercido sobre mí, repito, no hacía mucho, solo me provocaron repugnancia, vulgares y sosos, bastos y brutales, sin inteligencia, inhumanos, del color de la arcilla.

Llovía con fuerza y alguna gente se congregó en la puerta abierta, lista para correr hacia los coches. Aunque no sé cómo llegue a la puerta con él, los dos corrimos hasta mi coche por el césped mojado, bajo mi paraguas o mi impermeable, y en mi coche fuimos hasta su coche, una distancia muy corta. Con toda certeza, recuerdo mejor el césped esponjoso bajo mis pies que lo que le dije, o lo que me dijo. Yo iba a una cena, y a él lo esperaban no sé dónde sus amigos, que le habían preparado una fiesta de cumpleaños. Me dijo que iría a mi casa esa noche, más tarde.

Cuando llegó, yo llevaba horas trabajando en un encargo que debía terminar antes de salir de viaje a la mañana siguiente. Aunque ya era muy tarde, no había acabado todavía. Se acostó, en el otro extremo del cuarto, y se durmió enseguida. Seguí trabajando, impaciente por quitarme de encima algo que se me había hecho mucho más pesado de lo que esperaba. Estaba revisando la traducción de una amiga, como un favor. Mi amiga nunca me lo agradeció, o su agradecimiento no fue proporcional a la cantidad de trabajo que le dediqué a aquella revisión, ni a la angustia del momento en que la hice, aunque la verdad es que habría sido injusto pedirle a mi amiga que tuviera en cuenta mi angustia en aquel momento, cuando ni siquiera yo sabía que esa era la última noche que iba a pasar con él.

Acabé y me acosté. Se despertó entonces, y estuvimos hablando cerca de una hora, tranquila y amigablemente, como no acostumbábamos, como debería haber sido desde el principio, como si quisiéramos aprovechar la última oportunidad.

A la mañana siguiente me llevó en su coche al aeropuerto. Ya no lo vería hasta un mes después, cuando, a la vuelta, me recogió en el mismo aeropuerto y me llevó a

casa en el mismo coche. Esperó a que entráramos en la autopista para empezar a decirme que todo había cambiado. Había adquirido la suficiente distancia para informarme de que había pasado algo, aunque no me había dicho nada en los pasillos del aeropuerto ni mientras esperábamos el equipaje junto a la cinta transportadora. Y si esa distancia existía era porque ahora él se sentía conmigo de otra manera, mientras que yo seguía sintiéndome con él de la misma manera que antes.

Ayer perdí casi otro día de trabajo, porque Vincent y yo llevamos a su padre a la feria del condado. Le pusimos una gorra porque fue un día de mucho sol y mucho calor, y, mientras empujábamos la silla de ruedas, el viejo lo miraba todo con mucha atención por debajo de la visera. Lo llevamos a ver los establos del ganado, las ovejas, los conejos, las aves de corral, y los neumáticos de goma de la silla se deslizaban por el serrín fresco. Un ganso picoteó en la reja de la jaula, y le graznó, y él le lanzó un beso con la mano. No sé qué estaría pensando.

Supongo que queríamos tenerlo entretenido con un espectáculo menos trillado que los programas de televisión que le gustaban, o lo que podía ver desde el porche trasero, donde se pasaba sentado casi todo el día: los árboles al viento, la agitación y el crujir de las ramas por las que de repente corre una ardilla, las nueces verdes que caen al césped. Es verdad que cuando dejamos la zona de los animales para ir donde estaban los pabellones de exposiciones, la pista de carreras y la noria, con el intenso calor, el sol radiante, el no parar del gentío, y el olor dulzón a caramelo y algodón de azúcar que lo envolvían, pareció reaccionar: el color le iluminó las mejillas, los ojos le brillaron, y la mirada, bajo la visera, cobró vida, casi furiosa, como la del gallo en el corral de las gallinas. Había entre la multitud más hombres y mujeres como él, estupefactos, mudos, viejos y de mediana edad, incluso jóvenes, en silla de ruedas, o guiados del brazo o de la mano, esforzándose visiblemente en absorber lo que los rodeaba, y a quienes también parecían haberlos llevado a la feria para provocarles algún tipo de reacción fulminante ante tanto alboroto. Y allí estábamos nosotros, tres espectadores más, parte de la masa frenética, dos de mediana edad, con las camisetas manchadas de sudor, empujando la silla de ruedas de un tercero que era viejo, minúsculo, con la cabeza en forma de huevo bajo la gorra, apenas perceptible bajo una ropa demasiado grande.

Hoy está de mal humor, algo bronceada la frente llena de pecas, y el dorso de las manos huesudas. La enfermera ha dicho, después de dedicarle apenas unos minutos, que se porta de una manera extraña. Le he contestado que solo está cansado.

Anoche soñé que buscaba una buena foto suya y por fin la encontraba. Lo raro es que esa foto era una imagen más nítida y más completa que todas las suyas que, despierta, conservo en mi memoria, y cuando me desperté seguía viéndolo con absoluta claridad, aunque la imagen ya se ha desvanecido. Así que en algún lugar de mi cerebro debe existir un recuerdo claro de su cara, oculto casi siempre, pero

revelado por una vez, como una foto, en el sueño.

Ahora trabajo con más orden, más consciente de lo que hago. Pero de pronto descubro cosas que me desconciertan porque no las recuerdo en absoluto, como un primer proyecto de novela que esboqué a lápiz y dejé en un sitio donde era prácticamente imposible que volviera a encontrarlo como no fuera por casualidad. Quizá no se tratara de un plan para toda la novela, porque, según compruebo, no incluye partes importantes de la historia.

Cuando doy con algo así me preguntó cuál será la próxima sorpresa. Y entonces me irrito conmigo misma, como si otra persona hubiera escrito esas notas descuidadas y las hubiera dejado a mi alcance, para que las descubriera, sin ninguna pista sobre qué utilidad tienen o qué significan.

Estoy intentando aclarar cuántas veces le llamé por teléfono durante mi segundo viaje al Este, cuando me prestó su apartamento una antigua amiga que se había ido al Oeste. Lo llamé una vez, de noche, muy tarde, después de que me dejara sola el desconocido. Lo llamé una vez en que, me acuerdo, se oía al fondo el ruido de una máquina de escribir. Hubo una llamada en la que me enteré de que se veía con otra mujer, una amiga, la misma que le había regalado una tarta de cumpleaños la noche antes de que yo me fuera, y con la que, de hecho, acabaría casándose. Y hubo una llamada en la que me aseguró que la cosa no tenía importancia, que aquella mujer no significaba para él tanto como yo, y que no había cambiado nada. Pero no estoy segura de que se tratara de llamadas distintas.

Creo que ya he contado por escrito dos veces una de esas llamadas telefónicas y los días que la precedieron y la siguieron. Acabo de volver a encontrar la primera versión, la que me parece menos precisa y más sentimental. Por ejemplo, digo que después de que me confesara que se veía con otra mujer, sentí dolor porque seguía guardándole un rincón en mi corazón. Ahora la idea de que mi corazón tuviera un rincón me desagrada, y hay más cosas en la frase que me desagradan. También decía que recordaba la alegría que había sentido al oírlo reír y verlo sonreír, algo que evidentemente no era verdad.

La primera versión incluye cosas que he suprimido porque aunque se referían a mi vida no guardaban relación con la historia: una conferencia a la que asistí en la universidad; la cena que la precedió, con insignificantes profesores de universidad; mi incapacidad para comprender las preguntas que hicieron al final de la conferencia; la sala de conferencias, con el techo altísimo, desde la que se divisaban a lo lejos las luces de una zona pobre y peligrosa de la ciudad; los largos pasillos del edificio vacío; las bolsas de basura en todas las esquinas y atestando el ascensor cuando nos íbamos. Hablaba de cómo soñaba con hombres y de que mi irritación en esos sueños era mucho más grande que la que jamás había sentido despierta. De cómo mi apartamento estaba en una zona de la ciudad en la que vivían muchos viejos, y las aceras se llenaban de bastones y andadores entre los que los ancianos se movían con paso vacilante. De cómo era consciente de andar buscando la respuesta a

determinadas preguntas, respuestas que probablemente solo llegarían con el tiempo, al cabo de muchas pruebas y muchos errores.

A fin de cuentas, pocas cosas me parecían comprensibles. No entendía qué significaba mi cariño hacia él, ni qué significaba querer y honrar a un hombre, ni siquiera lo que me decía cuando hablábamos por teléfono. Mientras me afanaba en encontrar respuestas, confiaba más en la verdad de determinadas ideas que en la de otras. Las otras me parecían débiles y provisionales, o me parecía débil mi capacidad de pensar, aunque eran mis pensamientos los que debían atenerse a la verdad, y los que, en caso de atenerse a la verdad, me ayudarían. Surgía una pregunta, y le seguía una respuesta, obviamente falsa, y no me sentía capaz de encontrar otra. Responder a qué significaba querer a un hombre exigía mucho tiempo y mucha reflexión, pero había otra cuestión, más fácil, a la que me creía capaz de contestar, sin llegar a conseguirlo: ¿por qué sentí vergüenza cuando lo oí tocar los tambores?

Ninguna de las versiones incluye una velada literaria en la que un escritor me dijo: «Lo que no compra nadie, ese soy yo».

No hace mucho encontré la factura del teléfono de aquella época, en la que constan cinco llamadas a su número en doce días. Una de las conversaciones duró treinta y siete minutos, y quizá fuera la noche en que hicieron pan, aunque eso también pudo ser otra noche, antes, cuando solo hablé con él catorce minutos.

Le escribí una carta y, antes de mandársela, la dejé encima del escritorio, mirándola, preguntándome qué clase de medio de comunicación era una carta, si, después de escribirla, no podía mandarla por lo avanzado de la hora, o si, una vez escrita, podía mandarla pero no la mandaba. Si él no leyó la carta, ¿cabe hablar de algún tipo de comunicación?

En la primera versión, parece que estoy segura de que la carta que miro encima de mi mesa es la misma que después me devolvería Correos, y en la segunda versión solo supongo que podría ser la misma. No me explico por qué un día estaba segura y otro no.

La carta que nunca le llegó me la devolvió Correos sin abrir, aunque iba dirigida a la dirección donde él vivía entonces y donde seguía viviendo cuando volví. Me devolvieron la carta, y todavía la tengo, así que puedo leerla, y es lo que acabo de hacer una vez más. No sé si la impresión que me produce es más o menos la misma que le hubiera producido a él. Me parece alegre, resignada y muy jovial —jovial porque es abierta, franca, sin doblez, sin suspicacias, indirectas ni insinuaciones. En la carta le cuento que llamé por teléfono a un hombre a quien conocí en Nueva York en la fiesta de Año Nuevo y lo invité a subir a mi apartamento. No sé por qué le conté eso, si el encuentro con el desconocido casi resultó un desastre y dice poco en mi favor.

Había salido a cenar con un viejo amigo que se fue pronto porque tenía que sacar a pasear a su perro, o eso dijo. Estaba sola en casa, nerviosa. Aunque no recordaba bien al desconocido, lo llamé por teléfono y lo invité a mi apartamento. Fue una idea

que solo después me pareció extraña. Pensaba que había aprendido algo que antes no sabía hacer, algo que ya siempre me resultaría divertido, nunca más difícil, gris, forzado, precipitado o violento, y que todo se reduciría a invitar al hombre que me resultara atractivo, y a disfrutar de la ocasión.

Pero cuando aquel hombre apareció en el último tramo de la escalera, y me miró, mientras le esperaba en el descansillo, su cara no era como yo la recordaba. Ya en el apartamento empezó a hablar de sus creencias religiosas, y siguió hablando de sus creencias religiosas. Había cambiado ostensiblemente desde el día en que nos conocimos. En plena fiesta era atractivo y ocurrente, y ahora, al cabo de unas semanas, en el último piso de una humilde casa de piedra caliza, ya no parecía tan atractivo, como si cada rasgo de su cara hubiera cambiado en ese corto espacio de tiempo, o se hubiera apelmazado, a la vez que su agilidad mental disminuía de una forma considerable y se centraba en una única idea. Me senté y dejé que el tiempo pasara y pasara, porque pensaba que, si ya era tarde para rectificar, por lo menos podía estar cansadísima y un poco borracha cuando sucediera lo inevitable.

En la cama, conmigo, siguió hablando de sus creencias religiosas. Luego, cuando terminó, porque yo le había vuelto la espalda y solo respondía con un gruñido a sus palabras, debió de darse cuenta de que quería que se fuera, y se fue por fin, y cuando oí cerrarse la puerta de la calle, me levanté y volví en albornoz a la sala de estar. Estaba temblando, sentía escalofríos. Cogí el teléfono.

Allí era tres horas más temprano. Estaba con una amiga, haciendo pan. Me preguntó algo a propósito del pan, y le dije que no lo dejara subir demasiado. Pensaba que si hacía pan con esa mujer algo habría entre los dos, y que probablemente todo había acabado entre nosotros, considerando lo mal que nos iban las cosas antes de que yo me fuera. Algo le insinué o le pregunté, y me contestó, irritado de pronto, que no tenía de qué preocuparme. Su irritación me convenció de que me decía la verdad. Le dije que lo echaba de menos. No le hablé del hombre que en ese momento iba en el metro, camino de su casa, y que me había dejado como regalo tres libros suyos para que los encontrara cuando ya se hubiera ido, tres libros que hojeé, pero nunca leí, ni conserve, ni le di a nadie. Aunque había pensado llevarlos a la librería que había calle abajo, los tiré a la basura. Jamas había hecho eso con un libro.

La carta que le escribí sobre la visita del desconocido está fechada, así que puedo comprobar la fecha en la que quedé con el desconocido y luego lo llamé a él por teléfono y le hice mi pregunta patética, y me doy cuenta de que no me equivocaba: esa fue la conversación que duró treinta y siete minutos. Pero también, gracias a la carta, recuerdo que él ya me había dicho en una conversación anterior que se veía con otra mujer, y que aquello había renovado mi pasión, o me había puesto frenética.

Yo sabía ya que esa mujer estaba viviendo con él, que pasaba las noches con él. Sabía que era algo más que una antigua amiga del colegio. Lo que me preocupaba, lo que quería que me dijera, y nunca me dijo con franqueza, era si entre ellos había algo definitivo, o si solo se trataba de una relación que terminaría en cuanto yo volviera.

No quería que se viera con otra mujer, aunque yo sí pudiera verme con otro hombre. Yo podía verme con otro hombre porque era algo que no me hacía sufrir, y yo evitaba lo que me hacía sufrir y buscaba lo que me daba placer.

Pero no querer que se viera con otra mujer no era solo cuestión de celos. Si estaba con otra, se alejaba demasiado de mí. Su atención se centraba sobre la otra, no sobre mí, como ya había sucedido, incluso a distancia. La luz de su atención se apartaba de mí.

Para mí no tiene la menor importancia que habláramos treinta y siete minutos exactos, pero para la compañía telefónica sí, y mientras yo meditaba sobre nuestra conversación en la intimidad de mi apartamento prestado, y más tarde, ya lejos, sin saber cuánto había durado, esa gran compañía, la compañía telefónica, registraba en este documento, la factura del teléfono, la duración exacta de la conversación, así como la de otras llamadas interurbanas que yo había hecho desde el mismo teléfono, y facilitaba esa información, sin preocuparse de qué uso se le diera una vez pagada la factura.

No sé por qué necesito reconstruir todo esto: si es importante por una razón que no he descubierto todavía, o si es que simplemente me gusta responder a una pregunta de la que por fin sé la respuesta.

La noche que volví a casa fue a recogerme al aeropuerto en su coche, como había prometido, pero, poco cariñoso, en la carretera de la costa me dijo que tenía que darme una mala noticia.

Yo ya conocía la mala noticia, pero no le dejé hablar hasta que no nos sentamos en el bar y tuve una cerveza en la mano. Entonces me dijo que todo había cambiado. Me dijo que, por su parte, todo había acabado, que la cosa no había funcionado y que no quería seguir. Los dos habíamos pedido mucha comida. Cuando acabó de hablar, yo no podía comer, así que terminó su plato y se comió el mío casi entero. No llevaba dinero, así que pague yo. Ni monté en cólera ni lloré. Intenté ser cariñosa, porque en ningún momento, allí, en el bar, tuve la sensación de que todo hubiera acabado. Cuando terminó de comer, más tranquilo gracias a la cerveza, o conmovido por mis quejas, me besó y me dijo que iría a verme porque no tenía dónde vivir.

Luego negó haber dicho tal cosa. Incluso a mí me pareció algo absurdo, porque sí tenía dónde vivir. Seguía viviendo en su apartamento. Vivía con una mujer de su edad, una mujer pequeña, morena y atlética, según me dijo Madeleine. Los había visto juntos en el supermercado. Madeleine estaba indignada. Decía que me había dejado cuando yo estaba fuera, después de que yo lo hubiera ayudado a resolver tantos problemas.

Más tarde, sola, lamenté haber sido afectuosa. En los días y semanas que siguieron, alguna vez lloré o perdí la paciencia hablando con él por teléfono. Pero cada vez que lo veía pensaba que todavía quedaba alguna oportunidad, y volvía a ser

afectuosa.

Esa noche dormí mal. Me dormí a las dos, y soñé con él, y me desperté a las cinco, casi al amanecer, y ya no volví a dormirme. Tuve una visión deprimente que parecía real por la celeridad y precisión con la que surgió: me vi cumplir cuarenta años al cabo de no mucho tiempo, llevando lo que yo llamaba una vida vacía, dedicada a un trabajo aburrido y haciéndolo mal, sin un hombre al que querer, o por lo menos sin un hombre que me quisiera.

Solo resultaron ciertas algunas de mis predicciones. Cuando cumplí los cuarenta, mi vida no estaba vacía. Parte del trabajo me resultaba aburrido, y a veces lo hice mal, y me avergonzaba, pero lo normal era que me interesara mi trabajo, y que lo hiciera bien. Quise a dos hombres que no me quisieron, o no me quisieron al mismo tiempo que yo los quise, pero también quise a un hombre que me quiso a su vez y a la vez, algo que me pareció un extraordinario golpe de suerte.

Aunque he estado con otros hombres, unos que me importaron más y otros que me importaron menos, mis sentimientos hacia él no cambiaron tan deprisa como esperaba. ¿Dónde los conservaba, todos esos años? ¿Permanecían intactos en algún lugar de mi cerebro? ¿Solo tenía que abrir la puerta de esa mínima área de mi cerebro para volver a experimentarlos?

Al día siguiente las horas pasaron despacio, como si pasara muchísimo más tiempo, como si pasaran días enteros. Pero no me acostumbraba a la nueva situación. Me parecía que acababa de enterarme.

Se produjeron otros cambios menos importantes. La secadora se rompió. Madeleine se ponía mi ropa y me quemó una camisa poniéndola a secar en el horno. Me dijo que en mi cuarto había dormido un amigo suyo, policía, mientras yo no estaba, y que había tenido que ventilar la casa para que se fuera el olor que había dejado. Tuve problemas con el coche. No arrancaba a la primera y, cuando arrancaba, rugía. Él había arreglado su coche, pero no me había devuelto mi dinero. Ahora su coche no armaba ruido y el que rugía era el mío. Puede que estuviera gastándose mi dinero en arreglar su coche el mismo día que llamé al hombre al que casi no conocía.

Como la secadora estaba rota, colgaba la ropa mojada de las vigas del cuarto de invitados, y la habitación se llenaba de vestidos blancos que se balanceaban con la brisa que entraba por la ventana.

Hice todo lo que debía, aunque me costara, porque no paraba de pensar en él. Tenía miedo de lo que me esperaba cuando se hiciera de noche. Sentía un nudo en la garganta y no podía tragar bien, y continuamente me tiraba del cuello del jersey. No era el jersey lo que me ahogaba, sino algo que yo tenía dentro.

Apenas pude comer, aunque quería meterme algo de comida en el cuerpo. El olor de la comida, el primer bocado, me revolvían el estómago. Solo pude tomar un poco de fruta y verdura, pan seco, agua y zumo.

Parecía como si flotara, como si no tuviera dónde agarrarme. Nada era lo suficientemente real, o era difícil distinguir entre lo real y lo irreal. En mi cuarto las cosas parecían transparentes y sin espesor, fundidas con las paredes en una superficie plana de colores y formas.

Cuando por fin me acosté esa noche no dejaba de toser y, en la cama, a oscuras, procuraba no moverme. Aunque no podía oír el ruido de su coche, ahora que lo había arreglado, mis oídos, por costumbre, se mantenían a la escucha, y pasaban coches que hacían casi el mismo ruido que el suyo había hecho alguna vez.

En la cama, tosiendo y sin dormir, mi indignación fue aumentando poco a poco. Aunque era tarde, me levanté y lo llame por teléfono. No contestó. Me indigné más, porque si no estaba, es que no estaba solo, y si no estaba solo, ni siquiera pensaba en mí. Y eso era lo que más me perturbaba: que, casi con toda seguridad, no pensaba en mí.

Si me había olvidado, ¿dónde estaba yo? ¿Quién era yo?

Podía decirme a mí misma que seguía estando donde estaba, y que seguía siendo yo, pero no lo sentía.

Volví a acostarme, intenté leer, no pude leer, apagué la luz, me indigné conmigo misma, y con toda la gente que conocía. Me estaba quedando dormida, me despertó la sorpresa de estar durmiéndome, y empecé a toser otra vez. Me adormilaba otra vez, y otra vez me despertaba tosiendo. Una y otra vez me adormilaba y me despertaba, hasta que me puse dos almohadas y un cojín y, con la cabeza en alto y un pañuelo húmedo en la frente, dormí el resto de la noche.

Por la mañana, Madeleine llamó a un amigo suyo, un mecánico que trabajaba por su cuenta, y el hombre le echó un vistazo al coche, primero en la calle, lloviendo, y luego, cuando logró arrancarlo, en el garaje. Mientras yo miraba al mecánico por la ventana, el teléfono sonó.

A estas alturas de la historia, surge otro recuerdo molesto. Me llamó para decirme que nos habían invitado a casa de un hombre y una mujer que no sabían que ya no estábamos juntos. Creo que debo hacer alusión a esa visita porque existió, pero me irrita. Los cuatro nos sentamos en un cuarto de estar minúsculo y no dejé de mirarlo a él, al otro lado de la alfombra, sintiéndome fatal, pellizcándome la nuca para no desmayarme, desviando la vista hacia la cristalera o hacia el hombre y la mujer que nos habían invitado. El hombre era el mismo que había salido en barco con nosotros a ver las ballenas y no me hizo el menor caso. Al cabo de una hora más o menos, nos fuimos. Me llevó a casa en su coche.

No sé por qué me desagradaba tanto esa visita. Lo que veía a través del ventanal de aquel apartamento alquilado era un cuadrado de césped y, más allá, hierbajos o juncos al borde de un riachuelo. Era el mismo que había visto desde la otra orilla, aunque en otro punto de su curso y desde mucho más lejos, cuando fui con él andando, por la

carretera de la costa, a comprar cerveza a la tienda de comestibles, hacía muchos meses.

¿Me desagradaba porque apenas conocía a aquellos dos y no me gustaban? ¿O porque su apartamento, alquilado con muebles, era chico y feo, con el mobiliario marrón, y las paredes marrones, y las cortinas metalizadas y amarillentas? ¿O porque él y yo fingimos, en aquel sitio y con aquella gente, que no había cambiado nada? El hombre y la mujer apuraban los últimos días de su estancia en el lugar, y nuestra visita formaba parte de sus preparativos para la despedida: una última invitación forzada, antes de llamarlo por teléfono a los pocos días y pedirle que los llevara al aeropuerto en su coche.

Después de que me dijera de pronto que habíamos terminado, perdí el interés en todo lo demás. Lo que me estaba haciendo, el hecho de que ya no estuviera conmigo sino con otra, se transformó en una sustancia que se filtraba en mi cerebro, fluía, renacía, lo ocupaba y se iba, como un olor o un sabor. Se disipaba un momento, y yo era consciente de que no la tenía dentro de mí. Y de pronto, sin motivo, renacía y su amargura invadía todo, lo penetraba todo.

No podía evitar la idea de que quizá volviera, pues me había querido mucho, y yo solo lo había conocido queriéndome. Durante los primeros días me empeñé en que hablara conmigo. No me importaba que estuviera con otra mujer. Recurría al teléfono. Él lo cogería, por si era otra persona la que llamaba. Y entonces, por educación, se vería obligado a hablar conmigo, aunque fuera unos minutos.

No podía discutir con él si me decía que no quería seguir con lo nuestro, pero no renunciaba a que me lo repitiera. Lo que me decía nunca me dejaba satisfecha. Yo pensaba que debía decirme lo mucho que me había querido, y que seguía siendo el mismo, pero que sus sentimientos habían cambiado por razones que podía explicar. Entonces me explicaría lo que sentía antes y por qué habían cambiado sus sentimientos. También debía admitir que me había dejado sin previo aviso, y que cuando, el día que lo llamé por teléfono desde el Este, me dijo que todo iba bien, mentía.

Si no podía estar con él y él no hablaba conmigo, por lo menos quería saber dónde estaba. Alguna vez me lo encontraba, pero no era lo normal. Aunque no llegara a verlo, prefería salir a buscarlo antes que quedarme en casa.

Una noche fui en el coche por la costa, hacia el norte, a cenar con Mitchell, varios pueblos más allá de donde yo vivía. Apenas si fui capaz de dirigirle unas cuantas frases y la simple vista de los rulos de jamón y de la mantequilla en la mesa me revolvió el estómago. Mitchell siempre preparaba la comida con el máximo cuidado, así que el pan tenía que ser bueno, quizá con encurtidos selectos y una mostaza especial. Se concentraba en el menú y en servirlo, mientras que yo intentaba controlar mis sentimientos. Por fin mencionó algo que no entendí bien en ese momento, y

aproveché para dejar de comer.

Casi inmediatamente después de acabar de cenar, cogí el coche y volví a casa por la costa. Llovía mucho, pero, puesto que la carretera atravesaba el pueblo donde él vivía y pasaba muy cerca de su apartamento, me desvié hacia el océano, por una plaza en la que había una fuente. Doblé a la derecha, salí de la plaza y detuve el coche al borde de la acera, donde podía ver por encima de los tejados su terraza, las ventanas iluminadas. Aunque las ventanas no tenían cortinas, la distancia, la altura del piso y la lluvia no me dejaban ver con claridad el interior del apartamento.

Bajé la ventanilla. Vi una silueta en la ventana de la cocina. Me pareció que se movía con más agilidad que él, y que tenía el pelo más oscuro. Decidí subir a la terraza y comprobar quién era. Arranqué el coche y conduje hasta el aparcamiento que había detrás de su casa. La lluvia batía en la terraza de cemento y cubría el ruido de mis pasos mientras subía con cuidado la escalera. Ya en la terraza vi a mis pies el tejado y el jardín del vivero de cactus, y las formas imprecisas de las plantas. Yo llevaba botas y un impermeable oscuro. Donde estaba, la oscuridad era casi total, y en el apartamento había luz.

Eché un rápido vistazo por la ventana y vi en su cama, leyendo, a una mujer con el pelo corto y castaño. Cruzaba los tobillos. A distancia y a través de la ventana mojada, al fondo de la habitación, muy amplia, la cara me pareció desagradable, de engreída. Miré hacia la derecha, y lo vi, trajinando en la cocina, en silencio. Volví a observar a la mujer en la cama, y de pronto apareció él en la puerta de la habitación, inesperadamente cerca de mí, pero al otro lado del cristal, y empezó a hablar con ella, aunque yo no podía oír lo que decía y solo veía el movimiento de los labios. Me aparté de la ventana.

Bajé de la terraza, cogí el coche y me fui. Las mejillas me ardían. Encendí la radio. Más tarde comprendí que la lluvia me había ayudado a hacer lo que hice, porque no solo me había aislado de lo que veía cuando me apeé del coche, sino que incluso me había separado de mí misma, y el ruido de la lluvia me había distraído de mis posibles pensamientos.

En cuanto llegué a casa y me quité el impermeable y las botas, me dediqué a ponerles las arandelas a las cortinas, que acababa de lavar, y a colgarlas de sus barras metálicas. Todo lo hacía muy rápido para no pensar. Y entonces, sabiendo por una vez donde podía encontrarlo, dejé las cortinas y lo llamé por teléfono. No me pareció antipático, y aceptó verme al día siguiente. Terminé de colgar las cortinas y me desnudé para acostarme, pero entonces, aunque era tarde, me puse a trabajar en mi mesa.

Tenía los ojos de par en par, como pasmados. No me sentía cansada. Había cenado fuera, me había llovido al volver a casa, y el *brandy* que me había bebido con Mitchell no me daba sueño ni impedía que trabajara con la agilidad mental necesaria. No tenía hambre, aunque notaba el estómago vacío. Había mirado que podía comer. No encontré nada que me apeteciera.

Trabajé con ganas y el trabajo parecía ir bien. Trabajando, me parecía estar a la espera de algo, aunque no sabía de qué. Luego me di cuenta de que esperaba sentirme segura de que él y ella habían terminado de follar y se habían echado a dormir. Una vez que se durmieran, yo también podría dormirme.

A la mañana siguiente volví a sentarme a traducir. Había dicho que pasaría por la casa a determinada hora de la mañana, pero ni apareció ni llamó. Una y otra vez dejaba de atender al trabajo y miraba por la ventana. Cada vez que miraba veía las mismas cosas: la valla al otro lado de la calle, el tejado de la casa de enfrente, árboles. De vez en cuando algo se interponía entre lo que veía y yo, y, fuera lo que fuera, me quedaba mirándolo, hasta que desaparecía.

La chica de la casa de enfrente cruzó la valla con la raqueta de tenis en la mano y un jersey en el brazo.

Un anciano bajó la cuesta muy despacio, a pasos muy cortos. Lo había visto muchos días arrodillado entre las flores de su jardín, al lado de la iglesia.

Sopló una ligera brisa y los pétalos de una flor roja cayeron uno a uno en la tierra blanda.

Dos perros se acercaron a la ventana. El más grande olisqueó un arbusto, alargando mucho el cuello y el hocico. El pequeño, que lo seguía, alargó el cuello y el hocico para oler debajo del rabo del perro grande.

Fui varias veces al cuarto de baño, me miré al espejo, me cepillé el pelo y volví a mi mesa. Salí por fin a comprar, volví y lo llamé. No cogieron el teléfono. Volví a llamarlo, dos veces. A la tercera cogió el teléfono y me dijo que me había llamado, pero yo sabía que no era verdad, porque Madeleine se quedó en la casa mientras yo estaba fuera. Me preguntó si valía la pena hablar.

Otro día le convencí para que nos viéramos cuando terminara su trabajo. Por entretenerme, esperando a que pasara la tarde, fui a la tienda de música y al apartamento de Ellie, donde me encontré con Evelyn y sus niños, repartidos entre el suelo y el sofá. Dimos un paseo bajo la lluvia, calle abajo, hasta el malecón, para ver las olas, altas y grises, y luego fuimos en el coche de Evelyn a cenar a un restaurante. El coche se llenó de vapor cuando nos apretujamos dentro con la ropa húmeda.

Me preocupé de volver a casa a tiempo, pero él no apareció. Me llamó y me dijo que no podía venir porque tenía que madrugar. Me pidió prestado el coche. Tenía que llevar al aeropuerto a la pareja que nos había invitado a su casa. Por lo visto pensaba que mi coche era mejor que el suyo. Le dije que acababa de meterlo en el garaje, y que dejaría las llaves puestas.

A la mañana siguiente, después de que fuera al aeropuerto y devolviera mi coche al garaje, desayunamos juntos en un café de la playa. Tenía miedo, la sensación de que si me portaba como una idiota y se me caía el tenedor, o la comida de la boca, lo estropearía todo, aunque sabía que eso era imposible.

Nos sentamos juntos en un banco de madera, con plantas que pendían sobre nuestras cabezas. Apoyó el hombro en el respaldo del banco para mirarme de frente.

No paró de hablar, esencialmente de sí mismo y de sus planes, y yo me limité a oírlo. Apenas si comí una tostada del plato lleno que tenía delante. Quería fumar. Pagamos y salimos, y de pie en la terraza, al sol, me abrazó mucho rato.

A la vuelta, hacia el sur, sola en mi coche, no dejaba de pensar en todo lo que me había dicho, intentando cerciorarme, primero, de que lo había entendido punto por punto, y, segundo, de que sus palabras significaban lo que yo creía que significaban.

Otro de los recuerdos que me fastidian es el de aquel desayuno. ¿Me fastidia porque no sirvió de nada encontrarme con él, salvo para perder el tiempo mientras me dejaba manipular por los delgados hilos de mi esperanza? Pero toda la escena, cada detalle, parece haberse convertido en enemiga: el paisaje anodino de tierra parda al otro lado de la ventana, las excavadoras, las nuevas y flamantes casas de madera, la luz del sol que entraba en el café, las plantas absurdas que teníamos encima, su manera de sonreírme con una cordialidad cruel, su manera de hablarme con una franqueza cruel, los horribles paneles de madera clara de las paredes, el abundante desayuno.

Ese mismo día, más tarde, Ellie me dijo que una amiga común daba una fiesta. Pensé llamarle por si quería ir conmigo. Pero no contestó al teléfono. Fui en el coche a la gasolinera y a su casa. Luego me dediqué a recorrer las calles del pueblo. Había oído que algunos de sus amigos vivían cerca de la playa, pero no sabía exactamente dónde. Todas las calles que había al otro lado de la carretera de la costa estaban cerca de la playa, y por esas calles busqué su coche. En ese instante no pensaba hablar con él, algo que me hubiera obligado a llamar a la puerta de gente desconocida. Pero una vez que empecé a buscarlo tenía que hacer todo lo posible para dar con él. No le encontré. Por lo menos conseguí hablar con él por teléfono. Me preguntó qué quería, cortante. Me dijo que no creía que pudiera ir a la fiesta. Luego cedió un poco, e incluso se rio una vez, o quizá solo quería ser educado. Yo no entendía cómo podía ser tan cariñoso conmigo por la mañana y tan frío por la noche.

Me puse a trabajar en mi mesa, pero cada vez que levantaba la vista, su cara aparecía ante mí.

Debería haber adivinado que era el momento de abandonar toda esperanza. Pero, cuatro días después de mi regreso, seguía repitiéndome que aún quedaban esperanzas de que volviera conmigo, aunque poco había hecho él para animarme a pensar así: me abrazó una vez, me besó una vez, y dos o tres veces mencionó alguna faceta de su vida en la que quizá yo pudiera participar.

Al quinto día, por la tarde, cuando volvía de la fiesta a la que no había querido acompañarme, paré en la gasolinera, un poco bebida. Le pregunté, como bromeando, si ya había cambiado de idea.

Estábamos junto a los surtidores, incómodos, como si esperáramos algo, y al otro lado de la carretera pasó muy despacio un tren de mercancías. Más allá, a cierta

distancia, se elevaba otra colina coronada por una fila de palmeras; a nuestra espalda, oculto tras algunos edificios de poca altura, el sol pendía sobre el océano, y su luz naranja y cálida descansaba sobre las palmeras de la colina y sobre las palmeras, más bajas y menos frondosas, que crecen alrededor de la fuente del centro del pueblo. La sensación de que teníamos el océano a nuestros pies convertía a la plataforma asfaltada de la gasolinera en una especie de altiplano. La tarde primaveral se anunciaba fresca, pero el aire era limpio, tibio. Una caravana se detuvo ante los surtidores y una mujer delgada y ancha de caderas se apeó del vehículo y preguntó tímidamente dónde podría comprar butano o propano. Cuando me iba, él, también como de broma, me dijo que aún no había tomado una decisión definitiva, y me dio las gracias por haber parado un momento.

Allí parada, con él, no me parecía insoportable lo que pasaba, pero, una vez sola no me pude aguantar. No tenía nada que me distrajera, y Madeleine no estaba en la casa para detenerme, así que le llame a la gasolinera. Hablamos media hora. Una y otra vez dejaba el teléfono para ir a atender a un cliente. Yo aprovechaba entre pausa y pausa para pensar lo que iba a decirle a continuación, como si pudiera encontrar la palabra exacta para convencerlo, para que volviera conmigo. Cada vez que se ponía al teléfono, le decía lo que ya tenía pensado. Le dije por fin que quería verlo, y me respondió que no fuera a la gasolinera. Pero él no quería venir a mi casa después del trabajo. Colgamos, y entonces cogí otra vez el coche y volví a la gasolinera.

Desde la carretera lo vi en la oficina, que en la oscuridad refulgía de tal modo que parecía un escaparate. Detrás del cristal, y bañado por la luz, él leía un libro, sentado a la mesa de trabajo. Cuando entré, se levantó de la mesa y sus hombros se ensancharon aún más, como preparándose para soportar mi aparición, con más vehemencia de la necesaria.

Me habló de sus lecturas, porque estaba claro que no quería hablar sobre lo nuestro. Sentado a la mesa de trabajo, me dijo que estaba leyendo una novela de Faulkner. Ahora leía a Faulkner, las obras completas, como pocos meses antes había leído las obras completas de Yeats. Quería hablar de Faulkner, pero yo no, así que no hablamos de nada concreto, porque yo no podía soportar la situación y él se negaba a hacer lo que yo quería que hiciera.

Me eché a llorar y él me puso las manos en los hombros y me dijo: «Vete a casa». Me dijo que tenía que cerrar la gasolinera. Me acompañó al coche. Volvió a la oficina. Subí al coche y seguí llorando con la cabeza apoyada en el volante. Salió otra vez, pronunció mi nombre, guardó silencio un momento y dijo que, comportándome así, lo hacía todo imposible. Yo no comprendía qué era lo que estaba haciendo imposible. Tuvo que atender a un cliente. Volvió irritado, con un paño para la grasa en la mano. Me dijo que tenía que limpiar los servicios, eran cerca de las nueve, y ya no podría irse hasta las nueve y media, y no le pagaban el trabajo que hiciera después de las nueve. Toda la rabia que le provocaba esa tarea ridícula se reflejaba en la voz. Entonces yo también me irrité: daba más valor a sus cuatro dólares a la hora que a mí.

Y me fui. Prefería su rabia a su amabilidad. No me hubiera podido ir si no se hubiera irritado y no me hubiera irritado a mí. Solo así recuperé el control, y pude reaccionar.

Al final de esos cinco días, me rendí, o por lo menos dejé de perseguirle, y caí en una forma nueva de desolación.

Sentía tanta rabia que quería hacerle daño a alguien. Recordaba su falta de consideración, lo vanidoso, lo superficial y lo vulgar que era, peligroso, insensible, irresponsable y falso. Me repetía que no tenía conciencia, que traicionaba a los amigos, ofendía a las mujeres, y abandonaba a sus amantes. Me repetía que era tan egoísta que incluso sus mejores amigos le resultaban un fastidio, y que incluso el hecho de que trataran de ayudarlo le parecía un fastidio más.

Mi estado de ánimo cambiaba por momentos, primero rabia, luego alivio, luego esperanza, luego ternura, luego desesperación, luego rabia otra vez, y debía luchar para no perderme del todo.

No podía quitármelo de la cabeza, y me dolía. Sabía que mi insatisfacción era una de las razones por las que todo había acabado. Cuando aún estábamos juntos, no me sentía contenta. Pero, ahora que la relación se había roto, me agarraba a ella. Había tenido que destruirla para liberarme, pero, una vez libre, me agarraba a ella, como si lo que necesitara fuera vivir siempre al borde de la ruptura.

No había sabido quererlo. Había sido perezosa, no había hecho por él nada que me costara el menor esfuerzo. No había estado dispuesta a renunciar a nada por él. Y si no conseguía todo lo que deseaba, jamás renunciaba a mis deseos y me obstinaba en que se cumplieran.

Ahora que me había dejado sentía más ternura, me preocupaba más por él, aunque sabía que si volviera esos sentimientos perderían fuerza. En ese momento habría hecho cualquier cosa con tal de que volviera, pero solo porque sabía que no iba a volver. Antes yo era antipática, dura con él a veces. Ahora era dulce, y dúctil, pero de poco podía servirle mi dulzura, que apenas valía para acompañarme en mi soledad. Antes le hubiera dicho lo que me desagradaba de él, sin respetar sus sentimientos.

Ahora me dolería hacer una cosa así, aunque quizá no tanto como le habían dolido a él mis impertinencias. Antes, me gustaba oírme más que lo que me interesaban sus palabras. Ahora, cuando ya era demasiado tarde y él no tenía especial interés en hablar conmigo, quería escucharle.

Después de pensar todo eso, sentí el impulso de empezar de nuevo nuestra relación. Emocionada, pensaba que ahora todo sería diferente, que lo único que faltaba era que él estuviese de acuerdo. Pero mi resolución era tan vana como la esperanza de que él volviera. No significaba nada mientras me constara que él no quería compartirla conmigo.

Los primeros días me había sentido impaciente, como si algo se me resistiera. Ahora estaba furiosa, no solo con él, sino también conmigo misma, y con otra gente,

y con las cosas de mi cuarto. Me irritaban mis libros, porque no me interesaban lo suficiente para quitármelo del pensamiento: ya no tenían vida, no eran ideas, sino solo papel. Me irritaba mi cama, y no quería acostarme. Las almohadas y las sábanas no eran acogedoras, miraban a otra parte. Me irritaba mi ropa, porque cada vez que la miraba veía mi cuerpo, y mi cuerpo me irritaba. Pero no me irritaba la máquina de escribir, porque la usaba, trabajaba conmigo, me ayudaba a no pensar en él. No me irritaban los diccionarios, no me irritaba el piano. Ahora tocaba mucho el piano, varias horas al día. Empezaba con escalas y ejercicios para los cinco dedos, y acababa con dos piezas que cada vez me salían mejor.

Sentía mucho odio. Era el deseo de desembarazarme de todo lo que me fastidiaba. Las colinas, de color tierra en septiembre, ahora eran verdes. Pero ahora no soportaba el paisaje. Necesitaba ver cosas tristes, feas. Me sentía excluida de todo lo que era hermoso. Quería que las cosas se volvieran sombrías y pardas. Quería que todas las superficies se cubrieran de manchas, o de una especie de película finísima que impidiera distinguirlas con claridad, con los colores más apagados y desvaídos. Quería que las flores se marchitaran un poco, solo un poco, que se viera la podredumbre en los pétalos violetas y rojos. Quería que los tallos de las uñas de gato, tan ricos en agua, se secaran y se convirtieran en agudas puntas de lanza. Quería que los eucaliptos de la colina perdieran su olor, y que perdiera su olor el océano. Quería que las olas perdieran su fuerza, que se apagara el ruido de la marea.

Odiaba los sitios en los que había estado con él, y eran casi todos los sitios a los que yo iba entonces. Si veía a una mujer diez años más joven que yo, la odiaba. Odiaba a todas las mujeres jóvenes a quienes no conocía. Y muchas mujeres jóvenes se paseaban por el pueblo donde yo vivía, aunque casi todas eran altas, de sonrisa dulce y pelo rubio y suave, mientras que ella era un retaco, morena y desagradable, por lo que yo había visto.

No quiero volver a pronunciar su nombre. Se haría más presente en la casa. Dejo que Marianne pronuncie su nombre, y yo lo llamo *él*.

A veces, en las semanas que siguieron, los días me parecían una sucesión inacabable de mañanas, tardes y noches difíciles. Muchas mañanas me costaba trabajo levantarme de la cama. Me quedaba acostada y creía oír pasos en el camino, al otro lado de la ventana, pero era mi propio pulso, golpeando como arena en mis oídos. Tenía miedo de lo que me esperaba. Dejaba pasar una hora larga con los ojos cerrados. Soñaba, empezaba a inquietarme, hacía planes. En esos momentos, algunos días, veía las cosas más claras, aunque lo normal era que lo viera todo lo más negro posible. Cuando había hecho suficientes planes para dominar un poco mi inquietud, probaba a abrir los ojos. Si lograba mantenerlos abiertos, recorría la habitación con la mirada. Pensaba en él, e intentaba pensar en otra cosa. Pero no podía pensar en otra cosa, y era como si mi propio cuerpo me lo impidiera, como si su esencia impregnara

mi carne, porque su esencia se me subía a la cabeza, ocupaba cada célula de mi cerebro, y era tan fuerte que, a mi pesar, no podía apartar mi atención, mi pensamiento de él. Me levantaba por fin. Trabajaba en camisón y albornoz unas cuantas horas, me vestía, siempre con ropa de estar en casa, amplia, no muy distinta de un pijama.

Solía trabajar toda la mañana. Pero las tardes eran largas y lentas, tan lentas que se detenían y se morían en su inmovilidad. Me gustaba ver luz en la calle, y saber que las horas de oscuridad ya habían pasado o no habían llegado aún. Pero era raro que quisiera salir a disfrutar de la luz del día, y ni siquiera descorría las cortinas. Me gustaba ver las líneas de luz filtrándose entre las cortinas, me gustaba saber que fuera había luz. Luego, cuando caía la tarde y todo se volvía oscuro, encendía las luces de la casa.

Hacía cualquier cosa con tal de distraerme. Me movía, limpiaba algo, o salía, o charlaba con los amigos y los oía hablar, o leía un libro para mantener ocupada la mente, o, sentada a mi mesa, trabajaba en cualquier cosa que frenara mis divagaciones. Me parecía a veces que la mesa que tenía delante era el único espacio estable, desde el que caían o se elevaban abruptamente todas las demás cosas.

La traducción era un trabajo idóneo, y tenía que traducir una novela breve. Así que me sentaba ante la mesa de jugar a las cartas, en una silla de metal, y me ponía a la tarea. Casi siempre traducía por la mañana, pero también a otras horas, incluso de noche. Era un tipo de trabajo que podía hacer casi en cualquier momento, y de hecho trabajaba mejor cuando estaba triste, porque cuando estaba contenta o animada, automáticamente la cabeza se me iba en divagaciones. Cuanto más triste me sentía, más me concentraba en aquellas palabras extranjeras que, sobre la página, se agrupaban en construcciones extrañas, un problema que resolver, lo bastante difícil como para mantenerme ocupada o, si lo resolvía, fascinarme, y si el problema era muy difícil, y yo no encontraba la solución, como alguna vez sucedía, mi inteligencia se estrellaba una y otra vez contra él, hasta que por fin rompía el obstáculo y volvía a fluir.

No era un libro largo, pero era difícil y, como no dejaba de distraerme, la traducción no era buena, aunque trabajaba mucho y me sentía perspicaz, con la mente despierta. Más tarde vería que el inglés de mi versión sonaba raro.

Mientras leía la frase que iba a traducir, o escribía mi traducción, o consultaba el diccionario, me absorbían las palabras ajenas, no la voz de los personajes de la novela, puesto que apenas hablaban, sino la voz del novelista, o la voz precisa y seca de los autores del diccionario en las definiciones de las palabras que yo buscaba, y las más vivas de los escritores a los que citaba el diccionario. Pero, durante el breve intervalo en el que dejaba de escribir a máquina y cogía el diccionario, un intervalo que duraba más de cinco segundos, cuando dejaba de fijarme en la página para mirar por la ventana, y aquellas voces se desvanecían, su imagen, la imagen de él, se filtraba entre mi trabajo y yo, y provocaba un dolor nuevo, porque había conseguido

olvidarme de él un momento, o mandarlo al último rincón de la mente gracias a las palabras a las que dedicaba toda mi atención.

También tenía que escribir algunas cartas. Le escribí al autor del libro que estaba traduciendo y, cuando le escribí, me miré a mí misma y dije: Mírala, escribiéndole a ese hombre, y no puede dejar de pensar en el empleado de la estación de servicio de la carretera. Y, sin embargo, el hombre al que acababa de escribirle lo hubiera entendido, porque ese era el tipo de cosas del que trataba en sus novelas.

Trabajaba en mi mesa, y luego me lavaba o lavaba algo de la casa, lavaba la ropa o fregaba la cocina. Me duchaba y volvía a ducharme, restregándome como si quisiera borrar mi cuerpo: no solo me arrancaba la suciedad, sino también la piel y la carne, hasta los huesos. Trabajaba en mi cuarto, junto a la ventana. Limpiaba los dos lados de cada cristal de la ventana hasta que parecía que no había cristal cuando me asomaba a mirar las plantas, la terraza de cemento rojo y el techo blanco de la galería, que en los días de lluvia reflejaba el suelo mojado de la terraza y se volvía rosa.

Ese mes llovió mucho. Se oscurecía el día, las nubes se concentraban, diluviaba y dejaba de llover al instante. El sol salía, brillaba en el cielo despejado. Los charcos del patio se reflejaban ondulantes como serpientes en los muebles de madera oscura de la cocina. El sol calentaba tan rápido el tejado mojado que salía vapor de las tablas negras y el viento se lo llevaba del alero como si fuera nubes de humo. Brillaba el sol un rato y otra vez se oscurecía todo de repente, y yo miraba la cama desde el fondo de mi cuarto, y veía extenderse la oscuridad, como si surgiera de ese rincón, de las mantas oscuras de la cama. No siempre hacía lo que tenía que hacer. Por ejemplo, a veces ni limpiaba lo esencial, y tropezaba en mi propia porquería. Un día cayó un chorreón de salsa de tomate en el suelo de la cocina y allí lo dejé. Yo estaba en calcetines, hablando con él a viva voz. Pisé la mancha, y en vez de cambiarme de calcetines me eché en la cama a leer un cuento, bien escrito, pero plano, aburrido, un cuento sobre la caza del ciervo, mientras que el pie mojado, colgando de la cama, se me quedaba helado poco a poco.

Tenía que pensar con claridad, tomar las decisiones adecuadas, hacer planes, pero no podía. No estaba en situación de comprender las cosas: o me eran demasiado próximas o demasiado lejanas. Pensaba que determinada decisión era la correcta, e inmediatamente me preguntaba si al cabo de un rato no pensaría lo contrario. A veces sabía lo que debía hacer, pero me faltaba voluntad para pasar a la acción; y otras veces me sobraba voluntad, pero no movía un dedo. Y así, a fuerza de chocar conmigo misma, llegué a preguntarme cómo cambiar para no ser esa persona con la que tenía que pelearme sin fin y que me vencía siempre.

Entonces dejé de poner todo en cuestión y me volví testaruda. Me encerraba en mí misma, agachaba la cabeza, no me importaba lo que me hicieran ni lo que yo pudiera hacerle a los demás.

Pero había días en que no me podía estar quieta y mi cerebro no paraba de trabajar. Todo lo que me llamaba la atención parecía contener una idea. La

concentración de soledad que me rodeaba, tan densa, me saturaba de ideas, me alimentaba sin interrupción. Solo si se producía una fisura en esa burbuja de soledad se escapaba algún pensamiento. Y cada una de aquellas ideas exigía ser escrita, en cualquier papel, en la lista de la compra, en la chequera, en los márgenes y en las páginas en blanco del libro que estuviera leyendo. Tenía que escribirla para que no se me olvidara, aunque yo sabía que más tarde algunas de esas ideas no me parecerían dignas de ser recordadas. Y no siempre me daba tiempo a registrar mis pensamientos en un papel, y entonces, con la misma claridad con que veía los espacios en blanco de una página, entendía que los había perdido y no los recuperaría nunca. Me hubiera pesado más si no supiera que, a fin de cuentas, un pensamiento siempre es algo fortuito.

En aquel tiempo hablaba por teléfono a toda velocidad. Todo lo que me interrumpía o entretenía me impacientaba, no me molestaba en comer, no comía hasta que el hambre se convertía en una distracción que me impedía pensar, y entonces, mientras comía, no paraba de moverme de un lado a otro en mi cuarto. Me costaba comer. Tenía tantas cosas dentro, agitándose incansables, que casi no me cabía la comida. Como desde fuera de mí misma, observaba que se me revolvía el estómago cuando intentaba comerme un trozo de tostada o de manzana, mordiéndolo y masticando despacio, tragando poco a poco. A veces tomaba algo de sopa o de verdura cruda. Si un día la comida me resultaba insoportable, al día siguiente no me lo parecía tanto.

No le permitía a mi cuerpo ni un momento de respiro, caminando, corriendo, moviéndome a toda prisa, y de vez en cuando iba al gimnasio de Ellie, no por salud, sino porque pensaba que si endurecía mi cuerpo derrotaría a las emociones vacilantes y gelatinosas que tanto me fastidiaban. Adelgacé, los músculos se me pusieron tan duros como los huesos, y tenía la sensación de que las piernas y los brazos se habían convertido en piezas de metal articulado. Los pantalones me estaban anchos, y el anillo se me salía del dedo corazón.

Cada vez fumaba más, encendía un cigarrillo cuando apagaba otro, fumaba en la cama, fumaba en el coche, fumaba en la calle cuando salía de compras. Tenía los pulmones congestionados y me pasaba el día tosiendo. Cuando llegaba a casa, no se me quitaba la tos seca. La tos podía tenerme despierta durante horas, y me levantaba a tomarme una cucharada de miel y a beber agua, y entonces intentaba volver a dormirme, sin dejar de tragar.

Lo peor eran las noches, siempre. Pensaba que por fin iba a poder leer un buen rato, pero me resultaba difícil concentrarme. Descansar me suponía un esfuerzo. Era incapaz de acostarme temprano. Me resultaba difícil meterme en la cama y dejar de moverme, y lo más difícil era apagar la luz y quedarme quieta. Podría haberme tapado los ojos y los oídos, pero no me hubiera servido de alivio. Alguna vez me apetecía taparme también la nariz, y taponarme la garganta, y la vagina. Los malos pensamientos se me metían en la cama, se apretaban contra mí, empujándome; los

malos sentimientos se sentaban en mi pecho y no me dejaban respirar. Me acostaba sobre el lado derecho, y mis rodillas entrechocaban, la izquierda hacía presión contra la derecha y, cuando me daba la vuelta, la derecha hacía presión contra la izquierda. Me salían cardenales. Me ponía boca arriba, luego boca abajo, primero con almohada y luego sin almohada, y me echaba otra vez sobre el lado derecho, con la almohada entre las rodillas y abrazada a la almohada, y luego me ponía otra vez boca arriba, con tres almohadas bajo la cabeza, y, cuando estaba empezando a dormirme, me despertaba de repente, asombrada de poder quedarme dormida.

Me preguntaba, como si se tratara de cosas que me eran muy lejanas, qué pasaría ahora: si comería menos y adelgazaría más, si aún me obsesionaría más con él y llegaría a nuevos extremos con tal de conseguir que hablara conmigo, y con tal de encontrarlo.

Llamé por teléfono a Tim, un inglés. La voz me sonó dulce y aguda. Le pregunté si quería que comiéramos juntos. Pero cuando. Ahora, pensaba, soy alguien a quien han dejado, me había dejado él, en un mundo que solo admitía ingleses delicados y amables.

Había pensado que fuéramos al café de la esquina, al final de la cuesta de mi casa y que nos sentáramos en una mesa, fuera, que diera a la carretera de la costa. Había pensado sentarme mirando a la carretera, para ver el tráfico. Todo fue como yo había previsto. Tim era un hombre inteligente, y habría podido ser una compañía agradable, pero lo único que de verdad me interesaba de aquel almuerzo eran los coches que pasaban por la carretera.

Tardé mucho en comer, vigilando el tráfico y sin dejar de hablar con Tim. Y entonces, cuando el semáforo se puso en rojo, superando todas mis previsiones, apareció su coche, paró a nuestra altura, él miró hacia donde yo estaba, y mantuvo la cabeza vuelta hacia mí casi todo el tiempo que el semáforo permaneció en rojo. Yo lo miraba de reojo. Debería pesarme la manera en que utilizaba a un hombre bueno como Tim para mis propósitos, para que él me descubriera comiendo con otro, pero lo hacía, por mucho que me pesara.

Aquella tarde, Madeleine tuvo que convencerme de que no fuera a buscarlo a la gasolinera. No podía montarle una escena en el trabajo, me dijo. Me dijo que yo era mayor que él y que tenía que controlarme. Se sentó conmigo, me habló. Aunque las razones que ella me daba eran las mismas que yo me daría, por mi propia voluntad no me habría estado quieta. Si en ese momento Madeleine se hubiera ido, yo lo habría llamado por teléfono. Madeleine me propuso que fuéramos al cine, que jugáramos a las cartas. Preparó la cena. Dijo: «Por lo menos hemos cenado. Algo es algo».

Madeleine me decía que no fuera a buscarlo a la gasolinera cuando se negara a hablar

conmigo por teléfono. Pensaba que debería mostrar más orgullo. Ella tendría un poco más de orgullo. Pero yo pensaba ir a la gasolinera en cuanto Madeleine no estuviera en la casa para impedírmelo. A veces me inventaba pretextos. Sabía que eran transparentes, pero me servían.

Por ejemplo, lo invité a fiestas por lo menos tres veces. Sabía que eran fiestas a las que quería ir y a las que lo más seguro era que nadie le invitara. Pero no fue a ninguna, aunque las tres veces dudó antes de decir que no. La primera vez tardó unos minutos en decidirse, la segunda medio día, y la tercera una semana.

La segunda vez me lo había encontrado jugando al baloncesto en el aparcamiento de la playa, cerca de su apartamento. Las gaviotas hacían círculos en el aire y gritaban entre los pinos. Lo estuve mirando desde el coche. El coche se iba llenando de humo mientras yo encendía cigarrillo tras cigarrillo. Por encima de los techos de los coches le veía jugar en la zona más alejada del aparcamiento, aunque lo bastante cerca como para poder observarlo con detalle, una sombra de barba rala y pelirroja, el pelo rojizo, liso y con una onda en la nuca, la piel blanca, la cara rubicunda, el tono rosa del cuello donde le daba el sol, en forma de V, la exuberancia de su cuerpo, la agilidad de sus movimientos, sus saltos y sus giros imprevistos, siempre en tensión, siempre equilibrado. Jugaba muy bien.

Me sentía contenta, porque por un momento lo tenía ante mí, sabía dónde estaba y qué hacía, y podía mirarlo todo lo que quisiera y a una distancia segura: no podía hacerme daño y no me tenía que preocupar de mi aspecto, ni de mis palabras, ni de mi comportamiento.

Cuando todavía estábamos juntos sabía dónde estaba o, si no lo sabía, no me importaba, porque ni pasábamos separados mucho tiempo ni queríamos separarnos. Ahora que casi siempre estaba lejos de mí, sabía que se alejaba por propia voluntad y que no volvería a menos que yo luchara por tenerlo cerca, donde pudiera verlo y retenerlo. O peor: desaparecería por completo, y yo jamás volvería a encontrarlo.

Una parte de mí había arraigado en él y, al mismo tiempo, una parte de él había arraigado en mí. Y en él seguía esa parte de mí. Lo miraba y no solo lo veía a él: me veía también a mí, veía que se había perdido esa parte de mí. Y, más aún, veía que yo misma, tal como existía en sus ojos cuando me miraba, cuando me quería, tampoco existía ya. Yo no sabía qué hacer con la parte de él que había arraigado en mí. Sentía dos heridas: la herida de tenerlo dentro todavía y la herida de la parte de mí que, dentro de él, me había sido arrancada.

Estuve mirando y fumando una hora larga. ¿Me aburría? ¿No me pareció, al menos un momento, un chico más, un estudiante que jugaba al baloncesto a muchos metros de distancia? ¿O me producía placer reducirlo a eso y convertirlo en alguien inofensivo? ¿O solo ahora se me ocurre que debí de aburrirme, y que mi necesidad de saber dónde estaba era tan fuerte que, con tal de satisfacerla, ni me planteaba si me aburría o no?

Entonces cruzó el aparcamiento y se dirigió hacia mi coche, aparcado en un sitio

por donde tenía que pasar para ir a su casa. Pasó tan cerca que me incliné para llamarlo por la ventana del asiento del copiloto. Miró a su alrededor, sorprendido, cuando lo llamé por segunda vez, se acercó, se rio al verme allí y entró en el coche. El calor de su cuerpo empañó poco a poco los cristales. Me sonrió y me puso la mano en la nuca. Mientras le hablaba y conducía hacia el edificio donde vivía, a medio kilómetro escaso de distancia, me preguntaba exactamente por qué me ponía la mano en la nuca. Entonces retiró la mano de la nuca. Subí con él a su apartamento. Me senté en el filo de la cama y él se sentó en el suelo, apoyado en la pared. Parecía darle vueltas a la posibilidad de acompañarme a la fiesta. Todavía estaba empapado y colorado. Con el sudor pegado al cuerpo, secándose, debía de tener frío. Pensé que estaba esperando que me fuera para ducharse, así que me fui al cabo de un momento.

A Vincent, sentado en el sillón de flores del cuarto de estar, le horroriza la idea de que introduzca en la novela algún elemento sentimental o romántico. Dice que si la novela trata de lo que yo digo que trata, no debería incluir escenas íntimas. Eso lo entiendo. No me gustan las escenas íntimas que he incluido hasta el momento, aunque no sé por qué. Quizá debería averiguar por qué no me gustan, antes de eliminarlas, pero creo que primero las eliminaré y luego investigaré. Por ejemplo, nunca me ha gustado la descripción de mi visita a su apartamento después del partido de baloncesto, y la he ido abreviando cada vez más. Pero no me importa describir lo que pensaba mientras fumaba en el coche.

Da la casualidad de que Vincent está leyendo una novela que incluye el tipo de cosas que espera que yo evite. Son elementos que también en esa novela le parecen fuera de lugar. Me describe cómo la protagonista siente por el protagonista un deseo que llega a resultarle insoportable, y como el hombre accede a satisfacerla, aunque vuelve a abandonarla a las pocas horas. Me temo que a Vincent no le gusta el libro tanto como para seguir leyéndolo.

Pero sospecho que, a su juicio, debería prescindir también de mis sentimientos, o de la mayoría de mis sentimientos. Aunque valora los sentimientos en sí y tiene una importante e intensa variedad de sentimientos, no le interesan especialmente como temas sobre los que debatir en extenso, y de ningún modo acepta que puedan justificar una mala acción. No escribo el libro para que le agrade, por supuesto, pero respeto sus ideas, aunque rocen la intransigencia muchas veces. Sus principios son muy elevados.

Veo ahora que, aunque iba a muchas fiestas, solo describo dos en la novela y, en el caso de la segunda, solo hablo de lo que eché de menos. En este momento, hasta la palabra «fiesta» me parece de otra época, como si perteneciera a la vida de una mujer más joven.

No es que ya no vaya a fiestas. Pero no voy a tantas como para considerarme una persona que va a fiestas. Hace unos días, sin embargo, Vincent y yo fuimos a una. Era

en una universidad cercana, y se celebraba para darle la bienvenida a un nuevo director de departamento. Bastaba ver la invitación para saber que la cosa no prometía nada apasionante, pero por alguna razón que no me explicó, Vincent pensó que debíamos ir. Me dijo que teníamos que confirmar nuestra asistencia y pedirle a la enfermera que se quedara más horas.

Llovía esa noche, como Vincent me repitió varias veces. Dijo que, según las previsiones, iba a hacer más frío y me preguntó qué haríamos, por ejemplo, si al salir de la fiesta encontrábamos la carretera cubierta por una placa de hielo. También me dijo que lo más seguro es que no conociéramos a nadie en la fiesta, pero inmediatamente me nombró a dos conocidos que quizá fueran. Se quejó de que tuviéramos que cambiarnos de ropa, pero como seguía convencido de que debíamos ir, nos cambiamos de ropa. Yo me puse un traje de punto y él se puso una camisa limpia, corbata y una vieja chaqueta de sport, y, bajo la lluvia, salimos de la casa. Llegamos muy tarde.

Pero la fiesta estaba en su apogeo. Había una densa multitud de hombres mayores en trajes oscuros, hombres más jóvenes con pinta de serios y mujeres en traje de cóctel. Solo quedaba sitio cerca del trío de *jazz*. Vincent no parecía conocer a nadie, y si me alejaba unos pasos hacia la mesa de las bebidas o la bandeja de queso y uvas, en cuanto miraba descubría que me había seguido, muy simpático y dispuesto a conversar con cualquiera, con un vaso de plástico lleno de sidra en la mano. Nos quedamos allí un momento, antes de asomarnos a mirar el fuego que ardía en la chimenea de la antecámara, y ver la sala de lectura, en la parte trasera del edificio. Cuando volvimos al salón principal seguía el mismo parloteo, y aún no nos habíamos cruzado con nadie conocido, así que recogimos los abrigos en el vestíbulo y nos dirigimos a la puerta. Cuando nos íbamos, una joven muy amable, con una placa de identificación en el vestido, habló con nosotros unos minutos y nos agradeció la asistencia.

No había bebido, y solo me había comido dos o tres uvas. Camino de casa, Vincent me dijo que se había encontrado con alguien conocido y que habían hablado, pero que el hombre no parecía acordarse de él. Añadió que muy posiblemente algún amigo nuestro se hubiera ido de la fiesta antes de que llegáramos.

Pero lo extraño es que, gracias a la amplitud y belleza de los salones de la vieja universidad, a la comida y la bebida y la música, a la joven de la placa de identificación que con tanta amabilidad nos dio las buenas noches, y, sobre todo, a tanta gente que no paraba de sonreír y de hablar, aunque no con nosotros, aún hoy me dura la sensación de bienvenida, de fiesta, a pesar de que Vincent y yo llegáramos y nos fuéramos sin que apenas lo advirtiera nadie.

Madeleine solía detectar a través de las paredes, desde su parte de la casa, que yo estaba a punto de hacer algo que no debía. Entonces aparecía, se quedaba conmigo,

me hablaba, me contaba cualquier cosa, o me pedía que diéramos un paseo. Dos veces por lo menos fuimos al cine.

Me contó cómo conoció al hombre con el que más tarde viviría en Italia. En aquel tiempo ella estaba con otro, un marino. Limpiaba el casco de un barco que su amante tenía que llevar a Tahití cuando la escoba se le cayó al agua. El italiano, que pasaba por allí, remó, pescó la escoba y se la dio. Pocos días después Madeleine estaba sentada en el muelle, llorando. Su amante le había pegado en la boca. Esa vez también la vio el italiano, y sintió lástima. Vivieron juntos en Cuba y, más tarde, en Italia, con la familia del hombre, y Madeleine tuvo criadas para todo y que incluso le planchaban la ropa. Decía que eso le hacía sentirse incómoda.

Siempre he dado por supuesto que el puerto en el que los barcos fondeaban era el de la ciudad que hay cerca de donde vivíamos, el mismo puerto donde más tarde trabajaría él, empaquetando erizos de mar, pero quizá me equivoque.

Otras amigas también me contaron historias. Ellie me habló de la vida con su marido. El hombre le gustaba, pero, en cuanto aceptó casarse con él, dejó de gustarle. Fueron a una ciudad turística de la costa atlántica y allí le pareció demasiado bajo para ella, mucho más bajo que antes. Después de la boda empezaron las peleas. Ella se ponía hecha una furia, gritaba, y él callaba, angustiado, deseando que terminara la discusión, algo que a Ellie la irritaba aún más. Me contó que se ponían a discutir mientras esperaban a unos amigos para cenar, y que la discusión acababa cuando llegaban los amigos. Fingían que no había pasado nada, aunque Ellie hubiera lanzado queso y galletas saladas a diestro y siniestro, por toda la habitación. Los amigos se iban y el marido creía que la discusión había acabado, pero, en el instante en que salían de la casa, Ellie volvía a empezar.

No es fácil vivir con otra persona, o por lo menos no me parece fácil. Eso me dice lo egoísta que soy. Tampoco me ha sido fácil querer a otra persona, aunque he mejorado en ese aspecto. Ahora soy cariñosa un mes, antes de volverme otra vez egoísta. Antes me preocupaba de investigar qué significa querer a alguien. Copiaba citas de escritores famosos, escritores que, por lo demás, no me interesaban lo más mínimo, como Hippolyte Taine o Alfred de Musset. Por ejemplo, Taine dice que amar es convertir en objetivo de la propia vida la felicidad de otra persona. Yo intentaba aplicar este principio a mis circunstancias. Pero si querer a alguien significaba anteponerlo a mí misma, ¿cómo iba a hacer algo así? Parecía tener tres opciones: dejar de intentar querer a nadie, dejar de ser egoísta, o aprender a querer sin dejar de ser egoísta. Las dos primeras me parecían imposibles, pero pensaba que podía aprender a ser un poco menos egoísta, lo suficiente para querer a alguien, aunque solo fuera a tiempo parcial.

He abierto el sobre que me mandó Ellie, y he visto las fotos. Pasaré algún tiempo antes de que vuelva a verlas, porque no ha sido agradable la impresión. No reconozco

las caras, me resultan desconocidas. No reconozco esos pómulos prominentes. No conozco al dueño de esos rasgos. Y he sido incapaz de mirarlos lo suficiente para familiarizarme con ellos.

Ver las fotografías me ha hecho pensar que aún no sé de verdad que clase de persona era, porque nunca llegué a mirarlo desde fuera. Hacía medio día que nos conocíamos y ya me había acercado tanto a él que no podía mirarlo desde fuera: ya era tarde para mirarlo desde fuera. Me gustaría saber qué pensaría de él ahora.

Retengo en la memoria imágenes tuyas, fragmentos de alguna cosa que dijiste, sensaciones, algunas contradictorias, o porque era una persona inconsistente o por mi estado de ánimo actual: si estoy irritada me parecerá una persona insustancial, cruel y engreída; y si me siento cariñosa e indulgente me parecerá una persona fiel, honrada y sensible. El núcleo ha desaparecido, el original se ha ido, y lo que intento configurar en torno a ese vacío apenas se parece al original. Se me ocurre un ejemplo: en la naturaleza se da el caso de seres vivos que mueren y dejan una cáscara, una vaina, un caparazón, una concha o un trozo de piedra en el que han impreso su forma, algo que se desprende de la criatura y le sobrevive. Ahora que ya no lo reconozco, mi imaginación podría atribuirle sentimientos y pensamientos muy distintos de los tuyos, o, teniendo en cuenta que no me separo de Vincent, quizá esté utilizando los de Vincent. Procuero identificar alguno de esos pensamientos, y descubro uno que solo puede pertenecer a Vincent.

La primera vez que Madeleine y yo fuimos juntas a ver una película cogimos el coche y, varios pueblos al norte, acabamos en un pequeño cine, muy agradable, iluminado acogedoramente en mitad de la oscuridad que lo rodeaba. Vimos una película que nos impresionó, sobre una situación política peligrosa.

La segunda vez que decidimos ir al cine, fuimos a la misma sala. Llegamos demasiado temprano, y vimos el final de la sesión anterior, y luego un cortometraje aburrido, una serie de fotos borrosas y mal iluminadas del pueblo donde estábamos, acompañadas por una música poco apropiada. Cuando la película empezó nos horrorizaron tanto las primeras imágenes, unas figuras pálidas y en toga en unos baños romanos, que nos fuimos.

No me acordé de él en el cine, pero en el coche, por la costa, pasamos por el pueblo donde vivía, y luego, ya en casa, su imagen no dejaba de flotar ante las páginas del libro que estaba leyendo.

Me había prometido leer libros que me ayudaran a olvidar. Pero recuerdo que el libro que leía esa noche era de Henry James. No me explico cómo se me ocurría leer a Henry James en un momento como aquel. Puede que simplemente yo fuera más ambiciosa entonces. Ahora leería cualquier cosa que cuente una buena historia: las tribulaciones de una enfermera en un gran hospital, el testimonio de un misionero inglés que guía a un grupo de niños chinos hasta el río Amarillo a través de las

montañas, las experiencias de una mujer que se cura a sí misma un cáncer en una clínica mexicana, la autobiografía de un maestro de niños maoríes en Nueva Zelanda, la vida de la familia Trapp y sus niños cantores, etcétera. Si quisiera evadirme, quitarme de la cabeza algo doloroso, este es el tipo de libros que hoy elegiría. Pero en aquel tiempo no sabía elegir libros que me distrajeran de verdad: solo libros que dejaban a una parte de mi mente libertad para divagar y apartarse de la lectura, siempre buscando el mismo hueso viejo que roer.

Tenía el libro delante, abierto, y no entendía lo que decía, o si a fuerza de concentrarme en cada frase, de la que debía retener simultáneamente cada uno de sus elementos, llegaba a entenderlo, al momento olvidaba lo que había leído. Se me iba la cabeza a otra cosa, intentaba volver al libro, y terminaba tan cansada de esa lucha, que no recordaba nada de las pocas páginas que había conseguido leer.

Dejaba el libro para pensar en otras cosas, en otra gente que me había perjudicado. Por ejemplo, él no era el único que me debía dinero. Estaba el dueño del periódico de una pequeña ciudad, que me había pagado con cheques sin fondos un trabajo de composición tipográfica, y una pareja de Yuma, Arizona, que le dio un golpe por detrás a mi coche con su caravana en un parque nacional. No se me olvidaba ese dinero, aunque sabía que hay quien considera que las deudas no solo se olvidan con el paso del tiempo, sino que prescriben.

I Pensaba también en una casera que tuve, una mujer dura y sin corazón, propietaria de innumerables fincas urbanas en la zona de la ciudad donde yo vivía y que me siguió cobrando el alquiler, aunque hacía días que había dejado el apartamento. Pensaba en el apartamento destartado que me alquiló, en las habitaciones inmensas y vacías, en la luz de la calle que entraba a raudales por las ventanas sin cortinas, en el ruido de los semáforos de la esquina cuando cambiaban de madrugada, en el retumbar de los camiones y las furgonetas en los baches de la calle bajo mis ventanas, y que la señora se negaba a gastar dinero en el mantenimiento del piso, y en que un día la asesinaron en el garaje. Pienso en las calles por las que pasaba en aquel tiempo camino del trabajo, por la mañana temprano, en cómo abría con mi llave el edificio del periódico, vacío, y me sentaba a componer anuncios y noticias, sola, en un cuartucho sin ventanas de la planta baja.

Los cheques con que me pagaron el trabajo me los devolvían siempre. Los ingresaba en mi cuenta una y otra vez, y hubo varios que no llegaron a abonarme jamás. Pero disponía por aquel entonces de otros ingresos regulares, y de más dinero para vivir del que tuve después. Más tarde, en dos ocasiones, por lo que puedo recordar, me gasté lo poco que me quedaba, sin ningún ingreso a la vista, salvo, una vez, trece dólares que me debía una amiga. Me pagó y no sé lo que hice luego, a no ser que fuera entonces cuando se me presentó la oportunidad de ganar algo de dinero dándoles clases particulares de francés a dos mujeres. Se ofrecieron a ir a mi apartamento, pero yo no quería que vieran el sitio donde vivía, así que, para la primera clase, quedamos en un restaurante, a cierta distancia. Ese día tuve un despiste

bastante raro: supuse que, para llegar a la cita a la una, podía salir de casa a la una. Cuando aparecí en el restaurante, ya no me esperaban y estaban comiéndose un sándwich, con los dedos llenos de mayonesa. No podían coger un lápiz o un papel, ni siquiera podían hablar bien.

En lugar de inventar alguna excusa verosímil, les dije la verdad, que les pareció increíble. Cuando terminaron de comer, no quedaba tiempo para dar la clase, pero, muy amables, se ofrecieron a pagármela de todas formas. A pesar de la vergüenza, acepte el dinero. Hubiera preferido hacer lo contrario, pero se trataba del único dinero con el que podía contar. De las dos mujeres, una dejó las clases poco después, pero la otra, más rica, continuó unos meses.

Volvía a coger el libro y obligaba a mis ojos a mirar la página y leer. Aunque sentía la opresión, la oscuridad que me asfixiaba, me negaba a aceptarla, a dedicarle un solo pensamiento, y la mantenía a un metro de mí. Línea a línea, obligaba a mis ojos a seguir la página y, a fuerza de atención, empezaba a captar la historia, aunque darle forma a aquella masa de palabras exigiera toda mi energía, toda mi capacidad de concentración.

Poco a poco, como si las páginas que iba pasando crearan un escudo entre mi dolor y yo, o como si los cuatro lados de una página se convirtieran en las cuatro paredes de un refugio, un lugar de descanso que la narración me reservaba, empecé a demorarme en el libro sin tanto esfuerzo, hasta que lo que me contaba llegó a parecerme algo más real que mi dolor. Aunque todavía agarrotada y abrumada por el dolor, ahora, cuando leía, mi infelicidad y el placer del relato se equilibraban. Y en el momento en que ese equilibrio me parecía firme, apagaba la luz y me dormía plácidamente.

Me despertaba a medias antes del amanecer. En realidad, seguía dormida, pero abría los ojos y creía estar despierta. Estaba en mi lado de la cama. Frente a mí, más allá de la sábana, fuera de la cama, veía su cara, casi en la pared. Extendía el brazo derecho todo lo que podía, alargaba la mano para tocarle la cara. La cara se desvanecía, y solo quedaba la pared. Entonces el dolor que me había esforzado en dominar volvía con una violencia inesperada, y las lágrimas brotaban tan de repente que no parecían depender del dolor, ni siquiera de mí. Llenaban mis ojos, se derramaban, corrían como cuentas de cristal antes de que pudiera cerrar los párpados. Yo seguía echada en la cama, impasible, demasiado sorprendida para moverme, y las lágrimas se estancaban en los huecos de mi cara.

En aquellas semanas todos los días giraban en torno a lo mismo: la cuestión de si lo vería o no, a él o a su coche. Una mañana llegué al aparcamiento de la universidad delante de él, y me vio y dejó el coche al lado del mío. Hablamos. Lo vi echar dinero en el parquímetro y recuerdo que lo imité. El ritmo de la conversación fue entrecortado, intermitente. Decía algo y yo respondía sin pensar, tan distraída que

apenas podía registrar sus palabras. Al momento respondía por segunda vez con más cuidado. Él reaccionaba igual. Fuimos juntos desde el aparcamiento a los pabellones de la universidad.

Horas más tarde, cuando volví a coger el coche, estaba segura de que ya se habría ido. Se había ido. Su plaza la ocupaba un coche que yo no había visto nunca, uno que no me interesaba lo más mínimo y me pareció feo, porque era pequeño, oscuro y nuevo, en vez de grande, blanco y viejo, e incluso desagradable, porque no me concernía en absoluto y pertenecía a otra vida que, como el coche, debía de ser pequeña y limpia.

Se había ido sin dejarme una nota, una palabra. Había estado conmigo, nuestros coches habían estado aparcados juntos una hora o más, y ahora él se había ido y yo no sabía dónde estaba. Lo único que tenía en ese momento, aunque se tratara de una información para mí valiosa, era que iba a la universidad todos los miércoles por la mañana.

Si no volvía a encontrarme con él, por lo menos lo vería de lejos. Estaría en la gasolinera, o iría a coger el coche, aparcado a la sombra de las casas, o doblaría la esquina, conduciendo muy derecho, solo o con su novia. O creería ver su coche y lo seguiría por el pueblo o por el campus universitario, y puede que fuera su coche y puede que no. Una vez vi un coche viejo, blanco, del mismo modelo que el suyo, frente al supermercado, pero con distinta matrícula. Mientras compraba, me repetía el número, intentando memorizarlo: pensé en la posibilidad de aprenderme el número de matrícula de todos los coches blancos y viejos de ese modelo que hubiera en el pueblo. Pero cuando salí, el coche se había ido. Todo lo que sabía es que había en el pueblo tres coches iguales que el suyo: una matrícula empezaba por C, otra por E y otra por T.

Esa noche salí a cenar con unos amigos, y lo vi de lejos. Andaba bajo una lluvia ligera hacia la estación de servicio y llevaba una chaqueta vaquera azul. En cuanto llegamos al restaurante chino fui a la cabina telefónica que había junto a los servicios y llamé a la gasolinera. Una voz amable, de hombre, cogió el teléfono y me dijo que había acabado su turno y que no hacía ni cinco minutos que se había ido. Me quedé junto al teléfono un rato. La cabina, ese mínimo espacio privado en el interior de otro espacio más grande, público, estaba más cerca de él en ese momento que cualquier otro punto del restaurante, porque a veces, si tenía suerte, y aunque me encontrara en un lugar público y lejos de él, podía sentirlo tan próximo que percibía su voz en mi oído, su vocecilla llegándome al oído a través de un hilo, como una cara en el interior de mi cabeza.

Más tarde, camino de casa, pasé por la gasolinera y estaba cerrada, con los surtidores a oscuras bajo la marquesina, pero los fluorescentes iluminaban la oficina vacía y la papelera llena de basura. Conduje un rato por las calles de su pueblo y seguí hacia mi casa por la carretera de la costa. Aunque me había prometido no buscarlo nunca más, cuando llegué a mi pueblo doblé a la derecha en vez de a la

izquierda, bajé hasta la estación y luego callejeé un rato a poca velocidad. Había visto por aquellos parajes un coche blanco y viejo como el suyo el día antes y no había podido parar, y allí estaba el coche, en el mismo sitio. Lo pasé en dirección contraria, giré ciento ochenta grados y me acerqué despacio. El número de matrícula no me parecía el de su coche, pero para asegurarme, como si el hecho de comprobarlo con mayor atención pudiera revelarme por fin que era el suyo, di la vuelta en el camino de entrada a una casa, invadí el carril contrario y me dirigí de frente hacia el coche, con los faros encendidos. No era su coche.

Después de errar por el pueblo sin encontrarlo me sentí desanimada, y luego apática, mientras miraba a través de las ventanas de las casas por las que pasaba, y en casi todas veía el resplandor azulado y blanco de una pantalla de televisión.

Cuando llegué a casa, las ramas inhóspitas de los árboles de jade me salieron al paso en el camino de ladrillo, arremetían contra mí aunque las apartaba, y las hojas carnosas y bien alimentadas, como de goma, agresivas, parecían animales en la oscuridad. Una luna blanca pendía del cielo negro, entre el jirón blanco de una nube y tres estrellas, e iluminaba la terraza, donde me quedé un rato, de pie, mirándola. Bajo el alero de la terraza, las sombras eran muy negras.

Ya en la casa, Madeleine me preguntó si era capaz de adivinar lo que había sucedido hacía un momento. Esperé. Me dijo que él había estado en la casa. El perro había ladrado y Madeleine salió y se lo encontró fuera. Había subido la colina andando. Estuvieron hablando cinco minutos. Luego Madeleine vio el coche aparcado delante de la tienda de comestibles. Pensaba que se le había roto el coche y que había subido a pedirme ayuda. «Seguro que quiere que le prestes el coche», dijo.

Me había imaginado muchas veces una visita así, incluyendo los ladridos del perro. Ya había sucedido. Pero mientras sucedía, yo estaba cerca de la estación, dando vueltas alrededor de un coche blanco y viejo que no era el suyo.

Llegué a pensar que, si él se negaba a volver conmigo, y yo, contra su voluntad, salía a buscarlo solo por las ganas de verlo, olerlo y oír su voz, entonces lo convertía en algo inferior a un ser humano, lo volvía algo tan pasivo como cualquier otra cosa que se me pudiera apetecer, como cualquier cosa que quisiera consumir: comida, bebida, un libro.

Pero cuando salía en su busca, el ser pasivo era yo, más pasiva que si no hubiera hecho nada, porque lo que quería era volver a ponerme en sus manos, ser una cosa de la que él se ocuparía. No hacer nada hubiera sido ser lo más activa posible, pero eso me resultaba imposible.

Sentía que incluso mis ojos guardaban un lugar para su imagen, para su cuerpo, que los músculos de mis ojos habían adquirido el hábito de contraerse lo necesario para captar su forma, y que sufrían por no tenerla ante ellos.

El día que invité a Laurie a cenar y le dije que se trajera la flauta, lo llamé, pero no

cogió el teléfono. Anocheceía y empezaba a llover. Salí, aunque llovía, y bajé a pie al centro del pueblo, mirando los coches, y entonces, ya de vuelta, vi pasar el suyo, o eso creí, con dos personas dentro. Lo miré: desapareció en un instante. No podía asegurar que fuera su coche. Pasé por la casa para ver si había llegado Laurie, pero, como todavía no estaba, seguí hacia el supermercado. Si encontraba el coche en el aparcamiento, no entraría a buscarlo. Lo único que quería era saber dónde estaba. Caminaba por el centro de la carretera. Cuando casi había alcanzado el final, una furgoneta surgió de repente ante mí y me deslumbró con los faros. Caí dando un traspies en una zanja, y esperé a que pasara el vehículo. Trepé para salir de la cuneta. Me vi plantada allí, con mi impermeable y mis botas de agua, haciendo lo que estaba haciendo, una mujer de mi edad: cualquier cosa, dando bandazos de noche, bajo la lluvia, menos una persona que otra cosa, un perro, por ejemplo.

Seguí por el centro de otra carretera, una carretera más ancha y muy empinada que bajaba desde la cima de la colina hasta el parque que bordeaba el mar, y volví a detenerme, desorientada, mirando a un lado y a otro. Vigilaba el aparcamiento del supermercado, al fondo de la cuesta, donde pensaba dejar de buscar el coche. No estaba allí.

Sabía que a veces compraba en ese supermercado. Allí lo había visto Madeleine, hacía unas semanas. No parecía tan contento como de costumbre, sino más bien preocupado, me dijo. Madeleine creyó que se iba a parar a charlar, pero siguió de largo, a la sección de la carne. Iba con su novia. Madeleine me dijo: «Ella parece muy joven, diecisiete años más o menos. Muy joven. Agradable. Sí, bastante guapa». Yo todavía no la había visto entonces.

Solo la vi dos veces, creo: una vez a través del cristal mojado de la ventana, al fondo del cuarto, y otra cuando Ellie y yo salíamos del cine. Estábamos en una zona del pueblo bastante siniestra, donde abundaban los solares vacíos, saliendo de lo que ahora me parece el inmenso aparcamiento de una sala de cine inmensa, pasamos una larga fila de siluetas oscuras y encogidas que esperaban a la siguiente sesión, cuando Ellie, asomada a la ventanilla mientras yo me concentraba en conducir, lo vio y me lo señaló con el dedo, en la fila, con su novia y con otra mujer, una estudiante, compañera de la universidad, tan alta que la novia y él tenían que forzar el cuello y levantar la cabeza para mirarla, tres seres oscuros y diminutos en aquel paisaje blanco e inhabitable.

Quizá no fueran tan pequeños como los recuerdo: se han ido empequeñeciendo en la memoria, y todo ha ido creciendo y creciendo conforme pasaba el tiempo.

¿Por qué le pregunté a Madeleine si ella era guapa? ¿Qué importaba? ¿Ser guapa era una forma de brujería?

Pero yo también quería estar lo más guapa posible, por si él me veía, como si eso importara, a pesar de que siempre me había aceptado tal como era, incluso cansada, con arrugas. Pero no era todo lo guapa que podía. Llevaba el pelo demasiado corto, parecía más vieja de lo que era, estaba hundida, la ropa me quedaba grande. Me

pasaba el día en la casa, sin salir, y estaba pálida, como las cosas que nunca se exponen a la luz. O, cuando me miraba al espejo por la mañana, como si mirara el estado del cielo o el periódico, descubría que no estaba pálida, sino amarilla y naranja, y a veces rosa, con manchas, y los ojos se me habían achicado.

No tenía tiempo de buscarlo por todas partes, de un extremo a otro del pueblo. Alguna vez lo hacía. A veces llegaba a una punta del pueblo y me imaginaba que él estaba en la otra, y volvía a la otra y me imaginaba que estaba en el sitio del que yo acababa de llegar. Puesto que el tiempo pasaba mientras yo iba de un extremo a otro, siempre era posible que él hubiera llegado a un sitio mientras yo estaba en otro.

De vuelta a casa oí parar un coche en la calle y el ruido del cerrojo de la verja. Era Laurie, que no sospechaba lo poco que le incumbía lo que pasaba en la casa y en mi interior. Debía de creer que en ese momento empezaba una velada agradable en la que cenaría bien, disfrutaría de una buena conversación y tocaría varias piezas musicales, y pensaría que yo esperaba con impaciencia aquella noche. Muy sonriente, se lanzó a hablar enseguida. Pero yo tenía una nube delante de los ojos, y me costaba seguir lo que decía. Otros asuntos ocupaban mi cerebro, me oprimían las paredes del cráneo, y apenas quedaba espacio para las palabras de Laurie, y menos aún para que a mí se me ocurriera algún tipo de respuesta. Y, a la vez que intentaba escucharla y pensar qué responderle, preparaba la cena para las dos.

A Ellie le hubiera dicho que me sentía mal, algo que no podía decirle a Laurie, siempre ansiosa de oír un chisme. Le encantaban las desgracias ajenas, que le hacían sentirse una persona con suerte. Le encantaba ver gorda a la gente, o fea, porque así ella se sentía delgada y guapa, aunque ya era lo bastante guapa y delgada como para necesitar ese consuelo. Le encantaba ver sola a la gente, para sentirse a salvo de la soledad.

Había dejado de llover, así que sacamos la mesa a la galería y comimos allí, aunque había poca luz. Algo alumbraban las velas que ardían en la mesa y las bombillas de la galería, pero casi no veíamos la comida. No había cometido errores irremediables en el plato principal de la cena, pero le había echado tanta sal a la ensalada que era prácticamente incomestible. Laurie dijo que estaba buena.

Laurie había comprado una caja de pasteles para el postre. Madeleine salió a saludarnos, y la invité a coger un pastel. Cogió uno y se lo comió de pie, un poco apartada, a la sombra de los arbustos que crecían junto a la cristalera de la galena. Antes de volver a sus habitaciones le soltó a Laurie unas cuantas palabras de doble filo, que no creo que Laurie llegara a percibir, fundamentalmente porque Laurie no consideraba a Madeleine una persona digna de ser oída con demasiada atención. Yo sabía que más tarde Madeleine se reiría de Laurie, pues era el tipo de mujer cuya conducta y naturaleza a Madeleine le parecían despreciables: el tipo de inteligencia locuaz, el coqueteo compulsivo, la curiosidad malsana, la ausencia de compasión. Laurie tenía otras cualidades, mejores, pero era difícil que las exhibiera en presencia de Madeleine.

También sabía que, mientras Madeleine rumiara sentada en su cuarto el desagrado que Laurie le provocaba, sin el menor signo de afecto y simpatía en la cara, que otras veces no expresaba tanto sarcasmo e ironía, Laurie también pensaría en Madeleine, y experimentaría la agradable sensación de sentirse afortunada en comparación con Madeleine, sola, rara, tan seria, con aquel traje indio descolorido y pasado de moda, y el olor a ajo y a ropa vieja, y su pobreza.

Cuando Laurie se fue, hacía horas de mi vagabundeo bajo la lluvia, y esas horas se interponían como una barrera protectora entre lo que había sentido y pensado antes y yo.

Dediqué la mañana siguiente a escribirle con mucho trabajo una larga carta. Paré, no porque hubiera acabado, sino porque, cuanto más me empeñaba en escribir, más desesperada me sentía, hasta que por fin la desesperación me pesó tanto que no pude seguir: qué poco convincentes parecían esas letras menudas y apretadas que invadían páginas y páginas, balbuceantes, dando explicaciones, razonando, quejándose, señalando inconsistencias lógicas, describiendo, intentando convencer, etcétera.

Ahora me doy cuenta de que Laurie debía ser la «L. H.» con la que comí el día en que el muy zorro apareció entre profesores y alumnos en el café del campus universitario.

Esa noche, ya tarde, cuando todo estaba en silencio, no solo oía el batir de las olas en la playa, sino también voces que de pronto me rodeaban: primero los maullidos de la gata, casi gritos articulados, y luego el perro, que se despertaba y gruñía en sueños, y, si estaba leyendo, oía las palabras del libro. Si me sentía irritada sonaban mezzas, maliciosas o quejumbrosas, línea tras línea, extendiéndose a lo largo de la página.

Intentaba dormirme y me echaba de lado, con las rodillas juntas y las manos, palma contra palma, entre los muslos. O me acostaba boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho y un pie apoyado en el otro. Era necesario que los miembros se tocaran en posición simétrica, que todo mantuviera el mayor contacto posible, sentir la unión de las distintas partes, entre sí y con el colchón. Si me quedaba quieta mucho rato mi cuerpo parecía fundirse con el colchón, de manera que apenas subsistía una cabeza sobre la almohada, los ojos que parpadeaban, un cerebro dentro de la cabeza.

A veces solo llegaba a dormirme sentada, apoyada en el cabezal y en dos almohadas. Tosía menos en esa postura y combatía mejor la angustia y las molestias que se concentraban en mi pecho. No era la postura de una persona que duerme y, si dejaba la luz encendida, me asemejaba más a una persona despierta, un estado más cómodo, porque me permitía controlar mejor la situación.

Aprendía a despertarme tan pronto como empezaba a quedarme dormida, y a regañarme cuando iba a soñar: es un sueño, me decía la conciencia, y me despertaba para volver a dormirme mejor. A veces la mente se negaba a dejar de funcionar.

O me caía el sueño encima, de golpe, hasta el último rincón de mi cuerpo, y mi mente lo advertía, asombrada, y me despertaba. O un ruido inesperado me despertaba, y el corazón me latía con fuerza, y me invadía la rabia, y la mente volvía a funcionar a toda velocidad.

A media noche la gata, fuera, maullaba en plena cacería, se subía por la mosquitera y escalaba y arañaba la malla con un ruido insoportable. O un coche parado en la esquina con el motor en marcha me abría los ojos de par en par. O seguía acostada, a la escucha, o, de rodillas en la cama, me asomaba a la ventana. El coche seguía su camino, y yo volvía a tumbarme. Aunque los cerraba, mis ojos seguían abiertos detrás de los párpados, fijos en la oscuridad.

Encender la luz, a pesar de que su intensidad me resultara dolorosa, y escribir lo que pensaba en ese momento, podía bastarme. O leía, o me levantaba a calentarme un vaso de leche o a prepararme un té, que me llevaba a la cama. Quizá no fuera la bebida lo que me daba alivio, sino el gesto de cuidar de mí misma como una madre o una enfermera.

Pero había noches en que mi mente renunciaba a vigilarme y corregirme, y mis pensamientos se volvían ilógicos, se transformaban en sueños, y sentía que mi mente ansiaba cambiar el ser de las cosas, convertirlas en otras, al acecho de que me abandonara y perdiera el control.

Mientras me quedaba dormida él aparecía en escena y me despertaba, o su imagen se confundía con otras imágenes y acababa convirtiéndose en un sueño. En un sueño me decía: «Nunca había tenido una amante como tú».

Y entonces se iba, a trabajar en un café, o eso me contaba. Yo lo seguía hasta el café, porque, como siempre, tenía que decirle algo más. Pero, en el café, lo veía al volante de un coche negro, pequeño, en el que viajaba más gente, incluida, en el asiento trasero, una mujer minúscula. Otra vez me sentía traicionada porque me había mentido y porque estaba con alguien que no era yo. Se bajó del coche y entró en el aseo de hombres. No lo seguí. Me metí en una cabina telefónica. Pero no le llamé.

Dormida, mi impotencia ante él era aún mayor. A veces, sin embargo, me servía de consuelo estar cerca de él así, de noche, aunque solo fuera en sueños. Una vez, en el comedor de alguna institución, se acercó adonde yo estaba. Había cambiado: tenía arrugas en la cara, más delgada, muy seria. Lo único que me importaba es que había vuelto. Era un paso irreversible que ponía fin a mis fantasías, a muchas cosas. Era tan definitivo que ni siquiera tuvimos que hablar: yo sabía que ahora nos casaríamos. Se lo dije a mi madre, que se llevó una sorpresa, no porque estuviera a punto de volver a casarme, como era el caso, sino porque, cuando le hablé de él, lo confundió con otro, un negro muy conocido en el mundo del espectáculo. Por la mañana me quedé en la cama, como si no quisiera salir del largo sueño que aún descansaba entre las sábanas.

Todo lo que recuerdo de otro sueño es que su vulgaridad no me molestaba, aunque no sé qué gesto suyo me había parecido vulgar. En otro, mi madre, vieja y no muy bien de salud, aunque todavía animada e independiente, necesitaba a una

persona que le hiciera compañía. Me decía, avergonzada, que él había aceptado ir con ella a Noruega, siempre que la universidad le pagara dos veces el importe de no sé qué beca.

Otra noche, leyendo a Freud, le aplicaba a él todo lo que leía. Me había prestado tres libros que no le había devuelto. Tampoco le había devuelto una manta verde que se trajo una noche que hacía mucho frío. En ese momento yo me tapaba con esa manta, y tenía a mano dos de sus libros mientras leía el tercero. Lo que leía, trataba del olvido. Leía que, para quien olvida, olvidar era una excusa válida, pero no para los demás. Los demás decían: «No lo ha hecho porque no ha querido. No le importa lo más mínimo». Freud le llama a eso «voluntad contraria». Me decía que él se olvidaba de todo lo que no le afectaba en el momento. Pero eso no era exactamente verdad, ni justo. Si quería, sin embargo, era capaz de olvidarlo todo, en particular todo lo que le resultaba desagradable, por ejemplo, antiguos acreedores, antiguas amantes y otros individuos irritables con los que se había cruzado en la vida.

Apagaba la luz y, en la cama, a oscuras, relajada y tranquila, evocaba su imagen por el placer de verlo y disfrutar de su compañía, aunque me sentía tan cansada que no imaginaba más: solo su imagen, bien iluminada, en una pared. Allí lo tenía, aunque parecía de mal humor y, cuando empezaba a dormirme, por decisión propia se daba la vuelta, se iba, dejaba de verlo, como si hubiera abandonado el escenario para desaparecer entre bastidores. Me quedaba helada. Me despertaba para pensar en lo que había pasado: lo había hecho aparecer, pero, demasiado débil para retener su imagen, había perdido el control de la situación. Aunque solo fuera una imagen, tenía sus propios sentimientos, y aparecía contra su voluntad, y en cuanto mi debilidad era tanta que no podía retenerlo, huía de mi vista.

Sigo teniendo problemas para dormir. Siempre me falta un poco de sueño. Si durmiera más, recuperaría el buen color, y no me costaría tanto concentrarme en una idea, o en dos a la vez, y no me sentiría siempre mal. Pero es complicado: si duermo demasiado una noche, a la siguiente no estoy lo suficientemente cansada para dormir bien: o no puedo conciliar el sueño, o me despierto a medianoche y empiezo a darles vueltas a mis preocupaciones. Así que le temo a dormir demasiado, y prefiero dormir menos para dormir profundamente después.

Hay noches en que los nervios no me dejan dormir, porque tengo previsto hacer algún cambio: si no afecta a las comidas, que deberían ceñirse a la dieta de los pueblos cazadores y recolectores, afecta a la casa, que debería incluir la menor cantidad de plástico posible, y la mayor de madera, arcilla, piedra, algodón y lana; o a las costumbres de los vecinos del pueblo, que no deberían cortar los árboles de sus jardines ni quemar hojas o basura; o a la administración municipal, que debería crear más parques y construir aceras en los caminos para animar a la gente a andar, etcétera. Me pregunto cómo podría contribuir a la supervivencia de las granjas de la

localidad. Pienso que deberíamos criar un cerdo en la casa para que se comiera las sobras de la comida, y que el Hogar del Pensionista también debería criar un cerdo, teniendo en cuenta la cantidad de comida que se tira si no se la comen los ancianos, como he visto tantas veces cuando recojo después del almuerzo al padre de Vincent. El cerdo se alimentaría de sobras hasta la Navidad, y entonces se organizaría para los ancianos de la ciudad un banquete. En la primavera se compraría un cerdito nuevo que divertiría a los ancianos con sus travesuras.

Ahora, en todo caso, mis noches son poco tranquilas, pues el padre de Vincent ha tomado la costumbre de levantarse a cualquier hora. Deambula por los pasillos, anda tan despacio que apenas hace ruido, y cada vez que oigo crujir la madera del suelo y me levanto, me llevo un susto cuando me lo encuentro, casi inmóvil, a la luz fantasmal de la farola de la calle y de los faros de los coches que pasan, pálido, con el camisón blanco y las manos deformes extendidas para mantener el equilibrio, oliendo a viejo y sonriendo con bastante amabilidad.

Y, al día siguiente, o porque estoy demasiado cansada, o quizá porque algo ha influido en mi estado de ánimo, cuando me siento a trabajar veo de reojo ratones que corren por la habitación, pero si me vuelvo a mirar, solo son los agujeros que dejan los nudos en la madera del suelo.

Cansada, quiero descifrar una palabra que acabo de escribir, y no estoy segura de qué palabra se trata. Al mismo tiempo, oigo una voz en mi interior. Es mi propia voz que pronuncia la palabra con una insistencia extraña, aunque mis ojos sigan sin saber qué palabra es.

Otros días mi mano se obstina en teclear un punto después de una palabra, intentando cerrar una frase antes de que yo haya terminado, como si mi mano quisiera impedirme decir lo que quiero decir.

El viejo se levanta de noche, pero de día duerme cada vez más. Incluso cuando está despierto se sienta en un rincón sin armar ruido y con la mirada perdida. Su compañía es apacible, como la de una vaca. De hecho, como una vaca, rumia con la mirada perdida. Pero no hace tanto que se alteraba cuando llegaba una visita a la casa, y se levantaba, apoyándose en el andador. Si se le preguntaba por la salud, hablaba del comunismo.

Últimamente he tenido problemas con el sueño por problemas de tiempo y de dinero. Pensaba terminar en el plazo de un año este libro, aunque de vez en cuando tuviera que abandonarlo para hacer una traducción. Lo abandoné para traducir un relato muy difícil de un escritor francés del siglo XVIII de quien ni siquiera había oído hablar, una tontería a propósito de una cita amorosa en una villa de verano. Pero el cambio fue una alegría, porque en el nuevo trabajo las decisiones más importantes ya las había tomado alguien que no era yo. Volví a dejar mi novela para traducir otro relato del siglo XVIII, y luego un tercero. Entonces me di cuenta de que tampoco aquello suponía una solución satisfactoria, pues el año se me iba y nunca encontraba tiempo para trabajar en la novela. Tenía que inventar otra cosa. Así que firmé un

contrato para otro proyecto más ambicioso, cobré un buen adelanto y, en lugar de comenzar el trabajo, seguí escribiendo mi novela. Me gustara o no, pronto me vi otra vez traduciendo.

A causa de las preocupaciones, empezó a molestarme el estómago. Me fastidiaba, pero seguí sin cuidarme. Tres o cuatro tazas de café no podían faltarme por la mañana, aunque supiera que me hacían daño. No comía ni fruta ni verduras, solo pan blanco y galletas. Mi salud se resentía.

Quizá intentaba sabotear mi propia novela en el momento en que vislumbraba el final, para, si no era capaz de terminarla, contar con buenas excusas: un resfriado durante las vacaciones, que empeoró hasta degenerar en un caso leve de neumonía; dos costillas rotas por toser con demasiada fuerza; además de lo que parecía una grave intoxicación alimentaria y resultó una gripe intestinal. No se me quitaba la gripe, que acabó convirtiéndose en asco por la comida, pero cuando me di cuenta de que yo misma era el origen de mis problemas intestinales, mejoré y volví a coger un resfriado terrible y una sinusitis.

El otro día se me ocurrió una tontería mientras me miraba al espejo. Había abandonado un momento el trabajo para ir al cuarto de baño. Pensé que, hace años, cuando comencé a escribir esta novela, yo parecía más una traductora que una novelista. Ahora hay días en que creo que empiezo a parecer una novelista. Mirándome al espejo me dije: Puede que mientras no parezca alguien que ha escrito una novela, tenga que seguir trabajando en esta, y que cuando por fin parezca alguien capaz de escribir una novela, la termine.

Si la termino, será una sorpresa. Lleva tanto tiempo inacabada que me he acostumbrado a que me acompañe así, inacabada, y es probable que siempre encuentre pretextos para aplazar el final. O que me sienta demasiado cansada para seguir adelante. Pero, si sigo adelante, sé que llegaré a un punto en el que, por distintas razones, ya no podré cambiar nada, ni siquiera lo que habría que cambiar.

Durante mucho tiempo me he dicho que tenía que escribir la novela, aunque no resultara tal como yo quería, y que tenía que volcarme en ella todo lo que pudiera. Ahora, si la termino, no sé si quedaré satisfecha. Sé que sentiré alivio, pero no sé si sentiré alivio por haber contado la historia o simplemente por haber concluido el trabajo.

No me está saliendo como pensaba. No sé hasta qué punto controlo en realidad lo que escribo. Al principio creía tener capacidad de decisión sobre cada uno de los elementos del libro, algo que me abrumaba, porque las decisiones posibles se me antojaban demasiadas, pero entonces probé determinadas soluciones que no funcionaron porque, al fin y al cabo, solo había una opción: muchas partes de la historia se negaban a ser contadas o exigían ser contadas solo de una manera.

Por ejemplo, me preguntaba si el vocabulario que debía usar era el que estaba usando, o si no debería esforzarme un poco más y recurrir a otro distinto, más amplio. Se me ocurrió que debería leer el diccionario para recordar palabras que había

olvidado. Es verdad que hay palabras que yo no utilizaría nunca. Una mujer me dijo una vez en un arrebato de pasión que le gustaría que se extendiera el uso del verbo *to vex* [fastidiar, contrariar, afligir]. Decía que solo parecían usarlo los ingleses. Hubiera querido estar de acuerdo, pero la palabra no me gustaba tanto como a ella, aunque podría usarla en una traducción.

Pero ahora sospecho que tampoco tengo demasiada capacidad de elección sobre mi vocabulario, ni sobre nada, y que la novela debía tener exactamente la extensión que tiene, rechazar exactamente lo rechazado, incluir exactamente lo que incluye, modificar los hechos que modifica, admitir las descripciones que admite, ser precisa aquí y vaga allí, literal allí y metafórica aquí, recurrir aquí a frases completas y allí a frases incompletas, admitir una elipsis aquí pero allí no, coloquialismos aquí pero allí no, etcétera.

Dos poetas ingleses invitados a leer su obra en la universidad se quedaron con nosotras unos días, y Madeleine y yo mantuvimos largas conversaciones sobre los preparativos pertinentes, como dos hermanas solteras que no tienen la costumbre de recibir a hombres en su casa.

Uno era joven, el otro viejo, con barba blanca y barriga. Durmieron en las camas gemelas del cuarto de invitados. Por la tarde ensayaron en la terraza la lectura de poemas.

Huéspedes atentos, arreglaron la casa y dejaron las tazas de café lavadas y boca abajo en la encimera de la cocina, que limpiaron también. Eran educados, no dejaban de sonreír y de vez en cuando se les escapaba una risilla: el más joven, de párpados pesados y más lento, sentado en la cocina, en un taburete, y el viejo, más activo, de pie, con la barriga por delante, con las manos vacías o sosteniendo la taza. Cuando se fueron, en el lavabo encontré pelos cortos y plateados que se me pegaban a los pantalones negros.

Los poetas ingleses leyeron en una sala en la que la pared que tenían a su espalda era una cristalera. Yo miraba, a través de ese cristal, un patinillo mal iluminado y limitado por un muro de ladrillo en el que habían pintado el retrato de un barbudo líder político. Por encima del muro surgía la penumbra del bosque de eucaliptos que cubría el campus. Los dos poetas leyeron juntos el primer poema, una sucesión de sonidos sin sentido: hacían, con palabras rotas y sílabas sueltas, algo a lo que podría llamarse música. Y como esos sonidos no significaban nada no impidieron que mi mente atravesara la pared de cristal, buscándole a él, escrutando la oscuridad en su busca, volando más allá de la luz mortecina del patio, lejos, hacia donde él estuviera. Pero, puesto que no sabía dónde se encontraba, lo situaba en toda aquella oscuridad inmensa: él la colmaba, como si mi voluntad lo hiciera tan inmenso que llenaba la oscuridad y la noche.

El poeta más joven se sentó y el más viejo continuó con otro poema en el que sí

se utilizaban palabras. A una palabra con sentido siguió inmediatamente otra. Esas palabras se usaban del mismo modo que las sílabas desprovistas de significado, y quizá la intención del autor fuera que las palabras perdieran su sentido. Pero para mí no lo perdían, y cada nombre de cosa me remitía a una imagen, y cada imagen me sugería un lugar en el que podría estar en ese momento, distinto del lugar donde estaba. Si el poeta pronunciaba, con su acento inglés, a través de sus dientecillos amarillentos y sobre su barba blanca, la palabra «hedge» [seto], inmediatamente seguida por la palabra «wall» [muro], me encontraba en Inglaterra, en verano, al pie de un muro y un seto, y el seto olía bien, y tenía una elegancia silvestre, y el muro era de grandes piedras irregulares, y el sol lo calentaba. Yo quería más palabras, pero el poeta renunció a las palabras para, durante un buen rato, pronunciar solo sílabas sin sentido.

Esa noche, en la cama, cuando apagué la luz, seguí invocando imágenes del libro que había estado leyendo. Quería ver si podía seguir interponiendo cosas entre mis pensamientos y yo. Del libro que estaba leyendo saqué una mesa de roble, una alacena, una despensa apenas iluminada, unas galletas grises de alforfón, una salsa negra y agridulce, un porche, los regueros de lluvia del alero del porche, y los pinchos de las flores púrpura del desierto. La inocencia misma de esas cosas, de la comida, de las partes de la casa, de la luz de la casa, me ayudaban a luchar contra él. Allí, acostada, con el brazo fuera de la cama para recibir la corriente de aire fresco que llegaba a través del suelo, pensaba en otras cosas, cosas que me eran cercanas, carreteras que bajaban al mar, laderas y llanos, una explanada entre el mar y el desierto, bancos de arena con la marea baja, el ir y venir de las figuras minúsculas que se ven desde lo alto del acantilado. Oía el tic-tac del reloj, el ruido brutal de los coches que bajaban a toda velocidad la carretera y el apagado bramar del océano.

Pero el ruido del océano era desagradable. Y desagradable era el ruido del tren que pasaba, igual al del océano, pero más potente e insistente, más prolongado, con un principio y un fin. Todos los ruidos nocturnos eran desagradables, y sugerían las mismas asociaciones. Me veía en un sitio peligroso, y cuando intentaba volver a lugar seguro, cuando intentaba recuperar alguna imagen de Inglaterra, otra vez se imponía el ruido del océano, ahora tan aplastante y tenebroso que el seto y el muro perdían consistencia, adelgazaban, hasta que no podía retenerlos más y se desvanecían.

A veces, de noche, cuando había terminado todo lo que tenía que hacer, cuando Madeleine ya se había ido a sus habitaciones, y la actividad que me rodeaba, cerca y a kilómetros de distancia, empezaba a disminuir, cuando el silencio crecía y caía sobre la ciudad, cuando la oscuridad parecía extenderse hacia zonas cada vez más amplias, concediéndome todo el espacio que me era necesario, me sentaba a mi mesa de jugar a las cartas, en mi silla metálica, o me echaba en la cama con varias almohadas en la espalda, y escribía sobre él. Ponía por escrito todo lo que guardaba

alguna relación con él, incluyendo las veces que me parecía verlo en la calle o le buscaba sin encontrarlo. Ponía por escrito no solo lo que pasaba y lo que no pasaba, sino todo lo que pensaba sobre él. Todo guardaba alguna posible relación con él. Y si la relación no existía, su ausencia le hacía aún más presente en la situación en la que no había participado. Ponía por escrito todo lo que recordaba de él, aunque no siempre recordaba todo en orden, o me daba cuenta de que me equivocaba en algo, o de que había algo que se me escapaba o no entendía, y volvía a revisarlo todo. Alguna vez me dormía y seguía escribiendo en sueños, escribía hasta el más mínimo detalle: nada sucedía sin que yo lo escribiera.

Puesto que él no iba a hacer lo que yo quería, me dedicaba a lo que podía hacer sin él. Había escrito algo sobre él cuando todavía estaba conmigo, sobre las cosas que me sorprendían. La sorpresa seguía empujándome a escribir, pero ahora me limitaba a escribir sobre él. No sabía si escribía tanto sobre él porque había superado el dolor, o si escribía para intentar superarlo. No distinguía entre lo que escribía por rabia y lo que escribía por amor. No sabía si la rabia era en realidad mucho más grande que el amor, y el amor solo suponía una mínima parte de mi pasión, tan intensa.

Primero fue la rabia, luego una pesadumbre cada vez mayor, y entonces vi que podía registrar por escrito algo de aquella experiencia. Muchas veces, si transcribía con precisión pensamientos y recuerdos, mi sensación era de paz. Pero tenía que escribir con atención, pues solo si escribía con atención conseguía expresar mi dolor. Escribía con furia y paciencia a la vez. Escribir me daba sensación de poder: concentrada en cada párrafo, uno por uno, me convencía de que todos eran importantes. Pero cuando dejaba de trabajar y me retrepaba en la silla, la sensación de poder se esfumaba, y no me parecía importante lo que acababa de escribir.

Había días en que escribía tanto sobre él que dejaba de ser un individuo real, y si de pronto me lo encontraba cara a cara en la calle, lo veía cambiado. Había llegado a extraerle la sustancia para verterla en mi cuaderno, lo que significaba que, en cierto sentido, lo había matado. Pero entonces, yo volvía a casa y él, donde estuviera, parecía recuperar su sustancia, porque ahora lo vacío y sin vida era lo que yo había escrito sobre él.

Quizá debería haberme resignado. Si escribir era la única manera de poseerlo que me quedaba, hacía todo cuanto estaba en mi mano. Y, durante cierto tiempo, con eso me bastó, como si tanto dolor no fuera inútil, como si así lo forzara a darme algo, como si en ese momento yo dispusiera de algún poder sobre él, o me empeñara en conservar algo que de otro modo se perdería. En realidad, no lo forzaba a darme nada, sino que lo cogía yo. Él no me pertenecía, pero lo que yo escribía sí, y él no podía quitármelo.

Intentaba imaginarme que, lo que sucedía en ese momento, en realidad sucedía en el pasado. Puesto que el presente sería pronto el pasado, podía imaginar que lo contemplaba desde el futuro, a la vez que lo vivía. Así lo alejaba un poco de mí y lo soportaba mejor.

Escribía algunas cosas en primera persona y otras, las más dolorosas, creo, o las más vergonzosas, las escribía en tercera persona. Hasta que llegó el día en que había usado tanto *ella* en lugar de *yo* que incluso la tercera persona se me hizo demasiado íntima y necesité otra persona más lejana que la tercera persona. Pero no existía otra persona.

Así que seguí usando la tercera persona, que, al cabo del tiempo, se volvió anodina, insustancial. Llegó a convertirse en algo demasiado anodino, demasiado insustancial: esas mujeres que no eran yo, sino Ann o Anna o Hanna o Susan, personajes insulsos, o ni siquiera personajes, solo nombres.

Y la historia, escrita en tercera persona durante tanto tiempo, se acopló de tal modo a la tercera persona, que acabé convencida de que le había sucedido a otra. Entonces recuperé el *yo*, reivindicando, como si no fuera verdad, que aquello me había sucedido a mí.

No sé por qué no dejé de escribir de él al cabo de cierto tiempo. Supongo que hubo un momento en que ya llevaba tanto escrito, y había pensado tanto en escribir sobre él, y había acumulado tanta frustración, que no quería abandonar sin terminar algo concreto.

Otras de las razones para no dejar el proyecto quizá fuera que no encontraba respuestas convincentes a mis preguntas. Siempre daba con varias respuestas para cada pregunta, pero ninguna me satisfacía: aunque parecían contestar la pregunta, la pregunta seguía en pie. ¿Por qué me había dicho por teléfono, cuando lo llamé desde el Este, que lo nuestro continuaba, que no tenía que preocuparme? ¿Nunca sintió tentaciones de volver conmigo después de mi regreso? ¿Por qué me mandó aquel poema en francés al cabo de un año? ¿Recibió mi respuesta? Si la recibió, ¿por qué no me contestó? ¿Dónde vivía cuando fui a buscarlo en la dirección a la que le había escrito? Si me escribió una vez, ¿por qué no volví a tener noticias suyas?

Me preguntaba si lo que escribía podía conformar un relato, y empecé a buscar un principio y un fin. Una de las razones por las que hubiera querido que se mudara al garaje de la casa era porque eso podía servirme como final de la historia. Pero si él le pedía a Madeleine que le permitiera vivir en el garaje, y Madeleine se negaba a plantearse semejante posibilidad, el final no servía, sobre todo porque ni siquiera era yo la que no le aceptaba en la casa. Fue lo que sucedió, así que había que buscar otro final. Podía inventarme uno, pero no quería. No quería inventar demasiado, aunque no sabía muy bien por qué: eliminaría y cambiaría cosas, le atribuiría a un personaje acciones que correspondían a otro, adelantaría o atrasaría la fecha de determinados acontecimientos, pero solo recurriría a elementos de la historia real.

Acabo de ver una nota mía, incomprensible, de hace tiempo. Se trata de una de las típicas notas que de vez en cuando tomo y que luego no utilizo. Contiene dos espacios en blanco cuyo significado, en su momento, debió de parecerme tan obvio

que no consideré necesario rellenarlos. Dice así: «Es muy curioso: cuando ella escribió x... le pareció que... Pero luego esa impresión desapareció».

He vuelto a leer la nota una y otra vez, intentando recordar la idea subyacente. Debe guardar relación con cambios de opinión o rectificaciones, con cosas que dan la impresión de ser verdaderas hasta que las escribo, o verdaderas en cierto momento y falsas más tarde. De hecho, parece referirse a dos cambios de opinión: uno que se produjo inmediatamente después de poner algo por escrito, y otro que tuvo lugar más tarde, cuando la primera reacción perdió fuerza. Es posible también, por supuesto, que haya anotado la idea en otra parte y con mayor claridad, y que luego la haya incorporado al relato sin reconocerla.

En tinta de otro color, en la misma ficha y no sin cierto tono oficial, me impongo la tarea de añadir ese pensamiento a otros que se ocupan de la misma cuestión: escribir sobre él. Pero si soy incapaz de descifrar la idea, ¿cómo voy a añadirla?

Nunca me ha gustado que se me vaya una idea, pero lamento especialmente que esta se me escape, pareciéndome tan cercana que casi puedo recordarla. Y admito que las ideas se me van continuamente. Cada día desaparece detrás del siguiente, y siempre se lleva cosas. Me esfuerzo en registrar algunas con el mayor cuidado posible, e incluso así me equivoco muchas veces en mis apreciaciones, aunque es mucho más lo que se me escapa.

Cojo otra nota del fichero e intento leer la primera línea, pero está escrita al revés. Le doy la vuelta a la ficha, y la línea sigue al revés. La ponga como la ponga, la primera línea parece estar al revés. Al principio pienso que solo son imaginaciones mías, o que cada vez tengo peor letra. Pero por fin me doy cuenta de que la última línea está bien: me había faltado espacio en la ficha y había seguido escribiendo en los márgenes.

En otra ficha encuentro otra nota a propósito de los cambios de opinión: al escribir sobre él, pensaba, lo separaba de sí mismo y le hacía daño, aunque él nunca llegara a enterarse. Eso me preocupaba, no por hacerle daño, sino porque no me importaba hacerle daño. Pero, cuando lo admití, me preocupé aún más, incluso me asusté, y quería pedirle perdón. Y al mismo tiempo me daba cuenta de que no iba a dejar de escribir. Eran impresiones, sentimientos que se me pasaban pronto, uno tras otro.

A veces temo que aparezca sin avisar, o me llame por teléfono. Si pienso mucho en él, ¿no lo siente, esté donde esté? Ya lo paso mal escribiendo esto: no sé qué pasaría si él se entrometiera.

Es muy posible, sin embargo, que, si en su momento hubiera perdido unos minutos en hablar conmigo tranquilamente, y en escucharme, me habría ahorrado muchos problemas, todo este trabajo. No habría habido necesidad de escribir la novela. Porque no soporto, lo sé, y no lo soportaré nunca, que alguien se niegue a escucharme cuando quiero hablar. Creo que podría no terminar nunca de hablar si encontrara un oído atento. Incluso podría plantarme ante la oficina de Correos de este

pueblo y ponerme a comentar algún tema de actualidad.

Tengo opiniones firmes sobre temas de actualidad. Llegados a cierto punto, Vincent deja de escucharme. Primero me pide un poco de calma y luego cambia de conversación. Cuando salgo con amigos tengo que frenarme, porque me implico demasiado en todo lo que digo. Antes me pasaba lo contrario: era demasiado tímida para hablar con soltura y esperaba a que reinara el silencio para decir algo por fin. Y entonces lo que decía no tenía ningún interés, pues siempre me limitaba a repetir lo obvio, lo menos arriesgado. Lo que ahora me da miedo es que cuando tenga que dejar de hablar, en lo que debería ser el final de la novela, no quiera callarme.

Una amiga como Ellie ha tenido en algún momento la generosidad de escucharme sin límite, aunque su cansancio se hiciera cada vez más evidente según pasaban los minutos. Durante años, después de mi regreso al Este, Ellie vivía tan cerca de mi casa que podía llamarla por teléfono sin que me costara demasiado e ir a verla, incluso después de mudarme al campo. Ahora que se ha ido, la echo de menos. Pero lo raro es que cuando me dijo que se iba, no me dio pena. Puede que el cambio no me afectara porque me parecía conveniente en aquel instante de la vida de Ellie, o quizá pensé que podría seguir viéndola casi con la misma frecuencia. También puede que pensara que era bueno que se fuera y me dejara terminar mi novela sola. No se trata de que las decisiones de Ellie sobre su vida dependan de lo que yo haga o deje de hacer, ni de que me haya ayudado a escribir la novela, salvo al principio, cuando le pedí que leyera las primeras páginas. Y, sin embargo, la sensación persiste: había llegado a cierto punto de la novela, y tenía que continuar sola, así que Ellie se fue y me dejó con la tarea.

Hay amigos, los de principios morales más estrictos, que me acompañaban siempre, aunque no estuvieran. Los había escuchado con tanta atención que su voz se había convertido en una voz interior, una voz que sonaba dentro de mi cabeza. Los dejaba decidir en cuestiones que yo era incapaz de resolver por mí misma, y me frenaban cuando quería hacer algo indebido. «¡Detente!», decían las voces, espantadas. «¡No hagas eso!».

Me decía que me había quedado sola, y esa idea era como un refugio. Había algo en mí que parecía muerto, y me alegraba no sentir nada, o muy poco, como en otros tiempos me había alegrado sentir algo, aunque fuera dolor.

No me veía como una mujer. No me sentía de ningún sexo en particular. Pero un día, sentada en un restaurante, apoyé en el borde de la silla el pie sin quitarme la sandalia, y un desconocido se acercó a hablar conmigo, volvió a su mesa y, más tarde, cuando se iba, pasó a mi lado, se inclinó y me tocó los dedos del pie, desnudos. Mi sorpresa fue tal que me sentí forzada a pasar de una manera de ser a otra. Cuando volví a mi primera forma de ser, yo ya no era la misma.

Me vi forzada a recordar que existía algo en mí más allá de la mente que se

afanaba en un trabajo inacabable y monótono, y que el cuerpo parecía no contentarse con estar a disposición de la mente, a solas con la mente durante largos periodos de tiempo, y que el cuerpo y la mente podían ser algo social.

En el gimnasio de Ellie, una tarde, me senté en el escalón alicatado de una piscina de agua caliente y miré los cuerpos de las mujeres que me rodeaban, cuerpos de diferentes formas y proporciones. Unas tenían los pechos pequeños y planos; a otras los pechos, abundantes, les llegaban a la barriga. Unas tenían los hombros redondos y caídos, y otras los tenían rectos y huesudos. Había quienes tenían la espalda encorvada y rolliza y las nalgas cuadradas y con hoyuelos, y había quien tenía la espalda recta y estrecha y las nalgas redondas. Lo que me llamó más la atención en algunas mujeres fue lo oscuros y grandes que tenían los pezones, aunque otros eran tan pequeños y pálidos que rozaban la invisibilidad, y también que el vello púbico les llegara hasta la barriga, o que no fuera oscuro, sino rubio, o rojo.

En realidad aquellos cuerpos me llamaban la atención porque no eran como el mío: se sucedían sin fin, por todas partes, salían de las duchas y de la sauna, bajaban la escalera alicatada de la piscina. El cuerpo de todas me parecía más sexual que el mío, solo porque estaba acostumbrada al mío y porque lo usaba para muchas cosas que no tenían nada que ver con el sexo. Aunque estuvieran bajo la camisa, mis pechos se limitaban la mayoría de las veces a acompañarme mientras paseaba por el pueblo, o compraba, o cogía el coche, o sostenía la copa o un plato con comida en una fiesta. Si me sentaba a trabajar a mi mesa el cuerpo solo me sostenía, las nalgas aplastadas contra el asiento, las piernas y los pies afianzándose en la silla, o extendidos ante mí, o cruzados, los pechos descansando en la mesa, cuando me cansaba y me apoyaba en el codo, con el tórax contra el borde del tablero. Cuando mi cuerpo dejó de ser meramente útil y se convirtió en algo sexual, el cambio me extrañaba algunas veces, y me parecía arbitrario.

Una noche, después de pasar la tarde en mi cuarto con alguna gente, un hombre se quedó cuando se fueron todos. Me parecía amable y delicado, y pensé que estar con él sería un consuelo y un placer, aunque al final la experiencia no resultó ni agradable ni desagradable, solo algo que observar a la espera de que terminara. No era el hombre al que yo estaba acostumbrada, y cuando tocaba aquel cuerpo extraño mi mano sufría una sacudida, porque nada de lo que tocaba coincidía con las formas que conocía bien: las nalgas eran más pequeñas y más planas, los muslos más delgados, y así sucesivamente. Se posara donde se posara, mi mano encontraba algo que no le era familiar.

El hombre me daba instrucciones, siempre con delicadeza, mientras yo, en la cama, pensaba que aquello empezaba a parecerse a un ejercicio mecánico y distante. Era como si se interpusieran demasiados cristales, como si me hubiera acostado con las gafas puestas para verlo todo con más claridad, o como si utilizara un microscopio

para ver más de cerca las cosas, con más precisión y detalle, con auténtico espíritu científico, o como si nos mirara a aquel individuo y a mí, juntos, a través del cristal de un escaparate y bajo una luz fluorescente, como si hubiera láminas de cristal entre nosotros, entre los dos cuerpos y cada una de sus partes, entre su piel y mi piel en el momento de unirse, aunque, viéndolo todo con claridad, no sentía nada en absoluto y, si sentía algo, solo era una especie de calma y de frío.

No se confundían nuestros cuerpos. Yo sabía qué brazo era el suyo y cuál era el mío, y qué pierna, y qué hombro. No perdí la cabeza y besé mi propio brazo, o cualquier cosa que tuviera cerca de los labios. El más mínimo movimiento no conducía a otro movimiento. No me volví infinita, no me adentré en las profundidades de su cuerpo y de mi cuerpo para huir lo más lejos posible de mi mente y de su mente, tan lúcida, tan despiadada. Y cuando la cosa terminó, nada se quedó a medias.

Por la mañana se despertó temprano, y aunque yo solo quería seguir durmiendo, encendió un cigarrillo y se quedó en la cama, fumando, mientras yo esperaba a que acabara de fumar. Apagó el cigarro y volvió a dormirse, y yo seguí acostada, pero despierta.

Esa mañana, más tarde, cuando nos levantamos, no me sentía cómoda. No me sentía tranquila, me movía sin parar en el cuarto, le hablaba, le seguía por la cocina, le adelantaba en el pasillo. Calculaba cada uno de mis gestos, pensaba cada una de mis palabras, y sus respuestas me parecían igual de pensadas, y no paraba de darle vueltas a la cabeza, echando de menos lo que tuve, cuando todo era mucho más fácil, pero entonces recapacité, recordé que en realidad no había sido tan diferente ir tras él, intentando hablarle, con la misma sensación de que una luz intensa iluminaba cada una de mis palabras, tanta era la intensidad con que me miraba, el silencio con que me escuchaba. Sonreía más que hablaba, se reía de buena gana y con facilidad casi siempre, cuando no estaba peleado conmigo, y al principio no se peleaba casi nunca, aunque quizá se sintiera ofendido muchas veces, y de vez en cuando me decía que le gustaría que me portara con él como si fuera tonta. Yo no era tonta, y no tenía consideración.

Me parecía que lo echaba de menos desde hacía mucho, aunque no hacía tanto que me había abandonado. Pero, casi coincidiendo con la época en que los amigos dejaron de preguntarme cómo me sentía, perdí las ganas de seguir hablando del asunto. Una mañana me desperté con la misma pena de siempre, y sentí que ya había sufrido demasiado. La pena había cumplido su ciclo, pensé: había nacido, había vivido, había muerto. Ya no lo tenía presente en mi pensamiento todo el día, y podía pasar horas a solas, sin necesidad de imaginármelo a mi lado. Estaba contenta, como si hubiera recibido una buena noticia que merecía celebrarse.

Pero entonces se me ocurrió que si, como parecía, me había curado la tristeza, él

y yo podíamos entablar una relación diferente, y, con la alegría de ese descubrimiento, me puse a buscarlo otra vez. Me engañaba a mí misma todo lo que hacía falta, siempre que salía en su busca, porque en esos momentos una parte de mí desarrollaba una inteligencia especial y otra se volvía idiota.

Aquella vez di con él, y aceptó cenar conmigo, y aquella vez no anuló la cita. Se presentó en la casa después del trabajo, se duchó, cantó en el cuarto de baño mientras se vestía como para mantenerme a distancia. Reapareció con ropa limpia y el pelo mojado. Bajamos al café de la esquina, al final de la cuesta, y después de cenar volvimos a mi casa. Se quedó hasta tarde, pero no porque quisiera estar conmigo, sino porque en algún sitio tenía que pasar el rato. No podía llegar a su casa hasta que no se hubiera acostado todo el mundo. No me explicó por qué. Me dijo que habitualmente pasaba las tardes en la biblioteca.

Hablamos de la biblioteca, y hablamos del desierto, que debía de estar en plena floración, y hablamos de muchas cosas más. Camino de su coche me puso el brazo en la cintura. Me dijo que mi casa era muy agradable, y, como no entendí a qué venía eso en aquel momento, añadió que la echaba de menos. Entonces le pregunté si quería acompañarme a una fiesta. Era la tercera fiesta a la que le invitaba. Me dijo que sí, que quizá, que me llamaría en el plazo de una semana para confirmármelo. Cuando se fue estaba segura de que aquella tarde había sido el principio de algo diferente. Estaba segura de que pasaría más tardes con él. Pero me equivocaba: estar segura no significa nada.

Pensaba que quizá diera media vuelta y apareciera otra vez esa misma noche, pero también en eso me equivocaba, y me equivocaba al pensar que me llamaría por teléfono antes de que pasara una semana.

Estaba en la platea de un teatro, me acercaba a la gente que se aglomeraba en la puerta y le decía a todo el mundo que saliera, y al doblar la esquina lo vi ante mí, inmóvil y desafiante. Me desperté y volví a dormirme, e iba en el asiento trasero de un taxi, a oscuras, cuando apareció de repente a mi lado, me cogió la mano, y me dijo: «Va todo bien». Intentando volver a quedarme dormida, me figuré envuelta en imágenes de blancura, alrededor de mis ojos ondulaban sábanas blancas, y cuando me dormí las sábanas se convirtieron en un diálogo sin palabras —blanco, blanco, solo espacios en blanco— hasta que una última observación cerró el intercambio de silencios.

Me desperté por la mañana en plena tormenta: bramaba el mar, la tierra temblaba bajo mis pies, algo golpeaba y hacía ruido al otro lado del muro, el viento gemía, los árboles se balanceaban y susurraban entrechocando las ramas.

Cuando le conté a Madeleine que había pasado una mala noche se acordó de que también ella se había desvelado un momento. Se puso seria, como si se enfadara. «He sentido un escalofrío a las tres de la mañana», dijo. «No tenía frío, pero he sentido un

escalofrío. Ha sido psicológico». Me imaginé, como si nos viera a las dos desde arriba, en mi cama despierta mientras Madeleine, en su parte de la casa, sentía un escalofrío.

Terminó la tormenta e hizo un día de mucho calor. Al otro lado de la calle, tres o cuatro hombres cortaban árboles en la casa de mi vecino. Volviendo de la tienda de comestibles pasé al lado de su coche azul, oxidado y lleno de bollos, y vi en el asiento delantero un perro negro, tumbado sobre el lomo con las patas estiradas y los ojos abiertos. La cadena colgaba a través de la ventanilla formando un lazo.

En mi casa, sentada a mi mesa, intentaba trabajar y veía el coche azul desde otro ángulo, frente a mí, al otro lado de la calle. El sol caía a plomo y quemaba algo, y con la brisa el olor me llegaba a oleadas. Era el perfume a limón del árbol de jade, que entraba por la ventana abierta. Me recordó el perfume de su piel: se interponía entre mi trabajo y yo, y luego entre mis lecturas y yo. Volví a preguntarme por qué aquello tenía que durar tanto.

Hasta tal punto seguía formando parte de mí, dentro de mí, que su cuerpo, con toda su dulzura, succulencia y fragancia, parecía estar dentro del mío. En aquel momento, después de haber pasado una tarde conmigo y de hablarme sin apenas suspicacia, volvía a refugiarse en su silencio. Estaba en otro país, tanto lo alejaba de mí su terrible silencio. Yo intentaba adivinar sus pensamientos, para mí inimaginables. Su silencio ilimitado parecía pesar como una masa nubosa bajo la que el paisaje se encoge, cuando cada ser vivo se inclina hacia el suelo, a la espera, ante la presencia asfixiante de la nube terrible.

Esa semana, mientras esperaba su llamada, comí en tres días con tres hombres distintos. El primero era profesor de filología clásica en la universidad. El segundo era tan callado y humilde que lo olvidé casi inmediatamente, aunque, no teniendo otro lugar donde quedarse, durmió esa noche y la siguiente en nuestro cuarto de invitados. Solo me acordé de él al cabo de los meses, cuando encontré entre mis cosas una modesta nota que dejó la segunda noche: «Me he acostado. No me encuentro muy bien». El tercero fue otra vez Tim. Cuando caí en la cuenta de que los tres eran ingleses, me pregunté si ya solo toleraba los buenos modales de los ingleses, o si hacían falta tres ingleses para cubrir su sitio, o si no sería que él había conseguido dividirse en tres ingleses.

Esa misma semana, mi madre y su hermana llegaron para quedarse un tiempo con nosotras, y la casa pareció llenarse de gente, porque las dos hablaban mucho más y mucho más fuerte que Madeleine y yo, no paraban de hacer planes complicados, y se dejaban sus cosas, jerséis, bolsos, periódicos, revistas, bolígrafos, gafas, en cada habitación por la que pasaban. Madeleine se sintió agobiada y se fue unos días a casa de una amiga que vivía al final de la cuesta.

Estando mi madre y su hermana en la casa, tuve el peor de todos mis sueños,

aunque fuera muy simple: acariciaba el cuerpo de algún tipo de animal salvaje, quizá un jabalí verrugoso.

Por fin, el día de la fiesta por la tarde, me llamó para decirme que quería ir, pero inmediatamente añadió que pensaba llevar a su novia. Me puse de mal humor y le dije que no podía hacer eso. Entonces el que se puso de mal humor fue él. Me puso aún de peor humor que se atreviera a enfadarse conmigo.

En cuanto colgué no podía dejar de imaginármelo en el momento en que llegaba a la fiesta con aquella mujer. Los veía juntos en la puerta, aunque la puerta fuera demasiado estrecha para los dos. Me imaginaba cometiendo contra él algún tipo de violencia. Pero, sentada en mi cuarto, o levantándome y moviéndome de acá para allá, por mucha violencia con que lo tratara en mi imaginación, él no iba a sentir nada, estuviera donde estuviera. En ese momento, no me parecía mal recurrir a la violencia.

Como pasé casi toda la fiesta mirando a la entrada, esperando su aparición mientras bebía y hablaba con la gente, era como si no hubiera nadie en el salón, aunque estaba lleno. Parte de mi mente, siempre en otro sitio, corría por la autovía en sombras, volando entre luminosos de gasolineras, en el coche con él y con su novia, él y su novia juntos y con los ojos fijos en la carretera, en la cara el resplandor de los faros que circulaban en dirección contraria, y por las callejuelas que llevaban a la fiesta, con las tiendas cerradas ya, y nubes bajas en el cielo que las luces del centro de la ciudad vecina teñían de rosa, palmeras que oscurecían el cielo y viejas casas blancas de una planta, apartadas de la carretera, donde, detrás de las tapias de piedra en ruinas y la verja herrumbrosa, crecen las malas hierbas en el césped mal cortado.

Volví de la fiesta cuando ya era casi de día. Mientras esperaba cerca de casa a que el semáforo cambiara en un cruce vacío, sin quitar los ojos de la luz roja y la luz verde, rodeada de silencio después del parloteo que había oído durante horas, de pronto sonó una música en algún sitio a todo volumen, y de pronto calló, y entonces intuí a la vez dos o tres cosas que debían revelarme algo. Pero ninguna revelación se produjo: solo me quedé con la mente en blanco.

Por la tarde, me senté al sol, en la terraza. Habían nacido florecillas de color lavanda en los arriates de las uñas de gato, al borde de la carretera, y, como no me las esperaba, me parecieron un regalo sorpresa. Flores más grandes, como copas amarillas, se abrían cerca, en otro arriate, y en el árbol de jade que crecía al amparo de la valla, esas florecillas blancas de perfume dulce e intenso, a limón, que tantas veces me llegaba a través de la ventana o me envolvía cuando caminaba bajo los árboles al salir de la carretera.

Me quedé varias horas en la terraza, a la sombra de un árbol, acordándome de vez en cuando, mientras las esperaba, de mi madre y de su hermana, que habían ido al zoo. Esperaba desde hacía un buen rato. Él y su irritación flotaban sobre las páginas de mi libro. Él me había dicho que no era bueno que siguiera queriéndolo. En realidad, pensaba yo, estaba furioso porque le hubiera gustado ir a la fiesta. Su rabia

era propia de un chiquillo egoísta que solo piensa en sí mismo. Y luego estaba la violencia repentina con que había respondido a una de mis preguntas: «¡No!».

Las tórtolas aleteaban y se arrullaban en el cedro. Una carcajada rebotó en un muro. En el cielo, sobre un fondo de nubes, volaba una cometa o un pájaro.

Volvía a echarlo de menos ahora que mi madre y su hermana estaban en la casa, como si estuviera condenada a echarlo de menos cada vez que se producía un cambio. Aquella noche las dejé en su cuarto y me fui al mío, aunque no cerré la puerta. Me senté a trabajar en mi mesa de jugar a las cartas, pero me limité a mirar la ventana. A pesar de que todavía era temprano, me sentía demasiado cansada para trabajar, e incluso demasiado cansada para meterme en la cama. Dejé el trabajo a un lado y me puse a armar un rompecabezas. Pasó una hora. Hacía calor esa noche y a través de la ventana me llegaba el olor del cedro y de las flores. Al olor se sumaba el bullicio de una fiesta en la casa de enfrente: risas, música de piano, el ruido de las puertas de los coches. Mi madre y su hermana se pusieron a hablar en voz baja en el pasillo, preocupadas por mí, estaba segura. Y entonces mi madre, en bata, entró en mi cuarto con aires de emisaria y, evasiva, indecisa, rozó el borde de mi mesa, queriendo decirme algo. Yo no tenía nada que decir ni quería oír a nadie, y como apenas abrí la boca, acabó por irse.

Que estuvieran pendientes de mí hacía que me sintiera demasiado incómoda para continuar el rompecabezas. Salí con cuidado de la casa. Iría dando un paseo a comprar comida de gato. No se veían luces en la carretera, ni se oía un ruido. La gata estaba preñada y esperábamos que pariera en cualquier momento. Nos preocupaba que fuera demasiado joven. Me fumé un cigarrillo camino de la tienda, compré la comida de gato y un paquete de tabaco y encendí otro cigarrillo antes de irme. Seguí calle abajo, despacio, hacia el aparcamiento del supermercado. Ese recorrido era ya una costumbre, tantas veces lo había hecho. La carretera me parecía el lugar donde había más probabilidades de que me lo encontrara, a él o a su coche, si se daba el caso. Y una carretera oscura, de noche, me recordaba otras carreteras oscuras y me ofrecía más espacio para respirar y pensar, y más posibilidades. Incluso lejos de la casa el olor intenso de las flores persistía en el aire, procedente de los jardines. Gente mayor paseaba en ambas direcciones. Vi muchos coches en el aparcamiento, pero no el suyo. Nunca, ninguna de las veces que salí a buscarlo, lo había visto en ese sitio.

Volví a subir la cuesta. Donde la oscuridad era mayor, bajo los árboles, lejos de las luces del supermercado, un viejo encorvado y muy quieto se abrazaba a la bolsa de papel marrón de la compra. Cuando llegué a su altura me preguntó con exagerada educación qué pasaba: había muchos coches aparcados en el supermercado y en la iglesia. Tardé un momento en relacionar las dos cosas y, cuando lo conseguí, le dije que los jóvenes de la calle vecina daban una gran fiesta. «Gracias», se limitó a responder antes de seguir subiendo la cuesta, y yo reemprendí mi camino, más oscuro y más estrecho. De vuelta en mí después de separarme del viejo, me di cuenta de que se me había pasado el malestar, como si el anciano se lo hubiera llevado con él colina

arriba. Su dignidad, y lo simple de su pregunta y de mi respuesta, habían cambiado algo.

Esa noche, más tarde, cuando decayó la fiesta, oí el chirriar rítmico e incesante de las cigarras y, a lo lejos, durante horas, el canto de un sinsonte, que cambiaba sin fin en la oscuridad. En la ducha vi una polilla que, con las alas mojadas, escalaba la cortina del baño. El papel de la pared, negro de moho, se despegaba del enlucido gris. Cuando me acosté, había arena gris oscuro entre las sábanas.

Lo vi solo dos o tres veces más después de aquello, como si la primavera y el calor, cada día más intenso, lo fueran secando, mancha de humedad, y lo borrarán de mi vida.

Vino a mi casa una tarde, a última hora. Debió de entender por mi actitud y mi manera de hablarle que no estaba dispuesta a ir detrás de él nunca más, porque dijo cosas e hizo un par de gestos que parecían invitarme a volver con él.

En la calle, mientras echaba una mirada al vecindario y a la casa, me dijo de pronto, como si acabara de ocurrírsele, que podría vivir en el garaje. Entré en el garaje con él, y nos quedamos un momento en la penumbra. Había luz suficiente para ver las manchas de grasa en el suelo de cemento. Me preguntó si no era una idea absurda. No había humedad y olía a limpio. Sí, pensé, podría vivir aquí, en mi garaje, pondríamos luz eléctrica, me aseguraría de que estuviera cómodo, y lo tendría a mi alcance, donde podía verlo, donde vería sus idas y venidas, y él tendría que ser cariñoso conmigo, puesto que vivía en mi garaje. No sabía si pensaba traer a su novia.

Pero Madeleine no aceptó el trato. Dijo que era algo que superaba su capacidad de aguante y que ni siquiera le convenía a él, no, ni a nosotras, y en un barrio como aquel no era normal tener a gente viviendo en el garaje.

Pensé que después de aquello no volvería a mantener contacto conmigo. ¿Para qué iba a molestarse?

Yo intentaba entonces, una vez más, hacer un esquema de cómo contar la historia por escrito, incluso antes de que acabara del todo. Pensé empezarla y terminarla al sol. Pensé empezarla en su garaje y terminarla en otro garaje, mi garaje. Aunque no se había mudado a mi garaje, diría que se había mudado. A mitad de la historia, llovería mucho.

Pero me equivocaba. Al cabo de unos días me llamó por teléfono. Estaba anocheciendo. Al fondo se oían voces y risas. Era una lástima lo del garaje, dijo. Dijo que en realidad no necesitaba un sitio para dormir, sino para trabajar. Que había pensado en el garaje, no en el cuarto de invitados. Bueno, no tenía importancia, dijo.

Dos semanas después volvió a llamar, esta vez para decir que necesitaba un sitio donde guardar sus cosas. Me preguntó si podía dejarlas en mi garaje. Me cogió en el momento en que metía en el coche a mi madre y a su hermana, además de todo el

equipaje. Creo que le respondí que le llamaría más tarde. Llevé a mi madre y a su hermana al aeropuerto. No sé por qué había en el aeropuerto tantos soldados y marineros, como si el país se movilizara para una guerra. Paseaban en parejas, casi rapada la cabeza, o permanecían en silencio, sentados entre su padre y su madre, y miraban la moqueta con los codos apoyados en las piernas. Recuerdo que la música de fondo no armonizaba con el estado de ánimo de ninguno de los presentes, ni con el de mi familia ni con el de los soldados, y que al otro lado de la cristalera una silueta oscura, abierta de piernas y brazos, limpiaba el cristal. No hablábamos: seguíamos con la mirada los movimientos de aquella figura mientras esperábamos que anunciaran nuestro vuelo.

Guardó sus cosas en mi garaje, pero no me acuerdo exactamente de cuándo fue la mudanza. Bajé a ver cómo descargaban todo, otro hombre y él. Usaron una furgoneta, una furgoneta descubierta, creo.

Dejó las cosas en el garaje y Madeleine les prestó a él y a su novia una tienda de campaña, porque no teman donde vivir. Dormían en la tienda en el bosque de eucaliptos del campus, y seguían yendo a clase todos los días. Apenas si dio señales de vida en mayo y en junio.

En ese tiempo lo vi una vez. Yo iba camino de la cafetería del campus y me llamó, pero me era imposible pararme a charlar un momento, y pareció sentirlo. Aún pasaba un mal rato cuando le veía. Pero no sé si el dolor seguía motivándolo la separación, o si asociaba determinado dolor al simple hecho de verle, de modo que siempre, incluso hoy, al cabo de los años, sentiría el mismo dolor si le viera, aunque todo aquello no tenga ya nada que ver con mi vida.

En junio llegó una feria a la ciudad. A lo largo de la carretera de la costa las luces del ferial se reflejaban en el agua de la ensenada, los colores giratorios de la noria y de los tiovivos. En la distancia el sonido de la noria se parecía al del viento entre los árboles, incesante. Ahora, de noche, refrescaba. El olor a madera quemada invadía las calles, y un aroma parecido al de la madreselva envolvía la casa. En el cuarto de invitados, frío y vacío, dominaba el olor penetrante de los eucaliptos.

Las clases habían terminado, la gente se había ido, y aquel verano, durante largos periodos de tiempo, cuando la ciudad se quedaba tranquila, estaba tan sola que me hundía en una desgana especial en la que todo adquiría dimensiones exageradas, mi percepción de las cosas y mis reacciones. Era consciente del más mínimo ruido que se producía en el cuarto, en la casa en silencio. A veces el ruido procedía de una criatura viva, casi siempre un insecto, y esas criaturas parecían hacerme compañía porque, dentro de su capacidad de elección, habían elegido estar conmigo en el cuarto. Encontrármelos, observarlos incluso, se convertía en algo íntimo.

Un escarabajo, con su duro caparazón, chocaba contra el techo del cuarto intentando orientarse en su vuelo. Una polilla de la ropa se pegaba a la pared blanca

como una astilla de madera. Una polilla gris salía volando del armario y aterrizaba en mis gafas. Yo entraba en la cocina, veía una cucaracha en el suelo, y procuraba no pisarla. Me ponía a leer en la cama y una polilla negra y grande caía en mi vaso de agua y se agitaba patas arriba haciendo círculos. Yo seguía leyendo. La polilla dejaba de moverse, flotaba, antes de empezar a agitarse otra vez. La rescataba por fin con un *kleenex* y, cuando descansaba, volvía a lanzarse hacia la lámpara, y topaba con mi libro, con mis gafas, con mi mejilla. La había salvado para que siguiera molestándome. Pero, a pesar de su perseverancia y su energía, no viviría mucho tiempo.

El perro entraba en la habitación, pero hacía tan poco ruido que ni me daba cuenta al principio. Oía el ruido húmedo de los lametones, levantaba la vista y lo veía tendido en las baldosas frías, en el rincón más apartado, quitándose las pulgas con cara de ansiedad y el pelo de punta, amarillo como paja.

Las cosas inanimadas se animaban y también me hacían compañía: la ceniza de un cigarrillo, apenas entrevista con el rabillo del ojo, corría por la mesa ayudada por un soplo de brisa y se convertía en una araña que avanzaba y se paraba, avanzaba y se paraba. Una simple letra escrita al margen se convertía en un ácaro que caminaba página arriba. Y un mechón de pelo que se movía en mi cabeza era otra criatura que se abría paso hacia mi cuero cabelludo.

Estaba tan sola que reflexionaba sobre cómo hacer las cosas de un modo más lógico, como si no bastara con hacerlas. Diseñé un sistema de premios: por no fumar hasta la noche, por ejemplo. O fijé un horario para las distintas actividades. Decidí escribir una carta al día después de la llegada del correo. Pero no perseveré mucho tiempo. La mayoría de las cartas que recibía se quedaban sin contestar. Programé dar un paseo a primera hora de la tarde, hacia el sur, para que me diera un poco el sol en la cara. Pero no perseveré mucho tiempo. Aunque me gustaba la idea de un orden estricto, y aparentemente creía que las cosas tenían más mérito si se integraban en un orden, no tardé mucho en cansarme del orden.

Hacía muchas cosas que eran necesarias, y algunas que no eran necesarias, pero sí provechosas, y otras que no eran necesarias ni especialmente provechosas, como acostarme a comer y leer. Pero incluso esas cosas parecían obedecer a un propósito, aunque solo fuera descansar de todo lo necesario y provechoso.

La soledad bastaba para hundirme, como por efecto de la gravedad, en una depresión silenciosa. Intentaba pensar, y no podía pensar. Sentía que el estado habitual de mi mente era la ignorancia: su contenido me parecía insignificante. Tenía la impresión de que el estado habitual de mi mente y de mi cuerpo era la parálisis: cualquier alternativa que me planteaba era tan inalcanzable que no podía pasar a la acción, o mi sentido crítico anulaba cualquier acción que pudiera plantearme.

Una noche me dormí, empecé a soñar, y en mi sueño preguntaba que debía hacer con las palabras «ignorancia» y «parálisis», y luego veía cómo se convertían en dos tipos distintos de queso. Uno prefería no comérmelo, porque era menos sabroso que

el otro. Después soñé que corría peligro y me disponía a cruzar el desierto a caballo, y entonces oí un ruido de huesos, o algo parecido, en el palo mayor de un barco. Después soñé que el haz de luz de una linterna seguía a un ratoncillo que correteaba muerto de miedo por el escalón de la puerta.

A veces, cuando estaba con gente, me preguntaban algo que no sabía responder. Una parte esencial de mí se quedaba helada. Mi cerebro seguía funcionando y observaba, desde cierta distancia, mi incapacidad de hablar: no podía responder, no podía respirar bien, no podía mover la lengua ni los labios.

A veces ni siquiera entendía las palabras: solo las veía suspendidas ante mí, como atrapadas en cristales de hielo, y las oía tintinear en el aire.

En aquella época recibí carta de un amigo. Se dirigía a mí con la palabra «Queridísima». Pero por mucho que viera la palabra «Queridísima» y mi nombre, no podía unir los dos elementos, porque no parecían relacionados entre sí. La carta terminaba diciéndome: «Sé fuerte»; y, para mi sorpresa, descubrí que la simple visión de las palabras «Sé fuerte» en el papel me infundía una fuerza que hasta entonces me faltaba.

Dejé la carta en su sobre al lado de la cama. Cada vez que la miraba, mi nombre y dirección, escritos con la letra de mi amigo, adquirían más sonoridad y más significado, porque su mano pronunciaba mi nombre, repetía quién era yo y dónde vivía, y así me ayudaba a orientarme con más seguridad.

Soñé, a los pocos días de recibir la carta, que le pedía ayuda a mi amigo. Pero, en mi sueño, no era lo suficientemente grande para ayudarme, no era más grande de lo que era, no se extendía más allá de los límites de su cuerpo.

Un hombre se acercó a preguntarme algo, y yo le contesté desde el otro lado de la verja. Era respetuoso, amable y atractivo, a pesar de sus gafas estrambóticas. Me encontré con otro hombre en un pasillo del supermercado. Era más joven y dinámico que el primero, y también era atractivo, a pesar de su peinado estrambótico.

Yo observaba el proceso de recuperación. Observaba cómo, con el paso del tiempo, surgían otras cosas, igual que se construye un muro. Se producían acontecimientos que luego se alejaban en el tiempo. Se creaban nuevas costumbres. Cambiaban las circunstancias de mi vida.

Mientras todo seguía igual, no era imposible que él volviera. Mientras todo siguiera como él lo había dejado, tendría la puerta abierta. Pero si las cosas cambiaban más allá de cierto límite, empezaría a cerrarse el espacio que ocupaba en mi vida, él no podría recuperarlo, o si lo hiciera, tendría que descubrir una nueva manera de entrar.

Fue por entonces cuando, a mediados de verano, lo vi por última vez, el día que vino

a llevarse sus cosas del garaje, aunque ahora lo recuerdo de un modo ligeramente distinto. Cruzó la verja, entró en la terraza y, sudando, se paró a charlar un momento y preguntó si podía coger un vaso de agua. Pero la verdad es que no estoy segura de que fuera amable, ni de que estuviera relajado. Puede que la presencia de la otra mujer lo incomodara, o mi presencia, o que dos mujeres lo miraran a la vez. Quizá le costara sonreír y apenas le salieran las palabras. Ahora me acuerdo de que trasladó sus cosas de mi garaje al garaje de un amigo, donde las dejó mucho más tiempo de lo que el amigo esperaba, según me enteré más tarde.

Al principio lamenté que me hubiera visto así, con otra mujer como yo, dos mujeres mayores que él, sobre todo cuando me di cuenta de que era la última vez que me vería. Pero luego recordé que le encantaban todas las mujeres, más viejas o más jóvenes. No solo le encantaban las caderas estrechas o de una redondez perfecta, la piel tersa y suave, los pechos grandes; también le encantaban las caderas anchas, los pechos excesivos, los pechos pequeños y planos, los brazos gordos, una buena pantorrilla, un muslo ancho, una rótula huesuda, la piel flácida bajo el mentón y en las mejillas, un pliegue en el cuello, las patas de gallo, una cara cansada a primera hora de la mañana. Cada detalle de una mujer, tan suyo y tan característico, era precioso por el simple hecho de que él quería a esa mujer, más precioso de lo que la propia mujer lo consideraba.

El verano pasaba y venía a la casa gente que se quedaba unos días o una semana, y luego se iba. Creo que lo único que siempre me decía Madeleine era que teníamos un invitado. Pero nadie perturbaba el silencio. Ya fuera porque Madeleine les avisara de que no nos gustaba el ruido, o porque se trataba de gente tranquila por naturaleza, los invitados se deslizaban por la casa sigilosamente, tapaban la tetera con el máximo cuidado y hablaban en susurros. La más silenciosa de todas era una mujer gorda que usaba largas túnicas, una budista o algo por el estilo, que se movía con lentitud, hablaba con lentitud y, si le hablaban, respondía con lentitud. Lavaba arroz en el fregadero y lo ponía a secar al sol. Cuando le pregunté por qué hacía eso me dijo que no lo sabía, pero que alguien le había dicho que lo hiciera.

Con todo aquel trasiego de gente, Madeleine estaba de peor humor que nunca, aunque no sé si le irritaba algo en particular. En pleno calor, a mediodía, encendía el horno y asaba una batata, así que durante una o dos horas el calor era insoportable en la cocina, y en la casa olía a dulce.

O escondía su tetera, su sartén y sus cuencos donde nadie pudiera encontrarlos y se quedaba en su cuarto, y solo salía cuando todos se iban.

Durante meses no recibí noticias tuyas. Yo seguía mirando cada vez que pasaba por la gasolinera. Aunque sabía que ya no trabajaba allí, aún esperaba verlo, a él o a su

coche. Luego me enteré de que le habían robado la tienda de campaña con todo lo que había dentro, y que su novia y él se habían ido a casa de unos amigos, y que al cabo del tiempo los amigos les pidieron que se fueran. Oí que vivían en el centro de la ciudad, y que de noche él trabajaba en los muelles, embalando erizos.

Me imaginaba que cogía el coche de madrugada y que iba a buscarlo a los muelles, en la dársena. Estaría sudando a chorros, llenando y moviendo cajas, a su espalda la negrura del agua y alrededor la oscuridad de los almacenes, mientras los reflectores iluminaban los embarcaderos y un barco de pesca amarrado, y manchas de luz flotaban en el agua negra. Habría un olor muy fuerte a mar, pescado y gasoil.

Los demás trabajadores dejarían un momento la faena para mirarlo mientras se acercaba a hablar conmigo. Estaría cansado, preocupado, fastidiado por la interrupción, porque ahora la noche se le haría más larga, o le daría vergüenza que yo le viera en ese trabajo, o que sus compañeros le vieran recibir la visita de una mujer, o se sentiría feliz por romper un momento la monotonía del trabajo, por la compañía inesperada en mitad de la noche, contento de que le vieran los demás.

Desde que me enteré de que vivía en la ciudad intenté conseguir su número de teléfono, pero parecía no tener teléfono. Es probable que le debiera dinero a la compañía telefónica, porque, por esa época, una empleada de la compañía, sorprendentemente amable y comprensiva, me llamó un par de veces para preguntarme dónde podía localizarlo. Debió de utilizar mi nombre como referencia. Yo también fui amable, aunque no sabía dónde estaba. Más tarde supe que no había pagado las últimas facturas del teléfono y que cuando su novia y él contrataron otro teléfono a nombre de ella, tampoco pagaron la cuenta.

Algo oí acerca de que se había enrolado en un barco mercante y, más tarde, que se dedicaba a fregar platos. Oí que había fundado una revista y, luego, que se había trasladado al norte y volvía a buscar trabajo. Yo aprovechaba cualquier noticia, cualquier información, y la añadía a lo que ya sabía. A veces eran novedades anodinas y las recibía casi directamente, pero también podían ser lamentables, y entonces las recibía por vías tortuosas, pues su fuente era alguna mujer a la que él le había hecho daño, y que le transmitía la información a otra mujer que lo aborrecía y compartía la noticia con otra que se sentía sorprendida y decepcionada, y me la pasaba a mí. Yo siempre sentía curiosidad por conocer la última novedad sobre la historia de su vida, e incluso le imaginaba un final. Cuando las noticias eran lamentables imaginaba un final triste. ¿Iría algún día a visitarlo a la cárcel?

Todas esas noticias me llegaron antes de volver al Este. Tampoco Ellie había vuelto aún al Este, aunque lo haría antes que yo, y fue la que me dijo que él se había casado. Me dijo que había sido en Las Vegas. El hermano de la mujer con la que se casó trabajaba en la misma biblioteca que Ellie, y se lo contó. El día que me dio la noticia yo la esperaba a la salida del trabajo con el abrigo puesto y sentada ante una mesa y una muralla de libros. Fue en la sección de libros raros, detrás de una reja de hierro cerrada con llave. Ellie se sentó frente a mí, delante de otra muralla de libros.

Una cortina tapaba la cristalera y ocultaba la vista que yo conocía: un pequeño cañón a espaldas de la biblioteca.

Después de darme la noticia, Ellie me miró entre pilas de libros y me preguntó si me sentía triste. No sabía qué decirle, pero mientras intentaba explicárselo empecé a entender: por una parte, lo que pudiera pasarle a él no me importaba, porque ya no era nada mío, y, sin embargo, me hacía daño cada novedad que llegaba a mis oídos, pues me recordaba que ahora solo era alguien de quien alguna vez me hablaba la gente, y que había muchas cosas suyas que yo ya no sabía, aunque me hubiera gustado creer que sabía todo lo que había que saber, que lo que yo no sabía no existía: que en realidad ni siquiera él existía, salvo como yo lo conocía.

Mientras hablábamos, el hermano de su mujer, que ahora era su cuñado, ponía libros en los anaqueles al otro lado de la reja. Iba de acá para allá, desaparecía detrás de los estantes, volvía con un montón de libros en la mano o en un carro, y a veces se paraba a hablar con un amigo o a contestar alguna pregunta. Cada vez que aparecía, con su camisa blanca y su pantalón negro, me quedaba mirándolo.

Luego, con Ellie, camino de los ascensores, pasé cerca de él en el momento en que, inclinado sobre una mesa de oficina, hablaba por teléfono: otra vez me fijé en lo que podía ver, su cuerpo y un lado de la cara, como si fuera importante registrar todo lo que me fuera posible de aquel hombre. Yo era consciente de la relación que existía entre nosotros, pero si él se hubiera vuelto a mirarme, solo habría visto a una extraña.

Aquella boda, sin embargo, no significó para mí ningún cambio, en el sentido de que seguí pensando en él, acechándolo, buscándolo, por lo menos con parte de mi mente, mientras que otra parte había evolucionado, se alejaba de él. No sé si es que buscarle se había convertido en una costumbre, o si me parecía que para él casarse era tan fácil como pedirme que lo dejara vivir en mi garaje, una simple cuestión de comodidad o conveniencia.

Cuando volvió la primavera me mandó el poema en francés, y por una vez tuve la seguridad de que, aunque yo no lo supiera, él había pensado en mí.

Cambiaron las cosas y, cuando más pasaba el tiempo, más cambiaban. La gata tuvo sus gatitos. Madeleine los criaba en su armario. Tanto les picaron las pulgas que se pusieron anémicos, y aunque Madeleine los cuidaba con todo su cariño, o no sabía qué hacer exactamente, o no quería hacerlo, y casi todos se murieron cuando todavía eran diminutos. Los enterramos, uno a uno, en la tierra roja del jardín, al pie de un gran pino, al lado de la casa. Cuando Madeleine se fue, la gata se quedó, pero vivía en la calle y los vecinos le echaban de comer.

Tuvimos que dejar la casa porque la dueña quería reformarla para habitarla con su familia, su marido y los hijos del marido. Yo me fui antes que Madeleine, y me mudé a una urbanización de apartamentos para estudiantes casados que parecía un campamento militar. Los olores eran distintos, los sonidos eran distintos. Estaba en

pleno campo, cerca de un cañón, y había salvia en las laderas y cuervos en el cielo, y una excavadora amarilla al fondo del cañón, y cuando volvía de dar un paseo la piel me olía a salvia y tenía polvo amarillo en la ropa y debajo de las uñas. El polvo amarillo invadía el apartamento, que olía a paja, a la estera que cubría el suelo. Oía graznar a los cuervos en el cañón, y los gritos de los jugadores en las pistas de tenis, y el rebotar incesante de las pelotas. Oía voces y ajetreo de familias al otro lado de la pared, fragmentos de opera como un zumbido de mosquitos, agua correr, algo casi constante que parecía una salva de aplausos, y, en el cuarto de baño, lo que podría ser un susurro o un lamento, y, durante una tormenta, el batir del aguacero sobre la cubierta plana y el ruido de los guijarros que arrastraba el agua. Me quedé unos meses en aquel sitio.

Una vez que se fue, Madeleine no paró de cambiar de casa. Era como si se dedicara a cuidar o guardar casas en ausencia de sus dueños. Durante algún tiempo, después de mi vuelta al Este, me escribió alguna carta en la que me decía que no vivía en ningún sitio, aunque no sé qué significaba eso. Yo siempre le respondía al mismo apartado de correos. Fui a verla una vez, cuando vivía en otra casa grande, bonita, en la cima de la colina que dominaba nuestro pueblo. Allí murió el perro, que ya era muy viejo. Madeleine me escribió para contármelo y me dijo que el espíritu del perro la acompañaba siempre.

Después de que Madeleine la dejara, ampliaron la casa. En distintas cartas me repitió, indignada, que habían arrancado los preciosos árboles de jade. Una de sus cartas incluía la foto de un collar que había hecho. En la foto aparecía Madeleine con el collar puesto, pero solo se veían sus hombros, porque había recortado la cara. Me dijo en la carta que vivía otra vez con la gata, pero que no le gustaba la gata, ni los gatos. Cuando le pedí una foto en la que se le viera la cara, me mandó tres en las que sostenía a la gata en brazos, como acercándola a la cámara. La gata, que parecía furiosa, había crecido mucho.

En la época en que la compañía telefónica me llamaba, construyeron un puente nuevo, más grande, al lado del viejo puente que yo solía cruzar para ir al ferial y al hipódromo. Cuando terminaron y abrieron el nuevo, cerraron al tráfico el viejo, lo desmantelaron y se lo llevaron. Pensé que al cabo de pocos años nadie sabría que había estado allí. Y si construían casas en los descampados que bordeaban la carretera, como estaba segura de que harían, todo el mundo olvidaría los terrenos baldíos donde cada año, en los días de la feria, la gente aparcaba el coche, luchando con los surcos y los baches.

Los amigos que dieron la última fiesta a la que le invité se mudaron poco después, y lo que yo había imaginado tantas veces, el salón donde se celebró la fiesta, y la puerta por la que no podía dejar de pensar que él aparecería con su novia, tan claro y presente como si lo tuviera ante mí, han sufrido cambios que ya escapan a mi

imaginación, en manos de los nuevos propietarios. De hecho, no solo esos amigos sino casi todos mis amigos de allí se han ido de la ciudad y de los pueblos de los alrededores, o por lo menos de la casa donde vivían cuando los conocí, de modo que a algunos no he vuelto a visitarlos y tengo que imaginarme sus caras entre las paredes de una casa que no he visto nunca.

El salón donde la fiesta se celebraba mientras yo me pasaba la tarde esperando a que él apareciera estaba en la misma casa donde, hacía unos meses, había habido otra fiesta en el jardín trasero, a la sombra de un limero y con aviones volando sobre nuestras cabezas, después de su lectura poética. Pero, como las dos fiestas quedan tan lejos en el tiempo y me parecieron tan distintas, me resulta difícil relacionarlas y situarlas en el mismo sitio. Él y yo entramos en el jardín por una verja que había en uno de los laterales de la casa, sin pasar por la casa. Cuando fuimos a la cocina a coger del frigorífico otra cerveza, subimos un corto tramo de escaleras y usamos la puerta de servicio. Pero la cocina, en lo esencial, no forma parte de mis recuerdos de aquella tarde, sino de otras visitas a la casa, en las que también fui a coger una cerveza del frigorífico, o a buscar una servilleta de papel que no sabía dónde había dejado, o a lavar una lechuga en el fregadero, lleno ya de cacharros y platos. Ese día no pasamos al comedor, que pertenece a otros recuerdos, de una noche, o quizá fueron dos, que jugamos a formar palabras en la gran mesa del comedor, y de un cumpleaños en el que una de las patas de la mesa cedió de pronto y la tarta amenazó con caerse al suelo, o se cayó por fin.

Algunos de estos recuerdos son precisos, lo sé, pero otros son confusos, una mesa no está donde estaba, aunque yo me empeño en devolverla a su lugar, una biblioteca desaparece y otra la sustituye, una luz se enciende donde nunca se encendió, un fregadero se desplaza treinta centímetros, e incluso, en uno de los recuerdos, una pared se evapora para que la habitación se vuelva el doble de grande. Pero la comida es siempre la misma en las alacenas y en las mesas, el mismo runrún de voces, y las mismas sombras humanas en el momento en que salen de mi campo de visión.

Él podría alegar que no es verdad que yo le invitara a esa fiesta. Podría decir que le había invitado la gente que daba la fiesta. Me había excedido al decirle que no podía ir a la fiesta con su novia. Y no fue a la fiesta por respeto a mis sentimientos.

Puede que tuviera razón. Quizá lo que recuerdo sea falso. He intentado contar la historia con la máxima fidelidad posible, pero he podido equivocarme, y sé que he quitado y añadido cosas, deliberadamente y sin querer. Sí, él podría pensar que muchos pasajes de esta historia son falsos, no solo en lo que atañe a los hechos, sino también a mis interpretaciones. Pero existe lo que yo vi, lo que él vio y lo que otras personas vieron, si prestaron un poco de atención. Habrá gente que todavía se acuerde de algún episodio de la historia y, si yo se lo mencionara, añadiría casi con toda certeza alguna observación que nos haría ver las cosas bajo una luz totalmente distinta, o me recordaría algún detalle horrible o absurdo que se me había olvidado, algo que me obligaría a cambiar todo lo que he dicho, por lo menos algún matiz, si ya

no era demasiado tarde.

Hay incoherencias. Digo que era abierto conmigo, pero también que conmigo era una persona muy cerrada. Digo que era callado cuando estaba conmigo, y que hablaba mucho. Que era humilde, y arrogante. Que yo lo conocía bien, y que me resultaba incomprensible. Digo que yo necesitaba ver a mis amigos, y que estaba muy sola. Digo que necesitaba moverme sin parar, y que muchos días me quedaba en la cama incapaz de moverme. Todas estas cosas eran verdad en algún momento, o las recuerdo de distinto modo según mi estado de ánimo.

Quiero dejarle la novela a alguien antes de darla por terminada. Quizá se la deje a Ellie, aunque ya conozca lo esencial de la historia. Se la dejaré a Vincent, pero no antes de que la haya visto alguien más que me confirme que puedo darla por terminada. No se la dejaré a nadie antes de considerarla acabada. Y antes de dejársela, estudiaré los posibles puntos débiles de la novela para luego no llevarme sorpresas.

Vincent me preguntó a quién pensaba dejarle la novela para que la leyera y, cuando mencioné unos cuantos nombres, dijo: «¿No piensas dejársela a ningún hombre?». Añadí otro nombre a la lista, porque no era mi intención excluir a los hombres.

La última noticia que tuve de él me la dio Ellie hace unos meses: se había presentado de pronto, bien vestido o por lo menos correctamente vestido, en el despacho de un amigo común de la ciudad. No recuerdo el porqué de aquella aparición. No sé si Ellie conocía el motivo y me lo dijo, o si lo ignoraba. Creo que fue a pedir algo raro, un favor, o información. En aquel tiempo trabajaba en un hotel.

Ahora que Ellie vive en el Suroeste, tiene menos contacto con nuestros amigos comunes, y es menos probable que yo vuelva a saber de él.

El sol está en la cima de la colina que veo desde la ventana de mi dormitorio, más allá del jardín. Si él estuviera aquí, en el Este, acabaría en este momento su jornada laboral, porque en muchos trabajos acaba a las cinco, o estaría acabando otra cosa, una tarde de lectura en su cuarto, por ejemplo. Quizá se preparara para salir y dar un paseo por las calles de la ciudad, más antiguas aquí que en la costa Oeste.

También podría estar en el Oeste, pero me parece improbable por el simple hecho de que allí son las dos, una hora que no me gusta.

He dejado al principio del libro la taza de té amargo, así que no tendría sentido decir

que la historia acaba con la taza de té amargo que me dieron en la librería cuando me senté, demasiado cansada para seguir buscando su última dirección. Pero sigo considerando que ese es el final, y creo que ya sé la razón.

Pero antes tengo que hacerme una pregunta que me ha estado atosigando: ¿He registrado ese incidente con fidelidad? ¿Observé la expresión de la cara del hombre de la librería y deduje que me tomaba por una vagabunda, impresión que definí después? ¿O solo más tarde busqué la cara del hombre en mi memoria, y la observé, y estudié la posición del cuerpo, inmóvil o casi inmóvil, ligeramente inclinado sobre el mostrador con cara de perplejidad? ¿Borré la cara de mi memoria, o volví a mis recuerdos para enfrentarme a la cara del hombre y estudiarla? Sé que debí de leer en aquella cara más cosas luego que en el momento de verla, pues ya disponía de más información: por ejemplo, el hombre había sentido la suficiente compasión como para darme una taza de té y, por lo tanto, tras su expresión de perplejidad sentía compasión o estaba a punto de sentirla.

Creo que una de las razones por las que la taza de té en la librería me parece el final de la historia, aunque la historia no acabara ahí, es que en ese momento dejé de buscarlo. Aunque todavía, de vez en cuando, pensaba que podía encontrarme con él a la vuelta de la esquina, y aunque seguía recibiendo noticias suyas, nunca más intenté contactar con él por teléfono o por correo.

Otra razón, quizá incluso más importante, es que esa taza de té que me preparó un extraño para aliviar mi cansancio no solo fue un gesto amable, procedente de una persona que no conocía mis problemas, sino también un acto ritual, pues la ocasión exigía un rito o una ceremonia, aunque el té fuera malo y estuviera amargo, con la etiqueta de papel colgando del filo de la taza. Y, considerando que la historia había tenido tantos finales que en realidad no acababan nada y solo continuaban algo, algo que no cabía en ninguna historia, me hacía falta un acto ritual para ponerle fin a la historia.



LYDIA DAVIS (Massachusetts, EE.UU., 1947). Es novelista, ensayista y traductora. Es considerada una de las escritoras estadounidenses más originales de la actualidad. Publicó seis colecciones de cuentos, entre las que se destacan *The Thirteenth Woman and Other Stories* (1976), *Break It Down* (1986, finalista del PEN/Hemingway Award) y *Varieties of Disturbance* (2007, finalista del National Book Award). En 2009 se publicaron sus *Cuentos Completos*. En 2013 fue la ganadora del Man Booker International Prize y recibió distinciones de la American Academy of Arts and Letters y de la Philolexian Society de la Universidad de Columbia. Desde el 2005 es miembro de la American Academy of Arts and Sciences.